

E.L. DOCTOROW

El cerebro de Andrew

novela

Traducción de Isabel Ferrer y Carlos Mila

Lectulandia

Cuando le habla a un interlocutor desconocido, Andrew está pensando, hablando, contándonos la historia de su vida, sus amores y las tragedias que lo han llevado a este momento y lugar concretos. A medida que va confesando y que va quitando capas a su extraña historia, nos vemos forzados a cuestionarnos lo que sabemos de la verdad y la memoria, del cerebro y la mente, la personalidad y el destino, sobre el otro y nosotros mismos.

Escrito con profundidad y precisión lírica, esta Novela que juega con el suspense y experimentación formal resulta perfecta para nuestros tiempos: divertida, incisiva, escéptica, traviesa y profunda. *El cerebro de Andrew* es un giro de tuerca y un logro singular en la obra de un autor cuya prosa tiene el poder de crear su propio paisaje y cuyo gran tema, en palabras de Don DeLillo es «el alcance del concepto de lo posible en Estados Unidos, en que cabe que vidas ordinarias adopten la cadencia que marca historia».

Lectulandia

E. L. Doctorow

El cerebro de Andrew

ePub r1.0

Titivillus 24.01.18

Título original: *Andrew's Brain*
E. L. Doctorow, 2014
Traducción: AA. VV.
Carlos Milla e Isabel Ferrer

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para M.

«*El cerebro de Andrew* es una novela astuta, ladina; una de las cosas que hacen de su protagonista una creación cómica es que es capaz de autoengañarse de una manera que puede volver loco al lector. Puede ser que Andrew no sea capaz de disfrutar de su propio cerebro, pero Doctorow a buen seguro que puede.»

The New York Times Book Review

I

Puedo hablarle de mi amigo Andrew, el científico cognitivo. Pero no es agradable. Una noche se presentó con un bebé en brazos ante la puerta de su exmujer, Martha. Porque Briony, su joven y encantadora esposa posterior a Martha, había muerto.

¿De qué?

A eso ya llegaremos. No puedo hacer esto yo solo, dijo Andrew cuando Martha fijó la mirada en él desde el umbral de la puerta abierta. Casualmente esa noche nevaba, y Martha quedó subyugada por los blandos copos, semejantes a diminutas criaturas, que se posaban en la visera de la gorra de los Yankees que llevaba Andrew. Así era Martha, siempre encandilada por detalles periféricos como si les pusiera música. Incluso en circunstancias normales, era una persona de reacciones lentas, y te miraba con una expresión de incredulidad en sus ojos saltones, grandes y oscuros. Después llegaba la sonrisa, o el gesto de asentimiento, o el cabeceo. Mientras tanto el calor de su casa escapaba por la puerta abierta y empañaba las gafas de Andrew. Él permanecía allí inmóvil detrás de sus lentes empañadas como un ciego bajo la nieve, carente de toda voluntad, cuando por fin ella tendió los brazos, cogió con delicadeza al bebé bien arropado, retrocedió y le cerró la puerta en las narices.

Eso ocurrió, ¿dónde?

Martha vivía por entonces en New Rochelle, un barrio residencial de las afueras de Nueva York con casas grandes de distintos estilos —tudor, colonial holandés, neogriego—, construidas en su mayoría a lo largo de las décadas de 1920 y 1930, edificaciones apartadas de la calle, siendo los árboles predominantes los arces reales, altos y viejos. Andrew corrió hasta su coche y regresó con un maxicosi, una maleta y dos bolsas de plástico con los artículos necesarios para un bebé. Aporreó la puerta: ¡Martha, Martha! Tiene seis meses, tiene un nombre, tiene una partida de nacimiento. Está todo aquí, abre la puerta, Martha, por favor; no pretendo abandonar a mi hija, ¡solo necesito un poco de ayuda, necesito ayuda!

La puerta se abrió y apareció el marido de Martha, un hombre corpulento. Deja todo eso en el suelo, Andrew, dijo. Andrew obedeció, y el marido corpulento de Martha volvió a plantarle al bebé en los brazos. Siempre has sido una calamidad, dijo el marido corpulento de Martha. Lamento la muerte de tu joven esposa pero me figuro que ha muerto por alguno de esos estúpidos errores tuyos, alguna negligencia inoportuna, uno de tus experimentos mentales o tus famosas distracciones intelectuales, pero en cualquier caso algo que nos recordaría a todos ese don tuyo para dejar a tu paso un reguero de desgracias.

Andrew puso al bebé en el maxicosi que estaba en el suelo, cogió el maxicosi y volvió lentamente a su coche, casi perdiendo el equilibrio en el camino resbaladizo.

Fijó el maxicosi en el asiento trasero con el cinturón de seguridad, regresó a la casa, recogió las bolsas de plástico y la maleta y las llevó al coche. Cuando lo tuvo todo bien colocado, cerró la puerta, se irguió, dio media vuelta y se encontró a Martha allí de pie con un chal sobre los hombros. De acuerdo, dijo ella.

[pensando]

Siga...

No, solo pensaba en algo que leí sobre la patogénesis de la esquizofrenia y el trastorno bipolar. Los biólogos del cerebro llegarán a eso con su secuenciación genética, encontrarán las variaciones en el genoma: esos acaparadores de proteínas vinculados a la teleología. Les asignarán números y letras, quitando una letra por aquí, añadiendo un número por allá, y la enfermedad ya no existirá. Así que este tratamiento oral suyo, doctor, tiene los días contados.

No esté tan seguro.

Créame, se quedará en el paro. ¿Qué podemos hacer, en tanto consumidores del fruto del árbol del conocimiento, sino biologizarnos? Erradicar el dolor, prolongar la vida. ¿Quiere otro ojo, digamos, en el cogote? Eso tiene fácil arreglo. ¿Prefiere el recto en la rodilla? Ningún problema. Incluso es posible ponerle alas, si quiere, aunque el resultado no sería volar a gran altura sino más bien a brincos gigantes, megazancadas en flotación, como cuando uno va por esas cintas en movimiento de los largos pasillos de los aeropuertos, esas que parecen escaleras mecánicas aplanadas. ¿Y cómo sabemos que Dios no querría una cosa así, perfeccionar su pifia, su imperfecta idea de la vida como trastorno irremediable? Nosotros somos su plan B, su mecanismo de seguridad ante posibles fallos. Dios actúa a través de Darwin.

¿Al final Martha se quedó con el bebé, pues?

También pienso en cómo nos corrompemos en nuestros ataúdes en descomposición, y en cómo nos reencarnamos, nuestros minúsculos fragmentos microgenéticos succionados y depositados en la panza de un gusano ciego que luego, sin saber por qué, sale a la superficie para reptar por la tierra empapada de lluvia y acabar muriendo en el afilado pico de una ratona común. Eh, que eso es mi identidad fragmentada, mi genoma vivo cagado desde el cielo, que aterriza con un plop en la rama de un árbol y gotea desde la rama como una venda mojada. Y he aquí que me convierto en el nutriente de un árbol que lucha por su vida. Porque es así, ¿sabe? Esas criaturas vasculares, inamovibles y firmes pugnan entre sí en silencio por su existencia como hacemos nosotros, los árboles por el mismo sol, la misma tierra en la que echan raíces, y esparciendo las semillas que se convertirán en sus enemigos en el bosque, como lo eran los príncipes para los reyes, sus padres, en los imperios antiguos. Pero no están del todo quietos. Con un viento fuerte, ejecutan su danza de la desesperación, meciéndose los árboles muy frondosos de aquí para allá, alzando sus brazos en desvalida furia por ser lo que son... En fin, del antropomorfismo a oír voces no hay más que un pequeño paso.

¿Oye voces?

Ah, ya sabía yo que eso captaría su atención. Normalmente cuando empiezo a conciliar el sueño. De hecho, cuando las oigo, sé que estoy conciliando el sueño. Y eso me desvela. No quería contárselo y, sin embargo, ya ve, se lo cuento.

¿Qué dicen?

No lo sé. Cosas raras. Pero en realidad no las oigo. O sea, sin duda son voces, pero a la vez son insonoras.

Voces insonoras.

Sí. Es como si oyera los significados de las palabras que se pronuncian sin el sonido. Oigo los significados pero sé que son palabras pronunciadas. En general por personas distintas.

¿Quiénes son esas personas?

No conozco a ninguna. Una chica me pedía que me acostara con ella.

Bueno, eso es normal: los hombres sueñan esas cosas.

Era más que un sueño. Y yo no la conocía. Una chica con un vestido veraniego hasta los tobillos. Y calzaba zapatillas deportivas. Tenía unas sutiles pecas bajo los ojos, y su cara parecía pálida, como iluminada por el sol, incluso cuando estaba a la sombra. ¡De una belleza que partía el corazón! Me cogía de la mano.

Bueno, eso es más que una voz, desde luego más que una voz insonora.

Lo que ocurre, creo, es que oigo el significado y aporto una ilustración en mi mente...

Bien, pues, ¿podríamos volver a Andrew, el científico cognitivo?

Observo que me resisto a contarle que también oigo voces insonoras en mi vida cotidiana, cuando estoy en pie. Pero ¿por qué no iba a contárselo? Por ejemplo, una mañana, de camino al trabajo, mientras esperaba en un semáforo después de coger el café y el periódico en la tienda de comida preparada. Mientras veía cambiar los dígitos rojos de los segundos en la cuenta atrás. Y una voz dijo: *Ya que está aquí, ¿por qué no arregla la puerta mosquitera?* Fue tan real, tan cercana a una voz sonora real, que me volví para ver a quién tenía a mis espaldas. Pero no había nadie, en esa esquina estaba yo solo.

¿Y cuál fue la ilustración que aportó usted al oír ese comentario?

Era una mujer mayor. Me coloqué a mí mismo en el umbral de la puerta de su cocina. Era una especie de granja un tanto ruinoso, que podía estar en el oeste de Pennsylvania. En la era había una furgoneta de plataforma vieja. La mujer llevaba una bata descolorida. Apartó la vista del fregadero, sin sorprenderse en absoluto, y dijo eso. En la mesa de la cocina una niña dibujaba con una cera. ¿Era la nieta de esa mujer? Yo no lo sabía. Me miró y volvió a su dibujo y de pronto lo tachó todo violentamente con su cera: aquello que había dibujado, fuera lo que fuese, ahora lo destruía.

¿Es en realidad usted ese hombre a quien presenta como su amigo Andrew, el científico cognitivo que llevó a un bebé a la casa de su exmujer?

Sí.

¿Y está diciéndome que soñó que se escapaba y de repente aparecía ante la puerta mosquitera de una granja un tanto ruinoso no se sabe muy bien dónde?

Bueno, no era un sueño, era una voz. Procure prestar más atención. Esa voz me trajo a la memoria cómo me sentí cuando necesitaba alejarme después de morir el bebé que tuve con Martha y, con él, también mi vida con Martha. Me daba igual ir a un sitio o a otro. Cogí el primer autobús que vi en la estación. Me dormí en el autobús, y cuando desperté, avanzaba por una tortuosa carretera de montaña del oeste de Pennsylvania. Paramos ante una pequeña agencia de viajes en uno de aquellos pueblos y me apeé para dar una vuelta por la plaza: eran las dos o las tres de la madrugada; lo poco que allí había —una farmacia, un todo a cien, un enmarcador, un cine, una especie de juzgado románico ocupando un lado entero de la plaza— estaba todo cerrado. En el recuadro de hierba muerta, parduzca, se alzaba una estatua ecuestre, verdinegra, de la Guerra de Secesión. Para cuando regresé a la agencia de viajes, el autobús ya se había marchado. Así que salí del pueblo a pie, por las vías del ferrocarril, dejando atrás unos almacenes, y al cabo de tres o cuatro kilómetros —ya amanecía— me topé con esa granja un tanto ruinoso, de apariencia desparramada. Tenía hambre. Entré en la era. Como allí no vi señales de vida, rodeé la casa hasta la parte de atrás y me encontré ante una puerta mosquitera. Y allí estaban aquellas dos, tal como las había imaginado o creído imaginar, la niña y la vieja. Y la vieja era quien había hecho ese comentario la mañana que yo estaba con mi café y mi periódico en Washington, esperando a que cambiara el semáforo.

¿Lo que está diciendo, pues, es que se escapó y se encontró ante una puerta mosquitera real en una granja un tanto ruinoso en algún lugar de Pennsylvania que se había representado antes?

No, maldita sea. No es eso lo que afirmo. Sí cogí ese autobús y el viaje fue tal como lo he contado. El pueblo de mala muerte, la pequeña granja. Y es verdad que, cuando llegué a la casa, esas dos personas estaban en la cocina, la vieja y la niña con las ceras. También había un rollo de papel matamoscas colgado de la lámpara del techo, negro de tantas moscas como tenía pegadas. Así que era todo muy real. Pero nadie me pidió que arreglara la puerta mosquitera.

¿No?

Fui yo quien propuso arreglarla. Estaba cansado y tenía hambre. No vi por allí a ningún hombre. Pensé que si me ofrecía a hacer algún apaño, me dejarían lavarme, me darían algo de comer. No quería caridad. Así que sonreí y dije: Buenos días, estoy un poco perdido, pero veo que la puerta mosquitera necesita reparación y creo que puedo arreglarla si me ofrecen un café. Me había fijado en que la puerta no cerraba bien, la bisagra superior se había desprendido del quicio, la malla estaba floja. Como puerta mosquitera no servía para nada, razón por la que habían colgado el papel matamoscas del cable de la lámpara del techo. Así que, ya lo ve, no fue una visión sobrenatural lo que me llevó allí. Yo había cogido ese autobús y visto esa granja y a

esas dos personas y luego lo había borrado todo hasta esa mañana en Washington, cuando esperaba en la esquina, atento a los dígitos rojos de la cuenta atrás, y oí...

¿Por esas fechas trabajaba en Washington?

... sí, como asesor del Gobierno, aunque no puedo explicarle qué hacía... y oí la voz de la vieja decir más o menos lo que yo había dicho cuando aparecí frente a su puerta mosquitera. Solo que en su voz las palabras tenían un tono sentencioso, como si yo le hubiera ofrecido una percepción de mi desventurada existencia, algo así como: «Ya que está aquí, ¿por qué no hace algo útil por una vez y arregla la puerta mosquitera?». Existe un término en su manual para esta clase de experiencias, ¿verdad que sí?

Sí. Pero no sé bien si estamos hablando de la misma clase de experiencias.

Nosotros también tenemos nuestro manual, ¿sabe? Su campo es la mente; el mío es el cerebro. ¿Coincidirán alguna vez los dos? Lo importante de ese viaje en autobús es que yo había llegado al punto en que tenía la sensación de que todo lo que hiciese causaría daño a toda persona por quien sintiese afecto. ¿Puede usted concebir lo que es eso, señor Analista, ahí sentado en su butaca ergonómica? Yo no podía saber con antelación cómo evitar un desastre; era como si, hiciera lo que hiciese, después fuera siempre a ocurrir algo espantoso. Así que cogí ese autobús, solo para escapar, me daba igual. Quería comprimir mi vida, dedicarme a tareas cotidianas insignificantes y mecánicas. Pero no lo conseguí. Él lo dejó muy claro.

Él ¿quién?

El marido corpulento de Martha.



Cuando Andrew cruzó la puerta de entrada, vio al marido corpulento de Martha ponerse el abrigo y el sombrero y a Martha subir por la escalera con el bebé en brazos a la vez que le retiraba la pequeña capucha y descorría la cremallera del mono. Andrew reparó en la casa amplia y bien equipada, mucho más suntuosa que aquella en la que vivieron Martha y él cuando eran marido y mujer. El suelo del vestíbulo era de parquet oscuro. A la izquierda, de reojo, vio un cómodo salón con muebles tapizados y una chimenea con el fuego encendido, y en la pared, sobre la repisa, el retrato de lo que tomó por un zar ruso con un largo manto, una cruz ortodoxa colgada de una cadena y una corona que parecía un gorro bordado. A la derecha había un gabinete con las paredes revestidas de libros donde se hallaba el Steinway negro de Martha. La escalera, cubierta por una alfombra de color rojo oscuro con varillas de latón en la base de los peldaños, se curvaba elegantemente a la par que la balaustrada de caoba a la que Martha no se sujetaba mientras ascendía con el bebé en brazos. Martha vestía pantalón. Andrew se fijó en que conservaba la silueta y, sin querer, ponderó, como no había hecho en muchos años, la forma y la firmeza de su trasero. Por su parte, el marido corpulento de Martha llevaba uno de esos abrigos sin

hombreras con el cuello caído por detrás a modo de capa y mangas acampanadas. Nadie se ponía ya abrigos como ese. El sombrero, un modelito informal indeformable, era demasiado pequeño para la cabeza del marido corpulento de Martha.

Martha, sin volverse, dijo: Ve con él, Andrew, empleando el mismo tono imperioso y quedo de cuando estaban casados.

Andrew corrió hasta el coche y abrió la puerta del acompañante. Dio gracias al ver que el marido corpulento de Martha conseguía acomodarse en el asiento. Y se pusieron en marcha camino de la taberna preferida del marido corpulento de Martha. Este dio mudas indicaciones a Andrew, señalando a izquierda y derecha en las travesías, gruñendo e indicando el aparcamiento cuando llegaron. Era un bar en un centro comercial. Andrew previó una conversación, cierto grado de entendimiento — al fin y al cabo tenían en común la experiencia de una misma esposa—, pero una vez sentados a la barra con sus bebidas delante en vasos altos de cristal tallado, y aunque esperó a que la conversación se iniciara, el marido corpulento de Martha no habló. Así que Andrew dijo algo parecido a lo que sigue:

Todo lo que piensas de mí es verdad. Es verdad que maté por accidente a la hija que tuve con Martha: con la mejor intención, le administré el medicamento que, según creía, había recetado nuestro pediatra. El farmacéutico se equivocó de medicamento, y yo no estaba todo lo atento que debería haber estado —había dedicado una larga jornada a mi tesis en ciencia cognitiva y trabajado horas en el laboratorio, sin contar las reuniones de departamento y demás—, y le administré diligentemente el medicamento con un cuentagotas en la boquita. Lo hice durante toda la noche cada dos horas, hasta que la niña dejó de llorar y estaba muerta. Yo no sabía que estaba muerta, pensé que por fin se había dormido. Cansado, también me acosté; me tocaba a mí quedarme en vela con la niña enferma porque Martha estaba agotada: se había pasado todo el día dando sus clases magistrales de piano, y a fin de cuentas, yo era el hombre. Lo que me despertó fueron los gritos de Martha: no eran humanos, era el sonido de un enorme animal del bosque con la pata atrapada en un cepo de acero, y quizá ni siquiera un animal del presente, sino algo así como su versión paleontológica.

El marido corpulento de Martha, mirando el espejo azul situado detrás de la barra, dijo: Cuando un animal ve que la pata se le ha quedado atrapada en un cepo, ¿sabes qué hace para liberarse? Se arranca la pata a mordiscos. Pero naturalmente queda para siempre impedido, incapaz de sustentarse mínimamente y llevar una vida normal.

Te refieres a Martha, dijo Andrew.

Sí. Y por lo tanto yo también soy un lisiado permanente, después de casarme por amor con una mujer irremediabilmente quebrantada que ya no puede ejercer su profesión. Gracias a sir Andrew el Simulador.

¿Ese soy yo, sir Andrew el Simulador?

Sí, aquel cuya ineptitud bienintencionada, amable, encantadora, bondadosa es el modus operandi de los asesinos más mortíferos. Tomemos otra.

Cuando Andrew levantó su vaso para apurar la bebida rápidamente y saldar la deuda moral con el marido corpulento de Martha tomando otra, cosa que en realidad no le apetecía, el vaso se le resbaló de la mano. En el intento de atraparlo, arrastró con el borde de la manga de la chaqueta el cuenco de cacahuets de la barra y, aturullado por la repentina obligación de enmendar dos cosas simultáneamente, las perdió las dos, el vaso y su contenido, incluidos los cubitos de hielo y la rodaja de lima, seguidos por la cascada de cacahuets, que cayó sobre el regazo del marido corpulento de Martha.

¿Le ofendió lo que le dijo el marido corpulento de Martha? ¿Se enfadó por eso?

No, es cantante de ópera. La ópera es el arte de las emociones desatadas. Pasa algo, y ellos cantan sobre eso durante horas. Lo que dijo, aunque expresado con una voz de bajo barítono rebosante de grandes e intimidatorias resonancias zaristas, era verdad. No podía ofenderme ni enfadarme, y no solo porque ya supiera eso de mí mismo, sino porque, además, en mi cerebro hay una cesura, debido a lo cual el honor, entre otras virtudes, es algo con lo que no conecto. No tengo ni una pizca. Muy en el fondo, en lo más profundo de mi alma, si es que existe, eso que hice en último extremo no me conmueve. Un asomo de pesar por los bebés muertos, por las esposas muertas, por los incendios que he provocado sin querer, y todos esos desastres pueden empujarme a huir corriendo en sueños a un lugar donde no puedo causar ningún daño, pero en esta vida de vigilia soy insensible a mi culpabilidad.

Pero después del espantoso suceso de la muerte del bebé, usted sí se subió a un autobús con destino al oeste de Pennsylvania. ¿No es así? ¿O ahora está diciéndome que todo eso fue un sueño?

No, lo que sucedió fue realmente tal como lo describí.

Siendo así, ¿no huía usted, pues, tanto en su vida de vigilia como en sus sueños? Eso no parece propio de alguien insensible a su culpabilidad.

Pueden darse momentos así, pero no son lo más característico, son accesorios al estado de ánimo predominante. Vestigios de la poca humanidad que quizá tuviera en otro tiempo.

Ya veo.

Porque la verdad es que sencillamente me encojo de hombros y sigo adelante. Pese a mi bondad, pese a lo bienintencionado y servicial que trato de ser, en último extremo no tengo sentimientos, para bien o para mal. En las profundidades de mi ser, pase lo que pase, me quedo frío, inaccesible a los remordimientos, al dolor, a la felicidad, aunque puedo fingir tan bien que incluso me engaño a mí mismo. Lo que intento decir es que en último extremo soy del todo imperturbable. Mi alma reside en un estanque de silencio quieto, profundo, hermoso, desprovisto de emociones,

plácido y frío. Pero no me engaño. Lo que soy es un homicida. Y para colmo de males soy incapaz de castigarme, de quitarme la vida en un acto de desesperación por los estragos que he causado en vidas ajenas, de bebés desvalidos o de mujeres que he amado. Y eso es lo que el marido corpulento de Martha, el cantante de ópera, no entendía cuando me condenó, quizá con la esperanza de que yo viera la luz y me suicidara. [*pensando*] Cosa que yo nunca haría, claro.

Así que ahora, finalmente, Martha tenía un bebé, un sustituto de su hija perdida.

No me lo planteé así. No era mi intención darle el bebé sin más. Solo necesitaba ayuda. Durante un año o dos. Seguía en estado de shock por la muerte de Briony. Pero Martha se apropió de la niña como si fuese la madre legítima.

¿Eso le molestó?

No estaba en posición de discutir. ¿Es que tengo que explicárselo todo punto por punto? ¿Tan obtuso es? Yo había matado a un bebé. ¿Quería usted que matara a otro? Da igual, ya volveré a conectar con ella algún día. Tiene los ojos azul claro de Briony. El mismo pelo rubio y la misma piel clara.

¿Es verdad, como decía el marido corpulento de Martha, que tuvo usted cierta responsabilidad en la muerte de su mujer?

No del todo.

¿Y eso qué significa?

Fue indirecta... no directamente causal.

¿Qué ocurrió, pues? ¿Se refiere a que murió en el parto?

No, no me refiero a eso.

¿Cómo murió?

No quiero hablar del tema. [*pensando*] Sí puedo decirle que Andrew, después de matar al bebé que tuvo con Martha, aceptó una plaza de profesor adjunto mal remunerada en una pequeña universidad estatal, allá en el oeste, de la que nunca había oído hablar.

¿Por qué?

¿Usted qué cree? Porque estaba lejos. Porque Martha, después de divorciarse, se complacía en dejarse ver frente al edificio de Andrew cuando él volvía a casa del trabajo. Martha daba una calada al cigarrillo, lo tiraba al suelo, lo pisaba y se marchaba.

A ojos de ella, pues, era usted el único culpable: usted y únicamente usted.

¿Quién iba a ser, si no?

¿Y qué me dice del farmacéutico? ¿Pensó usted en demandarlo?

Dios mío, no se imagina ni remotamente cómo se borra la realidad social después de algo así, ¿verdad que no? La toma de conciencia de que lo que uno ha hecho es inalterable, ilumina todo el cerebro. ¿Poner una demanda? ¿Existía redención en eso? ¿Qué podía ganarse? ¿Dinero? Cielo santo, no sé ni por qué hablo con usted. ¿Poner una demanda nos habría devuelto al bebé? ¿Y a quién íbamos a demandar? ¿Al pediatra que dictó la receta por teléfono? ¿Al farmacéutico que la preparó? ¿Al

repartidor que la trajo? ¿Dónde se había torcido la cosa? ¿A quién tendríamos que haber demandado? Yo podría haber leído la etiqueta. Podría haberme demandado a mí mismo. El medicamento lo administré yo. Martha solo vio eso: que en último extremo el autor fui yo, yo y nadie más que yo.

Y usted coincidió con ella.

Sí. Fui yo, sin lugar a dudas.

Y aquí tenemos ahora a Andrew, autoexiliado en esa universidad estatal en las estribaciones de una cordillera, los Wasatch. Al principio me gustaba la montaña. Llegué a primeros de septiembre, al final de un verano aún caluroso con restos de nieve del invierno anterior en las cumbres. Eso me dio una percepción del mundo no humano en que vivimos. Es lo que pasa cuando uno sale de la ciudad. A los estadounidenses les gusta montarse en las atracciones de ese mundo.

¿Cómo es eso?

Bajar esquiando por una montaña: esa es una de las atracciones gratuitas. Las olas gigantes, los ríos de aguas blancas. Un viento en el que quedar suspendido. Las atracciones gratuitas del planeta. Ahí están todas ellas, para que uno se monte o se apee o se mate.

Ya veo. Resultó, pues, ser un buen cambio de escenario para usted.

En realidad no. Usted nunca ha vivido al pie de una montaña, supongo. Los Wasatch regían aquella ciudad. Después de uno o dos días tomé conciencia de la verdad. Te levantabas por la mañana, y allí estaban. Parabas en una gasolinera, y allí estaban. Allí estaban en su impávida inmensidad, y no había más vueltas que darle. Te colonizaban. Negociaban la luz, tenían que autorizar su paso antes de que te llegara a ti.

No lo entiendo.

Absorbían la luz, le permitían rebotar hacia abajo o la succionaban a su antojo. Era una especie de burocracia montañosa, y nadie podía hacer nada al respecto, y menos el sol. La universidad tenía un acuerdo con un motel de la zona para alojar a los profesores visitantes. Cocina con encimera de formica. Muebles de contrachapado. Y cortinas de colores turquesa y teja para insinuar el patrimonio indioamericano. Las montañas también hacían eso: invitar a una cultura colectiva. Para la universidad, yo era un intento no muy convencido de ampliar la oferta. Era el Departamento de Ciencias del Cerebro formado por un solo hombre. No tenía a nadie con quien hablar. Mis colegas, si es que eran eso a su manera educada y distante, eran un tostón. Me sentía solo y desdichado.

Un día, cuando Andrew pasaba ante el gimnasio de la universidad, un edificio muy semejante a un hangar de aviación, vio a través de las puertas abiertas a toda una

población de gimnastas y atletas: saltadores de longitud, saltadores de altura, corredores de vallas, lanzadores de peso, pertiguistas, anillistas, especialistas en caballo con arcos, en barra de equilibrio, en cama elástica. La intensidad, la concentración de cada uno de ellos en lo que hacía, moviéndose en un esfuerzo diferenciado y abstraído a la vez que permanecían ajenos a todos los demás, indujo a Andrew a pensar en una cultura de sinuosas moléculas de ADN, de modo que si esperaba tiempo suficiente, todas esas sinuosidades que saltaban y se elevaban y giraban se unirían en la doble hélice de un código genético. Lo atrajo en particular una de las gimnastas que se ejercitaba en la barra fija, una rubia balanceándose en lo que podría haber sido un bañador de una sola pieza. Parecía más humana que el resto, como si realmente se deleitase en el ejercicio. Pero ese balanceo era preparatorio: en cuanto alcanzó la velocidad necesaria, ascendió hasta quedarse en posición vertical, cabeza abajo, recta como una flecha, para empezar luego a caer lánguidamente hacia atrás en una secuencia de rotaciones de trescientos sesenta grados, con una parada en lo alto para crear suspense. Inició a continuación otro giro, pero esta vez hacia delante, como la manecilla enloquecida de un reloj. Andrew, que no deseaba que lo sorprendieran mirando, se apresuró a reanudar su camino cuando ella completó el ejercicio con una última vuelta, un salto por el aire y un aterrizaje perfecto, semiflexionando las rodillas y extendiendo los brazos.

Y eso me recuerda que una vez vi a una mujer ejecutar una voltereta entera en el aire, un giro de trescientos sesenta grados en pleno vuelo, antes de pisar el suelo ágilmente con los pies descalzos. Cualquiera habría dicho que era imposible.

¿Y eso dónde ocurrió?

Saltó al aire no desde una plataforma, sino desde el suelo de lo que me pareció un estudio de danza o algo así, y luego se agarró los tobillos y se aovilló en su extraordinario giro por el aire. Vestía una camiseta de hombre, una de esas en canalé con tirantes, y bombachos plisados de perneras ahusadas, y no me miró en busca de aprobación una vez completado el ejercicio. Una mujercita de baja estatura, morena, del montón pero con unas buenas pantorrillas redondeadas y pies esbeltos que se ensanchaban en el metatarso. En cambio, el hombre, su supuesto representante, el tipo grande y fornido que me había llevado a ver aquello, dijo, ¿Qué le parece? Y tuve que contestarle que había que desarrollar más el número. El ejercicio solo duraba unos segundos. Eso no basta como entretenimiento para toda una velada, le expliqué. ¿Por qué diría una cosa así? ¿A mí qué más me daba?

¿Bombachos? ¿Eso era un sueño?

Después me enteré de que el individuo tenía por costumbre abusar de la saltimbanqui. Para demostrármelo, me llevaron a mirar por la ventana de un dormitorio contiguo mientras él, colocándose encima, la comprimía y aplastaba.

Ese fue su sueño, pues.

Se muere de ganas de que sea un sueño. Si lo fue, puede que ocurriera después de ver a Briony en la barra fija. Si ocurrió antes, antes incluso de establecerme en el oeste, puede que no fuera un sueño. Pasé un tiempo en Europa del Este, pero ¿cómo iba usted a saberlo? Estudié durante un año en Praga. No tenían dinero, los checos. La colosal Rusia no les quitaba el ojo de encima. Los agentes de su propia policía secreta, cuando estabas sentado en el banco de un parque, salían de pronto de entre los arbustos, vestidos con monos de color azul pastel, y te sacaban una foto. También estuve un tiempo en Hungría, en Budapest. Allí hay una calle por la que pasó la Segunda Guerra Mundial, primero en un sentido, cuando los alemanes avanzaban y los rusos retrocedían, y luego en sentido contrario, cuando los rusos avanzaban y los alemanes retrocedían. Una única calle para que la guerra entrara y saliera. Y allí, en un gran solar, cerca de un instituto, había una enorme fosa común, los cráneos y los fémures apenas bajo tierra. Así que es posible que no fuera un sueño. Por otro lado, no recuerdo esa voltereta como cuando se recuerdan las cosas en un contexto concreto. Dónde y cuándo exactamente. Así que es posible que sí fuera un sueño. Lo único que puedo decir es que es un recuerdo oscuro, de mala calidad, como una película muda parpadeante, y que ocurrió en una sala mísera con los suelos astillados y las ventanas sucias, y por lo tanto no fue algo que ocurriese siquiera como un sueño bajo el gran cielo de los amplios espacios abiertos del democrático Lejano Oeste. Pero el vínculo gimnástico con Briony me recuerda lo distanciados que estábamos, no solo por edad y posición social, sino por cómo concebíamos nuestras vidas o, para ser más exactos, nuestras expectativas de lo que la vida ofrecía con arreglo a su naturaleza tal como nosotros la entendíamos.

¿Y ahora de quién hablamos?

Fue extraño ver en la cara de esa joven universitaria adorable y magníficamente viva algo semejante a una luz interior como un medio para comprender mi propia existencia sombría, parte de la cual quizá se desarrollara en un mísero estudio de danza adonde me llevaron a contemplar a una mujer en bombachos y camiseta transformarse en un proyectil volador.

Entonces, ¿volvió a verla, a esa atlética universitaria?

Oiga, que tenía un nombre.

Briony.

Mi futura esposa.



El primer día de su clase de Ciencias del Cerebro de nivel básico, Andrew escribía su nombre en la pizarra cuando la tiza se partió en dos. «And...» fue hasta donde llegó, y cuando se volvió para buscar el trozo de tiza errante que había pasado volando junto a su oreja, golpeó el atril, que quedó torcido, y los libros que había puesto en él resbalaron y cayeron al suelo. Oyó las risas de los alumnos. Y entonces

Briony, en aquella aula luminosa y fosforescente con las montañas observando desde el otro lado de la ventana, se levantó de su silla en la primera fila y recogió los libros y la tiza. A diferencia de los demás, no llevaba vaqueros: lucía un vestido largo amarillo claro con tirantes y las zapatillas deportivas que todos calzaban. La combinación arrancó una sonrisa a Andrew. La chica era una belleza esbelta y trigüeña, de piel tan clara que parecía que la luz del sol era una de sus cualidades. Andrew le dio las gracias por su gentileza y siguió con la clase. Ella, allí sentada, con las zapatillas de deporte apuntadas una hacia la otra bajo aquel vestido largo, permaneció con la cabeza inclinada sobre su pequeño portátil mientras tomaba apuntes; una alumna seria, escuchando con la cabeza gacha sobre el pupitre. Andrew pensó en sus piernas bajo ese vestido.

Y de pronto cayó en la cuenta de que esa era la chica de la barra fija.

Buenos días, alumnos. *Buenos días, vestido amarillo claro y zapatillas deportivas.* Hoy iniciaremos nuestra exploración de la conciencia, el terreno de todo significado, la condición necesaria y suficiente del lenguaje, el principio de todos los buenos días. La conciencia... *no lo que utiliza para enfrentarse al mundo ese patán de párpados caídos repantigado a tu lado, sino lo que queda cuando borráis todos los supuestos, descartáis los afectos, elimináis a la familia, el colegio, la iglesia y la nación en los que habéis formado vuestro ser... desecháis la saturación tecnológica de la civilización, cortáis todos los cables de todos los circuitos, incluidas las conexiones con vuestros mecanismos internos, vuestros trastornos intestinales, vuestros apetitos, lo que os escuece, lo que sangra o produce lágrimas o los crujidos en las articulaciones al levantaros de una silla, cuando dejas, aunque sea de mala gana, de contemplarme con los labios separados y la respiración contenida, cómo resuena mi voz en ti, cómo mi mirada ilumina tus regiones inferiores, y flotáis libremente y desconectados en vuestro propio espacio virtual negro y sin estrellas. Y por lo tanto no tenéis nada a qué agarraros, nada a lo que adherir el pensamiento, ninguna imagen, ningún sonido, ningún olor, ninguna sensación física de ninguna índole. No estáis en un lugar, sois el lugar. No estáis aquí, estáis en todas partes. No estáis en relación con nada más. No hay nada más. No hay nada en lo que podáis pensar salvo en vosotros mismos pensando. Estáis en la profundidad abisal de vuestra propia alma.*

Oh, adorable acróbata, es verdad que quizá seamos presencias inmateriales en nuestros seres, simples corrientes en el océano de nuestras moléculas. Pero ¡ánimo! Deja que tus deseos más descabellados te traigan de regreso a la tierra, a la cultura, a la ciudadanía, a tus necesidades corporales. A mí. ¡Tengo tanto que enseñarte! Y el amor es la conmoción cerebral que nos deja insensibles a la desesperación.

Eso no me parece propio del Andrew al que yo conozco.

Delante de una clase soy otro hombre.

Se enamoró perdidamente, pues.

Bueno, admito que me sentía vulnerable. Pero ella era francamente espectacular. Algo pasa en el corazón, ¿sabe? Uno reconoce la vida tal como debería ser. Y lo que uno tomaba por vida eran solo las sombras en la caverna.

¿Qué caverna?

Veo que no ha leído a Platón, doctor. El sitio donde vive la mayoría de las personas, la mayoría de nosotros, imaginando que es el mundo real iluminado por el sol cuando es solo una caverna iluminada por las fogatas titilantes de la ilusión. Briony estaba allí al sol. Al principio yo era un viejo rijoso; evolucioné de inmediato hasta convertirme en un adorador henchido de veneración, y luego, cuando la cosa se puso realmente mal, sentí que no podía vivir sin ella.

Buenos días, alumnos. *Buenos días rodilla rosada y atisbo de la curva inferior del muslo, hoy con su minifalda vaquera.* Quizá hayáis dado por supuesto a raíz de nuestra última clase que mi argumentación era solo teórica, que naturalmente no hay existencia sin mundo, y por tanto no hay mente aislada al margen de su implicación en el mundo. La conciencia sin mundo es imposible, igual que no hay visión sin luz con la que ver. ¿Es esa vuestra objeción? *¿Es así, querida mía? Inclínate sobre su ordenador, la cara encuadrada en la caída del pelo.* Bien, pues, echemos un vistazo a este sólido mundo real vuestro. Tiene una plataforma en el espacio y esa plataforma tiene una historia de vida animada. Hasta aquí, todo bien. Pero fijaos, no parece haber una condición necesaria o suficiente para la animación, se produce sean cuales sean las condiciones. Podría pensarse que necesita aire, pero no es así; que necesita ver u oír o trotar, o nadar o volar o quedarse colgada por la cola de la rama de un árbol, pero no es así. No requiere ninguna forma o tamaño en particular o ninguna provisión del universo mineral en particular a fin de ser vida; puede surgir de cualquier cosa. Puede vivir bajo el agua o en una mota de polvo, en el hielo o en agua marina hirviendo, puede tener ojos u orejas pero puede no tenerlas, puede contar con los medios para ingerir pero puede no contar con ellos, o con los medios para moverse de aquí para allá pero puede que no, puede contar con un órgano de procreación pero puede que no, puede ser sensible o puede no serlo, e incluso cuando tiene inteligencia puede no tenerla en cantidad suficiente, *como por ejemplo ese holgazán amodorrado que siempre se las apaña para sentarse junto a ti, ese al que, cuando bosteza, le desaparecen los ojos, ¿te has dado cuenta de eso, mi frambuesita?* Así que la vida es taxonómicamente ilimitada pero existe una intención afín a todas sus infinitas variantes —ya sean peces, moscas, escarabajos peloteros, ácaros, gusanos o bacterias

—, una intención que la define en todas sus manifestaciones, con o sin facultades intelectivas: su patética intención de sobrevivir. Porque, naturalmente, nunca lo consigue, ¿verdad, mi nena frondosa?, porque si la vida es algo definible de forma infinita, debemos decir que se alimenta de sí misma. Se autoconsume. Y eso no resulta muy tranquilizador si queréis que vuestra conciencia dependa del mundo. ¿No os parece? Si la conciencia existe sin el mundo, no es nada, y si necesita el mundo para existir, tampoco es nada.

Estos eran mis experimentos mentales preparatorios: empezar por una desesperanza filosófica elemental antes de solicitar el rescate a los primeros que dieron respuesta, Emerson, William James, Damasio y demás. Pero debí de mostrarme como un simple depresivo.

¿Quién era el patán?

En realidad no era rival. Alto, esbelto, indolente, con el pelo negro peinado hacia atrás, engominado, como Tarzán. El *quarterback* estrella de la universidad. No tenía la menor opción en cuanto yo entré en escena.

¿Y eso de «nena frondosa»?

Sí, ha sido un lapsus momentáneo, un recuerdo residual de mi novia del instituto, que era la nena frondosa de allí. No Briony. Briony, por pura comodidad, llevaba recortado el vello púbico para hacer su gimnasia con traje de spandex.

Había muchas rubias de la zona oeste en la universidad, pero eran, en su mayoría, estridentemente autoindicativas, chicas con cierta apariencia de cabeza hueca o malicia, o tal vez sus rostros auguraban con demasiada claridad su futuro desmoronamiento cosmético. Briony era de facciones delicadas, su aspecto discretamente aristocrático, uno diría que su lugar estaba en una casa solariega de los Cotswolds o quizá en un *shtetl* polaco. Por alguna razón me cruzaba con ella una y otra vez en el campus. La veía montada en bicicleta, en la cola del comedor, hablando con sus amigos. ¿Acaso eso no significaba algo? Cada vez que llegaba a clase, me saludaba con una sonrisa. Le pregunté si accedería a participar como sujeto en nuestro trabajo de laboratorio y aceptó. Así pues, una mañana, cuando coloqué la red de electrodos en su linda cabeza —no se la afeitó, claro, eso no era ciencia médica, sino solo una manera de mostrar la actividad eléctrica de nuestro cerebro—, encontré excusa para remeterle el largo cabello por detrás de las orejas. Inhalé su limpio frescor. Tuve la sensación de estar en un prado bajo el sol. Realicé un gráfico cerebral básico utilizando un electroencefalógrafo que me había llevado al oeste. Una especie de detector de mentiras, muy primitivo, pero útil para Ciencias del Cerebro Nivel I. Mostrándole imágenes, viendo dónde se producían los picos en el gráfico, dónde se asustaba, dónde recordaba algo, dónde se le abría el apetito, dónde se iluminaba ante

una insinuación sexual. El ejercicio fue ilustrativo, todo muy elemental, sin abordar las localizaciones. Los otros alumnos, alrededor, observaban y hacían comentarios jocosos. Allí estaba el patán, con una estúpida sonrisa de superioridad en el rostro. Decidí que lo suspendería, aunque eso tampoco tenía mayor importancia. Pero yo vi cosas que los alumnos no podían ver. Vi cosas de Briony más íntimas que si la hubiera visto desnuda. Aquello no era simple voyeurismo, era un procedimiento cefálico-invasivo, lo reconozco, pero, en suma, no tanto una inferencia científica legítima como una fantasía profesoral.

¿Qué vio?

Una de las fichas mostraba una imagen de un circo de juguete. Un circo de una sola pista: en el centro, un maestro de ceremonias con chistera y pantalón de montar; en el contorno de la pista, mujeres con tutú a lomos de ponis galopando en círculo, y en lo alto un hombre con mallas colgado cabeza abajo de un trapecio y, suspendida de sus manos, una mujer con mallas a juego. Con esa imagen, el trazo de la plumilla prácticamente se salió del rollo. De hecho me causó cierta desazón que las alegrías de una niña fueran aún tan evocadoras.

Y luego la desesperación de mi especialidad. Hay que ser valiente para dedicarse a la ciencia. Reaccioné mal a la publicación de un experimento en el que se demostraba que el cerebro puede tomar una decisión segundos antes de que seamos conscientes de ello.

Eso es inquietante. ¿Y usted discrepa?

Sería fácil discrepar. Decir «Un momento. ¿Eso es duplicable? ¿Se sostendrá?». Pero mi propio cerebro intervino y se declaró solidario con los resultados del experimento. Se realizarán experimentos más complejos y quedará establecido que el libre albedrío es una ilusión.

Pero seguramente...

Una mañana, sin proponérmelo, me aparté de la lección y dejé caer algo que no tenía previsto decir, una especie de preámbulo a un curso de ciencia cognitiva que aún no había concebido... [*pensando*]

¿Qué dijo?

¿Cómo?

Algo que dejó caer en la clase.

Pregunté lo siguiente: ¿Cómo puedo pensar en mi cerebro cuando es mi cerebro el que piensa? ¿Está, pues, este cerebro que se hace pasar por mí pensando en sí mismo? Últimamente no puedo confiar en nadie, y menos en mí. Soy una conciencia generada misteriosamente, y no me sirve de consuelo ser una entre miles de millones. Eso les dije, y luego cogí mis libros y abandoné el aula.

Mmm.

¿Qué quiere decir con ese «Mmm»? ¿Recuerda por qué se suicidó el gran

Heinrich von Kleist? Había leído a Kant, que dijo que nunca podríamos conocer la realidad. Tendría que haber venido al oeste, Heinrich. Eso le habría salvado la vida. Por esos lares no hay desesperación del intelecto posible. Tiene que ver con las montañas y el cielo. Tiene que ver con el equipo de fútbol.

Así pues, usted, con su crisis intelectual, era una anomalía.

A la clase siguiente solo se presentó una persona, y fue Briony. Fuimos al centro estudiantil y tomamos un café. Preocupada, me miraba con la frente arrugada y expresión compasiva. Tal como la veo ahora, me doy cuenta de que nunca se toqueteaba el pelo como hacen las jóvenes, peinándose con las manos, recogidoselo si lo llevan suelto, soltándose si lo llevan recogido, todos esos pequeños gestos de autocontemplación. Briony no hacía nada de eso, permanecía inmóvil, serenamente presente en el momento sin un trasfondo de engrimiento. Aún era a principios del trimestre, y los alumnos todavía estaban a tiempo de abandonar una asignatura y pasarse a otra, y ella sabía que eso podía causarme problemas. Naturalmente, el decano se me echaría encima, pero eso, con aquella esplendorosa criatura ante mí, no podía importarme menos. Me solacé en su compasión. Adopté una expresión afligida. Tendió la mano por encima de la mesa como para consolarme. No quería darme a entender que me consideraba raro. Era una de esas personas que se sentirían obligadas a entablar conversación con un leproso.

¿Cuál era su entorno?

¿Su entorno? Los montes Wasatch.

No, me refiero...

¿Quiere saber de dónde era, esta criatura extraordinaria, quiénes eran sus padres, la familia que la produjo?

Sí.

¿Eso qué importancia tiene? En las películas no explican dónde se crio la gente a menos que traten sobre cómo se crio la gente. Nunca cuentan de dónde vienen los héroes, con quién están emparentados. Los encuentras tal como son, en el momento presente. Eres inducido a preocuparte por ellos tal como viven en la pantalla y lo único que sabes es el tiempo que están allí. Sin historia, sin pasado, solo ellos.

¿Esto es una película?

Esto es América. Después de descubrirnos mutuamente, fuimos de excursión a las montañas, Briony y yo. Podías coger la calle y llegabas al pie de un sendero de montaña. Los Wasatch te hacían saber que estaban siempre allí: incluso cuando les volvías la espalda, incluso cuando te alejabas de ellos en coche, los sentías. Cambiaban continuamente en función de cómo negociaban la luz, pero también de la temperatura, siendo su coloración equivalente a sus cambios de humor; así y todo, eran presencias constantes, una familia de dioses, montes bajos de cumbres irregulares, este más alto, aquel más bajo, pero todos conectados, una alianza de potencias venerables, surcados de senderos, implacables con su nieve capaz de matar, o descuidadamente vivos con la frondosidad primaveral en todas las tonalidades

claras de verde o verde azulado, pero todavía con vestigios marrones amarillentos del año anterior. Y luego su inclinación, esa manera de echarse hacia atrás hasta su cúspide en el cielo, como si sintieran aversión a algo que nosotros, los suplicantes, habíamos hecho para disgustarlos, porque cuando vivías en ese pueblo una temporada sabías que esas montañas regían, te cercaban, tú eras su gente. Briony, con su pantalón corto blanco, su botella al cinto y su gorra de béisbol, el pelo rubio en una coleta a través del agujero en la parte de atrás, y sus botas de excursionismo y sus calcetines cortos y sus pantorrillas firmes, redondeadas y vellosas... Briony subía por delante de mí, y era vigorosa, y en mi necesidad de no quedarme a la zaga —en algunos momentos me preocupaba que intentase huir de mí—, no podía recrearme en la contemplación de sus piernas y el esplendor de su ajustado pantalón corto blanco mientras se encaramaba por las rocas, a veces tocando el suelo para apoyarse, o agarrándose a un afloramiento, y trepando así cada vez más y más alto, el camino más como una sucesión de crípticos peldaños tibetanos hacia la aceptación budista de cómo eran las cosas realmente cuando no se hablaba de ellas.

Bueno, yo solo preguntaba.

No tiene usted empatía, no sabe cuándo ha de dejar de preguntarme esas cosas. No puede imaginar lo que era tenerla pero no olvidar ni por un instante mi ineptitud homicida. Que sería más peligroso que nunca cuanto más absolutamente feliz fuera. Que debía concentrarme en todo momento, examinar mis acciones, todo lo que hacía, vivir atento a los detalles, observarme cada minuto del día, atender con cuidado, ritualmente, a todo lo que hacía para no convertirme en Andrew el Simulador. Ya no puedo seguir hablando con usted, es demasiado doloroso. Usted no lo entiende. El mero hecho de pronunciar su nombre me destroza. Ya no oigo su voz.

¿Usted, con ese oído para las voces?

Todavía puedo evocar las voces de mi madre y mi padre, muertos hace mucho. Puedo oír sus voces bastante bien, aunque solo por un instante fugaz. Lo que oigo es su naturaleza moral. El sentido práctico de mi madre. Las tristes evasivas de mi padre. En las voces recordadas de los muertos está su naturaleza moral. Es lo que queda de los muertos que todavía es ellos, ese fragmento de la voz que transmite una naturaleza moral aunque el resto de la persona ya no esté.

Pero ¿su voz, la voz de Briony, ya no está, me dice? ¿No la oye? Quizá por eso yo personalmente no alcanzo a formarme una idea de ella. Capto la voz de usted, su propia percepción de lo que piensa y siente por ella. Es como si se interpusiera, su propia voz. ¿Cómo era ella, aparte de atlética? ¿Estudiaba matemáticas? Las dos cosas van juntas, quizá, las matemáticas, la gimnasia. Hacer geometría en las barras paralelas.

¿Quién ha dicho que estudiaba matemáticas? ¿Cómo sabe usted eso?

¿No ha dicho...?

¿Es usted de la CIA?

Por favor, Andrew.

No sé por qué hablo con usted.

En cuanto a Martha, tengo la sensación de conocer su manera de actuar a partir de la descripción que me ha dado. Pero a Briony no la veo con claridad.

Era una persona más joven, Briony, aún camino de ser ella misma. Inocentemente lista. Sin afectaciones. No se comportaba como si se sintiera especialmente guapa. Era intensamente física, como lo son los niños mayores. Cuando le gustaba algo, era con pasión. Tenía sus libros preferidos, sus grupos musicales preferidos. Era aplicada en sus estudios. Era capaz de redactar una frase gramatical... ¿sabe lo poco común que es eso entre universitarios? Creía en su vida, en su futuro.

Ya veo.

Martha era ser, Briony era devenir. ¿Qué clase de psiquiatra es usted para que yo tenga que explicarle una cosa así? Tiene la insensibilidad propia de alguien que vive a través de experiencias ajenas. Eso es lo que está haciendo, ¿no? Vivir a través de mi experiencia. Soy el agua de su molino. ¡Dios santo! ¿Es que no tiene vida propia?

La verdad es que no.

No acabo de aclararme con las fechas. ¿Cuándo se casaron Briony y usted?

No nos casamos.

Era su mujer.

Claro que era mi mujer, pero no nos casamos. No encontramos el momento. Nunca dejamos atrás el intenso sentimiento mutuo que hay que dejar atrás para casarse legalmente. En nuestra cabeza, estábamos casados. No necesitábamos que otros nos lo dijeran. Éramos Andy y Bri. Un sábado fui a un partido de fútbol, y allí estaba ella, claro, en lo alto de la pirámide de animadoras, haciendo el salto del ángel en brazos de todas las demás al final del número.

Tendría que haberlo imaginado...

Entretanto allí estaba él, el patán, con sus protectores y su casco, encabezando el equipo al disolverse la piña, mirando con desdén a los defensas, recitando sus jugadas con serena autoridad y dirigiendo a su equipo eficazmente por el campo. Lo observé cuando lanzó el balón por el aire a una distancia de cuarenta yardas, una espiral perfecta hasta los brazos del receptor. *Touchdown*. Veinte mil personas se levantaron de un brinco y rugieron, la banda de la universidad interpretó una marcha de la victoria, un idiota disfrazado de simio ejecutó un baile frente a las gradas, y caí en la cuenta de que había accedido a una poderosa cultura tribal, y si pretendía extraerla a ella de allí, tenía mucho que pensar.

Usted dijo, creo recordar, que el patán no tenía opción en cuanto usted entró en escena.

Bueno, a fin de cuentas, yo era Andrew, el de los ojos oscuros y afligidos. Incluso cuando recurría a la provocación en mis clases, destellaba en mis ojos un resplandeciente grito de socorro. Para Briony, eso era una muestra de personalidad.

La vulnerabilidad del profesor tras el atril era para ella una nueva experiencia en el aula. Me miraba fijamente, atenta. [*pensando*] Yo sabía desde el instituto que atraía a las mujeres. Mi primera novia, en el Instituto de Ciencias del Bronx, era una fanática de la zoología. Decía que yo tenía ojos de langur. Al salir del instituto íbamos a su apartamento, donde no estaban sus padres, y nos pegábamos el lote.

Langur, por la expresión lánguida de sus ojos.

Bueno, por eso y por la mata de pelo rizado, aunque a estas alturas ya ha perdido el color. Siempre he sido atractivo a mi manera, con la mandíbula hundida. Y tenía carácter. Era uno de esos estudiantes de instituto listillos, desenvueltos y desdeñosos con todo. El hecho es, doctor, que tenía mucho éxito con las mujeres. Pero lo de Briony fue distinto. Abrumador. Un brusco reiniciado neural en el que descubrí en mí una inmensa capacidad para el amor. Mucho después, cuando vivíamos juntos —de hecho, habíamos salido para una cena de celebración, acabábamos de enterarnos de que ella estaba embarazada—, Briony reconoció haber vivido ella misma una experiencia revolucionaria: Andy, dijo, un día en clase comprendí que había estado esperándote. Y de pronto allí estabas. Se produjo ese reconocimiento. Fue como si esto solo fuera la última etapa de nuestras vidas, dijo.

Pero en este momento, allí en el pico de los Wasatch, yo solo sabía cómo me sentía. No convenía descuidarse. Necesitaba saber más antes de dar el paso. ¿Más de qué? Eso no lo sabía. [*pensando*]

¿Qué?

Emil Jannings.

¿Qué?

No quería ser Emil Jannings en *El ángel azul*. ¿Se acuerda de esa película? El profesor que se enamora de la cabaretera, Marlene Dietrich, y acaba haciendo de payaso en un sórdido número de ella, cacareando «¡quiquiriquí!». Lo abandona todo para casarse con ella y, como cabía esperar, ella se lía con otros. Eso le arruina la vida, el trabajo, la dignidad, lo pierde todo. Una noche vuelve tambaleante a su aula vacía y muere ante su mesa. ¿No irá a decirme que no la ha visto?

Pues no.

Al menos le quedaba la mesa.

Naturalmente Briony no podía compararse a una decadente cabaretera de Weimar. Por otro lado, yo sabía que era muy capaz de llevar a cabo lo que fuera necesario para destruirme. Me la imaginaba mirándome, sumida en una especie de pesadumbre al final del camino, mientras yo ejecutaba un picado desde lo alto de una montaña, lo que equivaldría a un quiquiriquí allá en el Lejano Oeste. Cuando nos sentamos a recobrar el aliento, o más bien a recobrarlo yo, y beber de nuestra agua embotellada, le dije, Briony, pocas personas habrían podido convencerme para que subiera hasta aquí.

Pero, profesor, sienta bien, ¿no se alegra de haberlo hecho? ¿No está contento? Porque una escalada como esta pone en marcha las hormonas buenas del cerebro.

Dije: Por favor, no me llames profesor, llámame Andrew. Al fin y al cabo, así es como me llaman los otros alumnos.

Ella sonrió. Vale, así te llamaré, pues. Andrew. Pro... Quiero decir, Andrew, no sé qué pensar de ti. Nunca he conocido a nadie como tú.

¿Y eso?, dije yo.

No sé... Contigo no me aburro. No, no es esa la palabra, no me aburro en mi vida, tengo demasiadas cosas que hacer como para aburrirme...

Eso era verdad, tenía las clases, la gimnasia, el grupo de animadoras, servía mesas en el comedor del profesorado y los fines de semana trabajaba unas horas en una residencia de ancianos del pueblo.

... pero esos cambios de humor tuyos, dijo, no sé, son algo muy poco habitual, algo poderoso, casi como si fuera tu forma de vida. Y es una forma tan personal de estar ante una clase... Casi parece una cualidad positiva, como cuando alguien que tiene una dolencia se lo toma con valentía. A pesar de que solo es, no sé, una visión del mundo muy solemne.

Y yo dije: Briony, creo que si llevamos esto tan lejos como a mí me gustaría, al final te deprimiré tanto que acabarás casándote conmigo.

En fin, ¡cómo se rio! Y yo con ella. En ese momento ya no éramos profesor y alumna. Ella debió de darse cuenta, porque se calló, eludiendo mi mirada. Ceremoniosamente, desenroscó el tapón de la botella de agua y se la llevó a los labios. Yo detecté un levísimo rubor en su garganta. [*pensando*]

¿Sí? ¿Qué decía?

No, solo pensaba. Supongamos que existiera una red de ordenadores más potente que cualquier cosa que podamos imaginar.

¿Y a qué viene esto ahora?

Recuerdo que probé esa idea con ella. No, olvidémonos de la red; dejémoslo en que es solo un ordenador descomunal. Y supongamos que, siendo lo que era, tenía la capacidad de registrar y almacenar las acciones y los pensamientos y los sentimientos de todo ser humano vivo en la tierra una vez cada milisegundo. Es decir, como si para ese ordenador toda la existencia fuera una acumulación de datos, como si ese ordenador fuese el almacén de todos los actos jamás realizados, los pensamientos jamás pensados, los sentimientos jamás sentidos. Y como el cerebro humano contiene recuerdos, ese ordenador también los registraría, y por tanto se remontaría atrás en el tiempo a la vez que avanzaba con el presente.

Eso es mucho pedir, incluso para un ordenador.

No para este chisme. Plantéese la posibilidad de que haya cosas que usted no sabe, doctor.

Me la planteo a diario.

Le diré algo que quizá no sepa: el genoma de toda célula humana tiene memoria.

¿Sabe qué quiere decir eso? Como seres evolucionados, llevamos en nuestros genes recuerdos del pasado remoto, de generaciones muy lejanas, recuerdos de experiencias que no son nuestras. Esto no son fantasías, cualquier neurocientífico se lo confirmará. Y lo único que necesitamos es el código adecuado para extraer lo que la célula sabe, lo que recuerda.

Suena poético.

Estoy hablando de ciencia, le digo que mi ordenador, el sùmmum de los ordenadores, que absorbe las actividades físicas y mentales de todo ser vivo —o sea, incluyamos también a los animales—, necesariamente puede remontarse en el tiempo y adentrarse en el pasado con la misma facilidad con que avanza a la vez que el presente. ¿Eso me lo concede?

Vale, Andrew.

Eso, pues, implica que... implica que...

¿Sí?

... que, por lo menos a nivel microgenético, ¿no existiría acaso la posibilidad de recomponer a una persona entera a partir de esos fragmentos y recuerdos genómicos de vidas pasadas?

No se referirá a la clonación.

No, maldita sea, no me refiero a la clonación. Hablamos de ese ordenador capaz de descifrar el código de todas las células de todos los cerebros humanos y reconstituir a los muertos a partir de sus experiencias. ¿Eso no vendría a ser algo así como la reencarnación? Tal vez no sería una reencarnación perfecta. Tal vez ella no siempre sería visible, tal vez si uno tendiera la mano, fuera solo una sombra de sí misma, pero sería una presencia, y el amor estaría ahí.

¿De quién hablamos ahora?

¿Cómo se me ocurrió hablar a Briony de todo eso? Si ese ordenador pudiera dar con el código para leer la composición de nuestras células, en el nacimiento, en la muerte, en las cenizas de nuestra incineración, en la podredumbre de nuestros ataúdes —y naturalmente, siendo lo que era, podría hacerlo—, entonces sería posible recuperar a los bebés perdidos, los amantes perdidos, los yoes perdidos, traerlos de entre los muertos, reunirlos en una especie de cielo en la tierra. ¿Se da cuenta?

Bueno, quizás a un nivel especulativo...

Pero si acepta la premisa, la lógica es consistente, ¿eso me lo concede?

Se lo concedo.

Pero sigue sin saber qué es ese ordenador, ¿verdad? Ay, doctor, si existiera un ordenador así, podría hacer cualquier cosa, por fin. O sea, llámelo por su legítimo nombre. Y yo podría recobrar el bebé que tuve con Martha. Y podría tener a mi Briony, y nos llevaríamos a nuestro bebé a casa y seríamos una familia.

II

Me pidió que llevara un diario personal. Escribir es como hablar con uno mismo, cosa que en todo caso es lo que he estado haciendo con usted, doctor. ¿Cuál es la diferencia, pues? Escribo desde el este de Nueva Inglaterra: es como si esta mañana la niebla invernal se hubiera helado. Caminar por los campos es sentir que uno afronta el aire, deja atrás el tintineo del hielo y el rastro tubular de su propia forma. Pero necesito sitios como este. Aquí estoy a salvo. O sea, por lo que se ve, lo pongo en peligro cada vez que entro en su consulta.

Y ahora, un rato más tarde, se ha levantado el viento y arroja nieve contra mi ventana y debo encender la luz. Aquí no tengo nada para leer excepto las obras completas de Mark Twain, que son del dueño de la cabaña, con las iniciales MT grabadas en la tapa agrietada. ¿Y cuál fue el mayor empeño de MT en la vida? Explicar cómo eran los niños a los adultos y cómo eran los adultos a los niños. ¿No es así? O escribir de sus vecinos con jocosa compasión. Por su mujer, hacía algo tan absurdo como ir a la iglesia. Invirtió en una linotipia inservible. Se codeó con la alta sociedad de Boston. Aguijoneó ladinamente a los ufanos caballeros que disfrutaban de sus charlas de sobremesa. Señaló la brutalidad ungida de los reyes. Pero fue siempre, siempre, para arrojarse en la alta sociedad. Para mantenerse cómodamente dentro de lo que Searle, un tipo cuya obra yo enseño, llama «la construcción de la realidad social».

Y ahora mismo, con un topetazo sonoro como un trueno, una pobre gaviota que planeaba en el viento se ha dado de cabeza contra el cristal de la ventana, la muy estúpida. Cruzo una mirada con su ojo vidriado mientras desliza por la nieve de mi ventana un manchurrón rojo en forma de embudo.

Otro día: veo a través de la niebla la garcita verde encorvada, allí en el embarcadero. Arrebujada en sí misma, un ave taciturna, una de las nuestras.

Ahora, un rato más tarde, el cielo se ha tornado frío y despejado, el viento azota la superficie del mar, e imagino un pantano de aguas tibias en algún lugar lleno de ranas saltarinas de Calaveras County. O sea, lo lees y te lleva al huerto. Pero para mí el fantasma inmoderado de MT se alza desde su infancia sencilla y despótica contra el monstruo imperial que ha contribuido a crear.

Veo su frágil comprensión de la vida en esos momentos de su prosa, cuando baja la guardia de las sobremesas y esa decencia de la movilidad ascendente suya pasa a ser vulnerable a su creación de sí mismo. Y cuando la mujer que amaba ha desaparecido, y una hija que amaba ha desaparecido, y se mira en el espejo y

aborrece la pretenciosidad de su pelo blanco y su bigote y su traje, todo ello reunido en la sabiduría de mecedora que reside en sus ojos empañados. Desespera ante la gran probabilidad de que el mundo sea una ilusión suya, de que él no sea más que una mente errabunda en una vana deriva a través de la eternidad.

Mirad la hormiga, dice, qué estúpida e incompetente es, arrastrando de aquí para allá el ala de una mosca, tirando de ella por encima de guijarros porque se interponen en su camino, trepando por las hojas de hierba porque no sabe no hacerlo, y adónde cree que va, dice MT, a ninguna parte, ahí es a donde va.

Otra mañana. Estoy en la playa mientras el águila pescadora se cierne palpitante sobre el mar, y los correlimos caminan de puntillas por el borde espumoso del océano mientras la anjova, siguiéndolos desde el agua, espera a que la marea los ponga al alcance de las cuchillas de sus fauces.

Todo esto eres tú, Dios. ¿Y tú quién decías que era? ¿Jonás, cabalgando en las riostras del leviatán? Con toneladas de peces pasando por debajo de él camino de la caldera digestiva, un pie plantado en una costilla semejante a una viga, el otro en otra, y reinaría la oscuridad a no ser por la luminiscencia de los peces eléctricos que buscan la salida, a contracorriente, contra el sorbetón de la roca lunar en forma de marea oceánica, contra el giro diurno del reverberante planeta que aloja el mar, que mece los montes con ritmo de metrónomo...

... esta tierra a la que nos encontramos adheridos por efecto de la gravedad, MT y yo y mi rubísima belleza de cuento de hadas, mi amada que me leía, a la luz de una linterna, mientras yo conducía de noche a través del continente, me leía sobre los escándalos imperiales glosados por MT en los últimos años de su vida, cuando la verdad de su humor se tornó verde y biliosa, cuando, con la garza nocturna posada furtivamente entre sus hombros, vio a la luz de la luna que el mundo imposible no podía ya afrontarse eficazmente por medio de la sátira o la parodia.

Así pues, doctor, escribo para decirle que estoy de acuerdo: la vida —irresuelta como es, eternamente inacabada por más que las muertes sean astronómicas— no es una película. No veo en mi imaginación a una emperatriz con manto blanco y sujetador de talla D arrostrando a una falange de centuriones parecidos a mí, con sus yelmos picudos y sus corazas y sus lanzas y sus correas de cuero en torno a las pantorrillas, esas películas llenas de extras que derraman sus efusiones en Technicolor sobre los fantasmas de aquel antiguo imperio tan similar al nuestro.

Ah, pero cuando eran mudas, qué extrañas resultaban con aquellos rótulos en lugar de voces, las palabras escritas tapando la imagen para aclarar las cosas. Una misteriosa agencia de traducción mediadora conectándonos en nuestro propio idioma con un mundo de sombras donde unos humanos como nosotros hablaban entre sí con sus yelmos picudos y sus corazas, con sus corbatas negras y sus boquillas y sus trajes de noche de satén blanco ceñidos al culo, pero desde unas distancias tan

ultramundanas que era imposible oírlos, pese a que ellos parecían oírse entre sí.

Qué horror, que una parte tan grande de la vida haya sido una pérdida de tiempo, haya sido vivir sin valentía y sin estar a gusto en el planeta de los deleites, de los icebergs partiéndose atronadoramente, los tsunamis barriendo los litorales, las sequías marchitando los maizales, sin estar a gusto en nada de eso, ni en lo alto de los montes ni en el mar, sino solo en las ciudades, un viajero de metro sentado en un vagón de metro en medio de otros muchos viajeros, o corriendo bajo un paraguas hacia el taxi disponible, o yendo al teatro o escuchando a Mahler o leyendo las noticias y sin hacer nada al respecto... esas noticias que siempre parecen ocurrir a otras personas en otros lugares. Salvo cuando la noticia me ocurrió a mí. Cuando por fin me ocurrió a mí...

Muy interesante, Andrew. Sorprendente.

Ya, bueno, cuando estoy solo en una cabaña, soy otro hombre.

Ya casi había perdido la esperanza con usted.

No sé qué hago aquí.

Puedo contarle que una tarde de invierno Andrew, de niño, se presentó ante la puerta de una amiguita suya para devolverle la muñeca que le había robado. Su madre había insistido en ello, en que llamara a la puerta y no se escudara en ninguna excusa, ni insinuara que la había encontrado en la calle o algo que no fuera verdad, sino que se limitara a decir que se había llevado la muñeca cuando ella no miraba y lo sentía mucho y nunca volvería a hacer una cosa así. Andrew obedeció. La niña le quitó la muñeca de las manos y le cerró la puerta en las narices. De camino a casa él resbaló en una placa de hielo y se rompió las gafas.

Eso fue, ¿dónde?

En Montcalm, Nueva Jersey. Un pueblo no tan próspero como Glen Vale, la localidad vecina. Casas viejas de dos o tres plantas, por detrás de los árboles deslucidos alineados en las calles, algunas con porches acristalados, en su mayoría con jardines delanteros mal atendidos y desiguales, y necesitadas de una mano de pintura. Uno sabía que había llegado a Glen Vale cuando todo se veía más luminoso, los jardines delanteros bien cuidados, los árboles frondosos y exuberantes, las casas más grandes y más separadas entre sí. Estados Unidos siempre dice cuánto dinero tiene la gente.

¿Por qué robó la muñeca?

Para un reconocimiento médico. Era una muñeca niña y necesitaba confirmar mis sospechas.

¿Usted llevaba gafas de pequeño?

Siempre he sido miope. ¿Por qué me hace esas preguntas? Pretendo contarle algo. Mi vida era discordante. Andaba metiéndome en un lío detrás de otro. ¿Sabe qué es

hacer la plancha? Uno sostiene el trineo por delante, se echa a correr, y cuando el trineo coge velocidad, se lanza encima, y marchando.

Encima de su Flexible Flyer.

Muy bien, doctor, así que al final resulta que vive usted en este mundo. En Montcalm no había cuestas propiamente dichas; mi calle tenía una suave pendiente descendente, así que usábamos los caminos de acceso de las casas para tomar impulso, esa era nuestra técnica: aprovechar la ligera elevación, hacer la plancha siempre a medio camino de la calle y doblar el manillar para torcer a la derecha en cuanto salíamos. Si el giro era demasiado brusco, el trineo volcaba y te tiraba al suelo. Y bueno, esa vez de la que hablo no di un giro demasiado brusco, sino muy gradual, de manera que, a medio camino de la otra acera, aún estaba en pleno giro. El otro detalle que debo mencionar: se hacía de noche, la hora a la que había que estar en casa. Tenía las mejillas rojas, me goteaba la nariz, la nieve se me pegaba a las cejas, se me metía por las mangas y en las botas. Sonó una bocina. Alcé la vista y vi la calandra dentada de un sedán Buick. El hombre había frenado, y el coche trazó un limpio círculo en torno a mí marcha atrás, trescientos sesenta grados. Fue como una especie de número de magia, primero estaba detrás de mí y luego estaba delante de mí, girando en todo momento marcha atrás. Después oí un sonoro gong cuando el coche se estampó contra una farola de la calle. Durante todo ese tiempo el hombre había estado tocando la bocina, era una bocina de latón tritonal, como para anunciar un acontecimiento festivo, pero ahora, tras el choque, el sonido era un trompetazo continuo, anticlimático, muy desagradable. Vi que había embestido la farola con fuerza suficiente para ladearla un poco. Me apeé del trineo y me acerqué. Había chocado con la farola por el lado del conductor, y lo que hacía sonar la bocina era su cabeza, apoyada en el volante, mientras que las manos le colgaban a los lados. ¿Vale?

Vale.

Nos trasladamos a Nueva York, al Greenwich Village. Mi padre dijo que era porque así él viviría más cerca de su trabajo en la Universidad de Nueva York. Pero yo sabía que nosotros, nuestra familia, éramos personas no gratas en Montcalm después de ese accidente. Así se lo dije y mi padre dijo, Hijo, muchos niños iban en trineo y cualquiera de ellos podría haberse puesto en el camino de ese coche. Dio la casualidad de que fuiste tú. No se lo creía más de lo que me lo creía yo. Sabía que si algún niño tenía posibilidades de provocar un accidente fatal, era yo.

¿Su padre era profesor universitario?

Se dedicaba a la ciencia. Biología molecular. Decía que la ciencia era como el haz de un reflector que se ensanchaba cada vez más e iluminaba cada vez más el universo. Pero conforme el haz se ensanchaba, también crecía la circunferencia de oscuridad.

Pensaba que eso lo dijo Albert Einstein.

En la ciudad me sentía solo y no tenía amigos, y por eso mis padres me compraron un perro, un dachshund. Dijeron que era responsabilidad mía cuidarlo,

pasearlo, adiestrarlo para la obediencia. Eso fue interesante, tratar de ver qué clase de cerebro tenía. No mucho, fue la respuesta. Su nariz parecía hacer las veces de cerebro. La función primaria de esa nariz/cerebro era naturalmente procesar los olores. Como yo tenía ese perro, me fijaba en todos los demás perros del parque y todos iban de aquí para allá oliéndose unos a otros y olfateando los códigos urológicos que dejaban al pie de las fuentes, los troncos de los árboles, las mesas de ajedrez y demás. Lo que hacían con estas señales, por lo que yo veía, era nada. Quizá era solo una especie de conversación. Como e-mails. Procesaban la señal olfativa, respondían con su propio meado y seguían adelante. Eso era en el Washington Square Park, y allí iba mucha gente con su perro. Había un pipicán: como todo en la ciudad, un espacio delimitado para lo que uno quisiera hacer.

Habla como un neoyorquino de toda la vida.

Mi cachorro de patas cortas intentaba participar en los juegos dentro de ese pipicán. Era gracioso verlo anadear detrás de un perro grande, que se daba media vuelta y echaba a correr antes de que él pudiera volver aquella salchicha de cuerpo que tenía.

¿Qué nombre le puso al perro?

Aún no había llegado a ese punto. Empezaba a descubrir que no lo respetaba mucho. O sea, era imposible insultarlo, lo cual demostraba su deficiencia mental. Nunca se ofendía, le dijera lo que le dijese o por más tirones que diera a la correa. Y bueno, esa vez de la que hablo, una tarde, lo llevaba a casa por el parque: vivíamos en un apartamento de la universidad en el lado oeste de la plaza. En esa parte había más árboles, por lo que era más oscura, más tranquila, menos frecuentada. Esto que estoy a punto de relatar no es un episodio de Tom Sawyer.

Ya me lo imaginaba.

Vi algo bajo un banco que parecía una Spaldeen, una valiosa pelota de goma rosa. No estaba seguro. Me arrodillé para investigar, metí la mano bajo el banco, y fue entonces cuando debí de soltar la correa. Acto seguido oí gritar a mi perro, un chillido de tenor —un sonido extraño y antinatural en un perro—, y cuando miré alrededor, vi su correa agitarse en el aire. Sin plantearme qué ocurría, la agarré —un reflejo automático— y sentí transmitirse a mi brazo, como si fuesen los sonoros latidos de mi propio pulso acelerado, el aleteo del gavilán que lo tenía sujeto. Eso era: un gavilán colirrojo. Cabría pensar que yo habría podido liberar al perro a tirones, obligar quizá al gavilán a bajar también si no soltaba a la criatura, pero tenía las garras hincadas en el cuello del dachshund y por un momento se me permitió comprender la implacabilidad de la naturaleza. [*pensando*] Sí, estaba en contacto con una fuerza rítmica insistente, irreflexiva y sin personalidad. Por un momento mantuve al gavilán allí suspendido, batiendo las alas, incapaz de elevarse. No puedo jurarlo, pero creo que incluso me sentí izado, sosteniéndome apenas con las puntas de los pies, hasta que me solté y vi al ave ascender como una flecha a la copa de un árbol, quedando la correa colgada como una liana, mi dachshund inmóvil por la conmoción

mientras el ave le oprimía el cuello contra la rama y le picaba los ojos.

¿Por qué lo soltó? ¿Era el gavilán más fuerte que usted? ¿Qué edad tenía entonces?

Siete, ocho años, no lo sé. Pero intento recordar en qué momento me pareció que era inútil. ¿Estaba demasiado asustado para seguir sujetándolo? ¿Entendí que todo había acabado para el perro en el momento en que las garras se clavaron en él? No estoy seguro. Quizás, en deferencia al mundo de Dios, simplemente me rendí. Di unos pasos atrás para ver mejor qué ocurría en el árbol. El gavilán no miró hacia abajo. Nuestra pugna había sido intrascendente para él, desgarraba al perrito como si yo no existiera. Recuerdo la emoción de sentir el pulso de aquellas alas en mi pequeño pecho descarnado. No obstante, corrí a casa llorando. Todo era culpa mía. Ahí tiene: Andrew en su primera etapa. Doy por sentado que le gustan las infancias.

Bueno, pueden ser instructivas.

El día antes de partir hacia California, Briony encontró un chucho callejero e insistió en que nos lo lleváramos. Hablando de perros.

¿Eso cuándo fue?

Por el campus rondaban muchos perros cuyos dueños, estudiantes, los dejaban sueltos y al final se olvidaban de ellos. Briony dijo que ese en particular le dirigió una mirada tan suplicante que no pudo resistirse. Un perro grande, blanco y negro, de orejas caídas. Mientras yo intentaba conducir, se erguía apoyando las patas en el respaldo de mi asiento y me rozaba el cuello con el hocico húmedo.

¿Por qué iban a California?

Lo llamó *Pete*. Es un *Pete*, ¿no te parece?, dijo ella. Se había vuelto hacia atrás, de rodillas en el asiento delantero, inclinada sobre mi hombro para acariciar al condenado animal. Sí, dijo, ese es tu nombre, sin duda.

Me hallaba en tal estado, tan posesivo era mi amor, que no soportaba compartir a Briony con nadie más, ni siquiera con un chucho estúpido. Deseaba su atención exclusiva. No dije nada pero sentí resquemor, como si hubiese sido invitado a acompañarla sin más consideración por su parte de la que había concedido al perro en un impulso.

¿Por qué iban a California?

Y no fue de gran ayuda que el patán se despidiera de nosotros, o se despidiera de ella, allí en la acera delante de su residencia.

¿El patán tenía un nombre?

Lo ignoro. Duke no sé cuántos. ¿Cómo iba a llamarse, si no? Ella lo besó, rozándole los labios, y le acarició la mejilla y subió al coche y cerró la puerta y miró atrás y agitó la mano cuando arranqué. Una voz en mi cabeza dijo: «¡Pisa a fondo!». Lo que dice el héroe al taxista en todas las películas de los años treinta. Esa voz en mi cabeza definió el momento: yo no era de esa generación. No era de sus tiempos. No

tenía a esa chica por legítimo derecho.

Seguramente ella tenía algo que decir al respecto.

Estoy contándole cómo me sentía yo. Briony sabía que estaba divorciado, pero solo eso. Yo me proponía ser totalmente franco con ella, pero no me animaba a contárselo todo. Era obvio que me había convertido en su proyecto.

¿Su proyecto? Así que usted no entendía aún lo prendada que estaba.

Percibía su interés. Me sentía mimado. No podía creer nada más allá de eso. Y no es que yo careciera de malicia. Cuanto más taciturno me veía, más atenta se mostraba. Así había sido durante todo el semestre. Yo podía simular mi desesperación nihilista, convirtiendo en engaño incluso eso, podía exhibir el semblante adecuado en tanto que por dentro sonreía como un idiota. A duras penas podía mantener las manos apartadas de ella. Pero ella empezaba a adquirir mi lenguaje, leía los textos del curso, de modo que yo podía atribuirme el mérito de haberle enseñado hasta la última frase audazmente reflexiva que salía de ella. Briony poseía la necesidad de reafirmación intelectual de los jóvenes, que convierten en propias las ideas aprendidas. Llegó al punto de mencionar el sistema límbico del cerebro y me miró con una expresión interrogativa en los ojos. Tuve que exigirle en el acto que no siguiera por ese camino.

¿Por qué?

Los daños en el sistema límbico inhiben los sentimientos, entre otras cosas. Aparece la indiferencia, la frialdad. Uno está vivo a medias. La gente que ha padecido traumas presenta una disfunción del sistema límbico.

¿Usted cree que ha sufrido una experiencia así? ¿Ha sufrido un trauma?

Mi único trauma es la vida. Oiga, cuando estaba con Briony no me pasaba nada en el sistema límbico. Tenía el hipocampo y las amígdalas a pleno rendimiento. Silbando, dando palmas. Haciendo volteretas hacia atrás. Por suerte, el programa de mi curso incluía lecturas de William James, Dewey, Rorty y después los existencialistas franceses, Sartre, Camus. Se metió de lleno en eso.

¿Para un curso elemental sobre la ciencia del cerebro?

Bueno, el nivel estaba por encima de las aptitudes intelectuales de la mayoría de ellos. Y lo que entendían no les gustaba. Yo no percibía ninguna religiosidad concreta en esos chicos; Dios era más bien un supuesto, como algo preinstalado en sus ordenadores. Pero si existía una filosofía idónea para el estudio del cerebro, del material de la conciencia, yo sostenía que era el pragmatismo o el existencialismo. O tal vez las dos cosas. En ninguna de las dos aparece Dios, ¿comprende? Ni el alma. Ni rollos metafísicos. Briony lo entendió. Pero ella veía un poco más de dramatismo y exaltación humana en la idea de una libertad dolorosa. Así que optó por los existencialistas. Y aplicó en mí sus conocimientos como una pragmática. Saltaba a la vista que yo era de la escuela existencialista. Que yo estaba fuera de la esfera de la psicología: tenía una identidad histórica. Al parecer, eso aceleró la conexión entre nosotros. Ella estaba a gusto con Andrew el Existencialista. Podía besarme en la mejilla. Podía presentarse en mi despacho y traer dos cafés. Yo deseaba postrarme de

rodillas y besarle el dobladillo del vestido. Esa criatura limpia y adorable del oeste había encontrado en lo que, decidió, era mi existencialismo, la resurrección del romántico decimonónico, Andrew al borde del precipicio con el dorso de la mano en la frente.



Fue solo cuestión de tiempo que acabáramos siendo amantes. La primera vez fue en su habitación de la residencia. Se quitó la ropa y se tendió y volvió la cara hacia la pared mientras yo me desvestía. Dios santo, tener a ese ser trémulo entre los brazos. Después de eso siempre venía en bicicleta a mi casa... Y recuerdo un día que me despertó al amanecer, me sacó de la cama como una niña emocionada y me obligó a subir a trompicones por la escalera hasta la azotea del motel para contemplar la salida del sol sobre las cumbres de las montañas. Dudo que mi técnica de seducción se hubiera practicado antes en aquel territorio de vaqueros. Yo la había arrancado de su tiempo, de su lugar, y tenía celos incluso del perro callejero que había recogido para acompañarnos en nuestro viaje.

Así pues, si no he entendido mal, se iba usted a California con la chica de sus sueños y, por una razón u otra, consiguió deprimirse.

Íbamos a ver a sus padres. ¿Cómo se habría sentido usted?

Briony llevó a Andrew a un pequeño pueblo costero situado a una hora al sur de Los Ángeles. Salió de la autovía de la costa para acceder a una calle de casas a pequeña escala en colores pastel. El material de construcción predominante era el estuco. Delante de cada vivienda, un reducido jardín atestado de plantas tropicales en flor absurdamente desmesuradas. Quizá Andrew estaba cansado después de dos días en la carretera. Incluso el entusiasmo de Briony cuando señaló uno de los estrechos caminos de acceso que separaban cada casa de la vecina, le irritó. ¿Quién era esa que corría hasta la puerta de la casa, la abría de un empujón y desaparecía dentro? Desde luego no la espectacular mujer en traje de spandex haciendo la vertical en la barra fija, ni la adorable criatura sometiéndose recatadamente a la exploración cerebral en el laboratorio del curso elemental de ciencias cognitivas, ni la amante de un hombre mayor. Volver a casa para alguien de su edad era una regresión a la infancia. Andrew se quedó en jarras junto al coche y observó el vecindario. No había ni una sola sombra. El calor rielaba sobre la acera blanca. No podía reconocer ante sí lo nervioso que estaba, lo fuera de lugar que se sentía, acompañando a esa niña como un vil seductor.

Entiendo que fuera un momento difícil para usted.

Sí. No quise seguirla. La casa estaba a un paso del muro de contención donde terminaba la calle. Sin proponérmelo, acabé en lo alto de una ladera cubierta de

plantas trepadoras mirando en dirección a una playa cubierta de gente, un Brueghel de gente, bronceándose, jugando al voleibol, niños cogiendo conchas en la orilla. En el agua azul otros flotaban pacientemente en sus tablas de surf. Más allá se extendía el Pacífico, salpicado de veleros. Por encima de todo ello, en un cielo turbio, un sol sanguinolento tenía la firme intención de ponerse sobre el mar. La escena entera parecía irreal. En el lugar de donde yo soy el sol se pone sobre la tierra.



Briony lo llamaba desde la casa, agitando los brazos, sonriente. Él se volvió y se fijó en el coche de los padres, un Morris Minor, detrás del cual había aparcado. Ya no se veían muchos de esos. En la puerta, Briony le cogió la mano. Están fuera, atrás, dijo. Y en el breve recorrido a través de la casa hasta el jardín, Andrew tuvo la impresión de... ¿cómo llamarlo? ¿Una casa ortopédica? La escalera al piso de arriba era de peldaños bajos; las sillas tapizadas y el sofá del salón tenían escabeles acoplados. La isla central de la cocina disponía de escalones. Todo aquello que era necesario utilizar contaba con un acceso graduado, con barandillas. Y olía a limpio, casi aséptico. Andrew percibió todo esto periféricamente mientras atravesaba la casa y salía al jardín donde estaban, sonriendo y levantándose para recibirlo, no lisiados ni mutilados en absoluto, los padres de Briony. Soy Bill, dijo él. Soy Betty, dijo ella.

El hecho de que yo fuera profesor universitario me favoreció. Aquellas eran personas jubiladas del mundo del espectáculo que sentían un gran respeto por la educación que nunca habían recibido. Y querían tanto a su hija que confiaban en su criterio. En ningún momento enarcaron siquiera una ceja ante ese hombre que doblaba la edad a su hija. Me acogieron con los brazos abiertos. Mis preocupaciones, pues, eran infundadas. Había botellas y una cubitera con hielo en una camarera. Tú pide, seguro que lo tenemos, dijo Bill. Tomamos unas copas, Briony sentada cerca de mí en el canapé, mirándome de soslayo para ver cómo reaccionaba. Pero Bill y Betty tenían clase, poseían la desenvoltura social propia de los artistas de toda la vida. Tenían un aspecto juvenil para ser jubilados. Con los Diminutos cuesta adivinar la edad.

¿Los Diminutos?

A uno no le gusta tratarlos con paternalismo. «Enanos» es inaceptable; suena a gnomo. Y «Personas Pequeñas» no es mucho mejor.

¿Está diciéndome que los padres de Briony eran enanos?

Solo si no me oyen.

Dios bendito. ¿Y «Diminutos» era el término elegido por ellos?

El término es mío. Ellos no hablaban de sí mismos descriptivamente. Uno se limitaba a mirarlos y adoptaba la actitud políticamente correcta. En mi honor debo decir que ni siquiera parpadeé al verlos. Un ejemplo más de la velocidad sináptica del cerebro, que probablemente ya me había informado de lo que me encontraría

mientras cruzaba la casa.

¿Por qué Briony no lo había prevenido?

No lo sé. ¿Podría ser que estuviera poniéndome a prueba? ¿Que quisiera ver en mi reacción la medida de mi carácter? Pero puede que no fuera eso. Briony era incapaz de todo subterfugio. Y estaba demasiado pendiente de sí misma para actuar inconscientemente. ¿Y por qué iba a prevenirme? Estábamos juntos en serio... ¿Qué importancia podía tener una cosa así? Eran sus padres, que habían estado en su campo visual desde el día en que nació. Los quería. Y dada su sociabilidad con otros como ellos, se crio en un entorno de normalidad, sin ser la única niña en esa situación. Uno no anda disculpándose por sus padres.

Pero ¿qué joven, incluso con padres de proporciones normales, no dice algo con antelación a fin de suavizar el efecto? Un padre es una persona que te abochorna.

Bueno, así era Briony. Así era la chica que me llevó montaña arriba. Era enigmática en todos los sentidos. Yo estaba profundamente inmerso en el mundo de sus afectos, ¿por qué no habría de saber ya, sin que me lo dijera, que sus padres eran minúsculos? ¿Qué puedo decir que lo satisfaga? De camino a California, regaló su perro a un chico que trabajaba en el motel donde nos alojamos una noche. En ese momento no supe por qué lo hacía: después de llevarlo con nosotros impulsivamente, ponerle el nombre de *Pete*, luego va y lo regala, acompañado de uno o dos dólares para comprar chucherías. Se arrodilló y abrazó al perro y se lo quedó mirando con tristeza cuando el chico se lo llevó cogido de la correa. Tal vez ese sea el gesto que estaba usted buscando: el momento en que reconoció su realidad. Cuando vi a Briony rodear a su madre con los brazos y estrecharla como haría uno con un niño, cuando la vi arrodillarse para abrazar a su padre, comprendí por qué quizá se lo pensó mejor respecto al perro *Pete*. Era un animal grande. Tenía un rabo que podía partirte el peroné.

Acabo de acordarme: sí me dijo algo, Briony. Me pidió que no hablara de política con su padre. Las instrucciones de último momento. Nos acercábamos ya a la mansión familiar. Me besó en la mejilla. Ah, y una cosa, Andrew, por favor, por favor, nada de política, ¿vale?

¿Y eso?

Estábamos en Orange County, California, la tierra de o lo adoras o lo dejas.

¿Cómo conocía Briony sus ideas políticas? Me cuesta imaginar que unos amantes recientes hablen de política.

Los amantes viven el uno en la cabeza del otro. Briony encontró en la mía cierto grado de intensidad cívica que reconoció por las conversaciones de su padre. Solo que yo pertenecía a otra era.

Ya veo.

Usted no sabe nada de mí, doctor, solo oye lo que decido contarle. Yo siempre he

respondido a la historia de mis tiempos. Siempre he estado atento al contexto de mi vida.

El contexto.

Sí, tal como se expande en círculos concéntricos hasta las estrellas. Bill era un hombrecillo brillante, y yo respeté la petición de Briony, aunque en ningún caso se me habría ocurrido, siendo como era un invitado en la casa, tantear nuestras diferencias políticas. Pero entre Bill y yo, diría que yo era el patriota más auténtico. Si uno toma en consideración el panorama en su sentido más amplio, es difícil convencerse de la permanencia de este país. No cuando uno sabe quién lo gobierna.

¿Tal como usted lo sabe?

¡Pues sí! Tal como lo sé yo.

Bill y Betty no eran enanos desproporcionados, con cabezas o torsos grandes y piernas cortas; estaban perfectamente proporcionados, todo en armonía con todo lo demás. Vivían, supuse, de unos ingresos fijos y ponían mucho esmero en vivir meticulosamente y con dignidad. Bill poseía el atractivo físico propio del mundo del espectáculo, siendo obviamente sus facciones delicadas y pequeñas y sus ojos de color azul claro el origen de la belleza de Briony. Era un tanto rubicundo, con una mata de pelo blanco dispuesta en un pulcro tupé. Betty tenía ese rostro achatado de muñeca que se ve más a menudo en los Diminutos. Vestían como suelen en el sur de California, con colores claros, pantalones, camisas y blusas bien planchados, mocasines para él, zapatos llanos escotados para ella. Betty era de figura un poco recia, pero con el pelo teñido de castaño y melena corta, y una sonrisa adorable y un rostro cuya expresión por defecto era de empática comprensión. Con su personalidad extrovertida, exudaban ciertamente la vida en el mundo del espectáculo que habían llevado. Habían viajado con varias compañías de enanos artistas, cantando, bailando o participando en Exposiciones Universales donde, ataviados con los trajes tradicionales correspondientes a diversos pabellones extranjeros, formaron cuadros vivos. Me lo contaron todo ellos mismos. Habían actuado en Las Vegas. En el despacho de Bill había toda una pared cubierta de fotografías: retratos dedicados de artistas de quienes yo nunca había oído hablar. Habían trabajado alguna que otra vez en la televisión, habían ido de gira con el Circo de los Hermanos Ringling. Vi instantáneas de Betty de pie sobre un caballo a medio galope, de Bill vestido como bastonero, dirigiendo una banda de payasos. Pero nunca en barracas de feria, declaró Bill, nunca se dio la circunstancia, y si se hubiera dado, no lo habríamos aceptado.

Dígame, doctor, ¿por qué las cosas en miniatura captan nuestro afecto? Como esos cochecitos metálicos, reproducciones de coches reales, con los que todos hemos jugado de niños. Qué importante era para nosotros que la escala fuera exacta. ¿Y qué me dice de los gatos? A mí los gatos nunca me han gustado, pero podía jugar la mar de feliz con un gatito, poniendo a prueba sus reflejos con un trozo de cuerda. Y ahí

estaban Bill y Betty. Personas de juguete, personas gatitos, de escala exacta. La idea misma de su existencia resultaba atractiva, cada momento en su presencia era tan original como el momento anterior. Era como si uno hubiera viajado a otro país, un lugar exótico en el mundo que pudieras describir en tus cartas a casa, si es que tenías casa y alguien allí a quien escribir. No todo el mundo puede aspirar a la experiencia de ser bien acogido por esas personas y tratado como un igual, por así decirlo, como si eso no fuera en sí mismo gracioso.

Su afecto, pues, era el de una versión de humanidad superior, más alta, más elevada.

No necesariamente. Al cabo de unos días, ellos eran la norma. Sentados los cuatro a la mesa, Briony me parecía enorme; se ponía un vestido para cenar y se peinaba el pelo hacia atrás, cayéndole casi hasta los hombros. Era una Alicia en el País de las Maravillas adorable pero desmañada. En cuanto a mí, tenía la impresión de que si me ponía en pie muy repentinamente me daría un cabezazo en el techo. Y sus voces, la de Bill y la de Betty, desprovistas de timbre, algo así como trompetas con sordina, eran a veces difíciles de oír, como si se comunicaran desde una gran distancia.

Cuando una mañana Briony y su madre se marcharon en taxi para ir de compras a un centro comercial, Bill me pidió que me sentara en su pequeño jardín trasero para nuestro café matutino, se encendió un puro, cruzó las piernecillas, esperó a que yo hablara de algo para poder decirme qué sabía él al respecto. Presentaba una necesidad de reafirmación, una especie de exigencia interior de demostrar su valía a quienquiera de estatura normal con el que casualmente estuviera. Era algo así como un conversador de contragolpe. Cuando le comenté que Briony y yo habíamos estado leyendo a Mark Twain en voz alta, cabeceó y dijo: ¿Qué te parece el final de *Huckleberry Finn*, profesor? Es un desastre de padre y muy señor mío, ¿o no? Desde mi punto de vista, echa a perder toda la historia. Cuando Tom hace su última aparición... ahí es donde Twain tira la toalla, interviniendo con su pase mágico para redondear las cosas y, ya puestos, para que quede en nada el extraordinario viaje río abajo de Huck y Jim. Yo algo sé de las crueldades de la vida, y puedes estar seguro: ese es un final de pena; tanta prisa tenía Twain por acabar su relato como fuera que estropeó lo que habría podido ser una de las más grandes historias de todos los tiempos.

¿Sabías, Bill, que dejó de trabajar en ese libro durante siete años antes de encontrar el final?

Claro que lo sabía, por eso mismo. No se le ocurría nada, y dijo, Maldita sea, voy a quitarme esto de la mesa. ¿Más café?

De hecho, Andrew, resulta que estoy de acuerdo con esa crítica.

Le pregunté por *El mago de Oz*: ¿había trabajado alguna vez no en la película, que era de una generación anterior, sino en alguna versión teatral? Dio una gran calada a su puro y lo dejó en el cenicero. Profesor, olvídате de la película, tienes que leer el libro. No lo has leído, ¿verdad?

Ahí me has pillado, Bill.

Según algunos, la historia misma es comunista.

Es ¿qué?

El maravilloso mago de Oz. Verás, la moraleja es... es no cuentes conmigo, no confíes en mí, mi gobierno es un timo, tienes lo que hay que tener para dirigir el cotarro tú mismo. Tú y tus camaradas. Lo único que debes hacer para asumir el control es reunir valor, usar la cabeza, todo el mundo es tu igual, excepto alguno que otro de arriba, claro está, y el mundo es tuyo. Eso es una alegoría comunista, según algunos.

No sé qué decirte, Bill. Una alegoría... ¿eso no quiere decir que todo en la historia representa otra cosa? Entonces ¿quiénes son los munchkins, y por qué la Bruja Mala del Oeste, y por qué la carretera es de ladrillos amarillos? Deberían representar algo aparte de lo que son en sí mismos.

La carretera de ladrillos amarillos... bueno, eso es el camino hacia el oro. La Bruja Mala... bueno, es Occidente, date cuenta, o sea nosotros, y todos esos monos voladores son sus fuerzas militares; si no haces algo, ella será incluso peor que el mago falso. Y sé a quiénes representan los munchkins. Créeme, soy una autoridad en eso.



Le hablaré de la fiesta que organizaron en nuestro honor la noche antes de irnos.

¿Hubo una fiesta?

Bill y Betty, para anunciar nuestro compromiso. Eran casi todos Diminutos. ¿Sabe eso que pasa en Nueva York? ¿Eso de que los barrios se vuelven griegos, italianos, hispanos, eso de que los coreanos tienen las tiendas abiertas las veinticuatro horas y los musulmanes conducen los taxis? Pues lo mismo pasaba en ese pueblo, donde vivía no poca gente pequeña que se ganaba la vida en el mundo del espectáculo. Había un anciano sentado en una silla, y los demás lo trataban con deferencia: en su día fue realmente un munchkin. Quizás el último vivo. Corrió el alcohol, y los decibelios eran como los de los pájaros. Como cabía esperar, enrollaron la alfombra, y Bill y Betty ejecutaron uno de sus números de variedades, el claqué de toda la vida, un baile de George M. Cohan, «... porque era Mary, Mary, un nombre sencillo como el que más...». Y con qué gracia y desenvoltura, riéndose en tal o cual paso, probando Bill un movimiento a dos tiempos y alzando Betty la vista hacia el cielo. Un amigo suyo se había encaramado al banco del piano para acompañarlos y entonar la letra con su apagada voz de tenor, y fue todo una delicia, siendo Briony y yo el público para el que actuaban, Briony sentada en el suelo, a mi lado, las piernas encogidas bajo el cuerpo y el rostro radiante de júbilo. «Pero con la debida propiedad, en la alta sociedad dirán “Marie”»... Otros salieron a ofrecer sus números característicos, una parodia de conferencia por aquí, la recitación de una poesía por

allá, todo ello divertidísimo, y recuerdo que en un momento dado el pastor Diminuto de la parroquia se acercó a mí en el bar autoservicio y me preguntó qué haría yo, si fuera presidente, ante la tremenda turbulencia del mundo. Dije que declarararía la guerra para ponerle fin, y aunque eso distaba mucho de su visión de las cosas, se echó a reír.

Por lo que cuenta, se lo pasó bien.

Bueno, vi lo mucho que le gustaba a Briony el número de sus padres, cómo reía y batía palmas por algo que debía de haber visto un centenar de veces. Observarla me elevó a un estado de felicidad equiparable al de ella. Como si se hubiera creado un arco de cerebro a cerebro. Aquella era una emoción pura, irreflexiva, espontánea. Me había cogido por sorpresa y me costaba sobrellevarla: la felicidad. La sentí como algo que brotaba de mí, expresado desde mi corazón y exprimido de mis ojos. Y es posible, creo, que cuando todos nos reímos y aplaudimos al final del número de claqué, yo sollozara de alegría. Y una súbita temeridad acompañó a ese sentimiento, no enturbiado por la ansiedad: en ese momento no me preocupaba en absoluto la posibilidad de tropezar y caer sobre uno de ellos y aplastarlo.

Así que ese estanque de silencio frío, transparente y desprovisto de emociones...

Salía de él para vivir y respirar, para inhalar grandes y anhelantes bocanadas de vida. Encontraba la redención en las afectuosas atenciones de esa chica.

Después, nos disculpamos y ella me llevó al final de la calle sin salida. Treparamos por el muro de contención, desde donde un sendero a través de la vegetación conducía a la playa. Nos encontramos a solas en la playa, no bajo la luz de la luna, esa noche no había luna a la vista, sino bajo la brumosa y tenue luz de las ciudades situadas al norte, propagándose sobre el mar la contaminación lumínica de Los Ángeles. Me había resistido a darme un baño a la luz del día, porque no deseaba exhibir ante el mundo mi pecho cóncavo y mis brazos descarnados. Briony me había visto desnudo, naturalmente, pero la complejión de uno en un dormitorio por la noche, cuando la luz predominante es la propia presencia intelectual, no se parece en nada a la vulnerabilidad que un profesor blanco y pálido de ciencia cognitiva, huesudo y con un poco de tripa, transmite al mundo en una playa pública. Pero ahora nada podía detenerme. Nos descalzamos, dejamos la ropa en la arena y corrimos hasta las olas, tibias y mansas. Nadamos juntos en el océano Pacífico, y naturalmente nos besamos, y yo sentí su tersura, y la dureza de sus pezones en el agua salobre, deslicé la mano entre sus piernas, la sujeté por la cintura, la besé mientras, aferrados, girábamos y girábamos en el seno de las olas.

Cuando salimos, la sequé con mi camisa y nos vestimos y nos sentamos en unos tronos pequeños que construí con arena. Fue ese el momento de plácida reflexión que elegí para satisfacer mi curiosidad. Había visto en la pared del despacho de Bill dos certificados de nacionalización enmarcados. Bill y Betty no habían nacido aquí.

Papá nació en Checoslovaquia, dijo Briony. Ahora es la República Checa. Mamá es irlandesa, de Limerick.

Vaya, ¿y cómo se conocieron?

¡Ah! Se echó a reír. ¡O sea que no has oído hablar de Leo Singer!

Ante esto, Briony se levantó de un brinco y tiró de mí para obligarme a ponerme en pie. Cogiéndome de las manos, retrocedió. Y me habló de un hombre que viajaba por Europa buscando a gente como sus padres, contratándolos y adiestrándolos para trabajar en su espectáculo: Los Liliputienses de Leo Singer.

En ese momento Briony dio media vuelta, se echó a correr y sintió la necesidad de hacer una rueda. Cuando tuvo otra vez los pies en el suelo, dije, ¿Qué clase de espectáculo?

Bueno, según cuenta mamá, el tema cambiaba cada temporada, y también el vestuario, pero en esencia eran variedades, con canciones y sketches y números como los que has visto esta noche. Actuaciones circenses como las de los malabaristas, los funambulistas, gente que tocaba el violín con el instrumento a la espalda, todo lo que puedas imaginar. La atracción residía en el tamaño de los artistas, y el sinfín de cosas que eran capaces de hacer a pesar de ello era lo que el público iba a ver y de lo que se maravillaba.

Con qué animación me contaba la historia de esa familia: casi la vivía, intercalando en su narración verticales, ruedas, volteretas hacia atrás en el aire cayendo en posición de firmes, saltos de longitud a la carrera. Allí en la playa, aquella noche, al rítmico son de las olas que lamían la orilla.

Los llevó de gira por todas las capitales europeas y fue así como se conocieron mis padres. Estaban en el Lilliputstadt de Leo Singer.

Y dígame, doctor, ¿usted había oído hablar de ese hombre, ese Singer?

No.

Ya somos dos. Pero resultó que era el hombre a quien acudir cuando la MGM necesitó munchkins para la película. Él era el tratante internacional de munchkins.

Percibo un tonillo de desdén en su voz.

Fue a todas luces un individuo que infantilizó a esa gente, la convirtió en espectáculo, y amasó una fortuna con ello.

¿No ha dicho que todos sentimos afecto por las miniaturas? Y fíjese en ellos, sus padres, en California, cómodamente jubilados en su propia casa, una familia adorable.

Lo sé, lo sé. ¿Qué les esperaba en sus pueblos si ese hombre no se los hubiera llevado? Para sus propios padres fue seguramente un gran alivio. Hubo dinero por medio, supongo. Bill y Betty debían de ser jóvenes, en torno a los veinte años, poco más o menos. Y él les proporcionó una profesión, un medio para respetarse a sí mismos, mientras que en sus pueblos siempre habrían sido inadaptados, tolerados, blanco de mofas o tratados con insultante compasión. Pero todo eso huele a Europa, ¿sabe? Esa sensiblería. Al menos los munchkins de la película tenían una identidad ficticia, no eran enanos actuando, eran criaturas de fantasía concebidas para no parecerse a sí mismas. Ni a Bill ni a Betty ni a los demás liliputienses. ¿No le parece

que eso lleva el sello de Europa por todas partes?

No sé muy bien a qué se refiere.

Me refiero a la servidumbre, la opresión del trabajo en condiciones de esclavitud, y todos esos malditos uniformes y guerras entre monarquías y colonizaciones y autos de fe. Poner cebo para atraer a los osos, a eso me refiero, la cultura europea del cebo para osos. Burlarse de los fenómenos de feria. Matar a los judíos. A eso me refiero.

[*pensando*] Ella era tan feliz... Así que me callé. ¿Le he contado que le había comprado un anillo de compromiso antes del viaje al oeste?

No.

Pues así fue. Yo hacía las más diversas cosas impropias de Andrew. Cogerla de la mano en público, ser feliz. Y allí, en la playa, me comporté como un payaso, intentando hacer ruedas, verticales, y cayéndome y levantándome con una máscara de arena en la cara. Cómo se reía. Y como ocurre con los amantes recientes, éramos yesca. La pasión se encendía por cualquier cosa: la risa, el entusiasmo del momento. Cierra los ojos, dijo, y noté que me sacudía la arena. Y de repente me tumbó de un empujón, y cuando yacía boca arriba, se colocó sobre mí, boca con boca, me bajó el pantalón a tirones con vehemencia y luego, rodando a un lado, me obligó a quedar encima. ¿Cuándo se había levantado el vestido para descubrirse? Y luego la palabrita: Métemela, dijo. ¡Métemela!

No es necesario que entre en detalles, Andrew.

Puede empezar siendo un acto de devoción, eso de hacer el amor, pero el cerebro se oscurece, como una ciudad en pleno apagón, y entonces interviene un precerebro antediluviano que solo sabe mover la cadera. Es sin duda un mandato incorporado de la era paleozoica y puede ser la base de todo redoble de tambor.

¿Redoble de tambor?

Lo que quiero decir es que en esos momentos uno no está muy observador. Como si la poca mente humana que a uno le quedara, la mínima conciencia obnubilada, se hubiera ubicado en algún lugar en las profundidades de su ser testicular. Por eso no oí el motor y por eso no comprendí al instante por qué la playa parecía volar en medio de la tormenta de arena que se levantó alrededor de nosotros. Pero en ese momento la miré a los ojos: los tenía en blanco, cegados por el terror... ¿terror a mí, o a la antinatural luz deslumbradora suspendida encima de nosotros? Vengo preguntándomelo desde entonces... posiblemente fue por el reflector, el zumbido de los rotores del helicóptero al cortar el aire. Pero, dado lo que ocurriría después, nunca he podido convencerme de que no fuera terror a mí, al ensalzado ser del paleozoico con el que ella había yacido. En cualquier caso, supe de inmediato que la situación era antitética. Le tapé la cara con la mano, ocultándosela a ellos, manteniéndola oculta con mi cuerpo, a la vez que con la otra mano trataba de subirme el pantalón. Quizá sepa lo que pasaba en las playas por la noche, en el sur de California, cómo las patrullaban.

Creo que he oído algo al respecto.

Sí. Y el megáfono imponiéndose al rugido de los rotores... no se creería la escasa altura a la que flotaban en el cielo justo por encima de nosotros... los pilotos de ese monstruo negro con aspecto de insecto, castigándonos con la arena que levantaba, suspendidos sobre nosotros mientras, como podíamos, nos poníamos en pie y echábamos a correr, yo cubriéndole a ella la cabeza con mi camisa, y ellos manteniéndonos bajo su haz, acusándonos de un delito no especificado pero monstruoso, de blasfemar contra la vida civilizada, de contaminar un preciado santuario de jugadores de voleibol y niños inocentes.

Y al cabo de un momento la luz se apagó y aquel maldito artefacto se elevó y se alejó, arrojándonos arena a la cara mientras nosotros, allí inmóviles, nos protegíamos los ojos con los brazos. Minutos después era como si nada hubiese ocurrido, la noche estaba tranquila, y entonces Briony se echó a reír y me miró y se rio un poco más, sacudiéndose la arena del pelo y agitando la cabeza, afrontando la humillación como aprenden a hacer especialmente las mujeres, con una risa resignada y una especie de encogimiento de hombros y un cómico gesto con las palmas abiertas.

Habíamos corrido hasta el final de la playa, donde se alzaba un malecón de rocas apiladas, y en el arranque del malecón en tierra resplandecían en la oscuridad unos ojos incorpóreos dispuestos en formación múltiple. Briony dijo que era una manada de gatos asilvestrados que vivía allí desde que ella tenía memoria. Se movían sigilosamente y bufaban. Nos habíamos acercado demasiado y el silbido nos envolvió como una telaraña. Tal vez fue entonces cuando empecé a pensar de nuevo en algo aparte de mí mismo.

¿Como en qué?

Como en esta tierra de sol eterno y poblaciones enanas y policías en el cielo.

A la mañana siguiente, cuando nos disponíamos a marcharnos, yo estaba junto al coche y me despedía y Betty me tenía cogido de las manos, balanceándolas suavemente en señal de afecto. Nos hace muy felices que ella te haya encontrado, Andrew. Deseamos todo lo mejor para nuestra hija. Nuestro amor no puede expresarse con palabras. Ella es el triunfo de nuestra vida.

Admito que yo albergaba la esperanza de que esos fueran los padres adoptivos de Briony. ¿Se imagina por qué? Yo estaba aún recuperándome de la noche en la playa, y allí de pie, bajo el sol opresivo, me asaltó una sensación de malestar mientras intentaba conciliar los anómalos hechos de la vida de mi verdadero amor. Esas eran las circunstancias de su fundación, la marcaban, eran suyas, se había creado a partir de ellas, y mi concepción de ella anterior a ese momento —mi esplendorosa alumna con el vestido largo iluminado por el sol y las zapatillas deportivas— había sido incompleta si no ilusoria. Sí, conforme a la gran tradición americana, necesitaba trabajar para pagarse los estudios —una ayuda económica por aquí, un crédito por allá—; obviamente Bill y Betty no eran de gran ayuda, y por tanto Briony había

abandonado verdaderamente el nido, era una persona independiente. Pero yo habría preferido que ella no se hubiese criado en esa casa, en ese pueblo, entre esa gente, y que no hubiese visto a diario durante su infancia, al salir por la puerta, esa calle inmutable de chalecitos de estuco y macetas adornadas con conchas en los jardincitos delanteros, ni las desvaídas calles pavimentadas sin sombras. Todo aquello que era tan obviamente una forma de vida capaz de anular un cerebro en funcionamiento. La imaginé de niña bajando a esa playa y jugando en la arena, y cogiendo conchas en la orilla, un día tras otro, un año tras otro. Fue el vergonzoso sentimiento de un instante, hasta que lo aparté de mi cabeza: que todo aquello de California era una impostura. Briony salió por la puerta con su mochila y sonrió, magnífica como siempre, y sentí que de algún modo me habían embaucado.

Bueno, eso me tranquiliza. Por un momento el amor lo había convertido en un tipo gris.

Intente comprenderlo. Sé que le cuesta, pero haga ver que se pone en mi lugar. Toda esa historia me había conmocionado. ¿No se habría sentido usted invalidado? ¿Era a mí a quien amaba, o algo en mí con lo que estaba muy familiarizada? ¿Lo intuyó aquel primer día de clase cuando yo escribía mi nombre en la pizarra y la tiza se partió en mi mano y tiré los libros del atril? Ella lo recogió todo y me dirigió una sonrisa comprensiva. Criada bajo ese sol interminable, entre esas flores horrendas, siendo sus padres, aceptémoslo, fenómenos de la naturaleza, se había educado expuesta a lo raro, a lo antinatural. Era lo que ella conocía, su realidad social normal. Así pues, ¿a quién iba a encontrar, por quién iba a sentir una malsana atracción, si no por alguien tan adorable como un científico cognitivo patoso y estrafalariamente depresivo, a quien ella pronto ofrecería consuelo tras la nihilista desesperación de sus clases?

Percibo autodesprecio.

¿Ah, sí?

Otra versión de su escasa valía como amante de esa chica. Primero estaba Andrew el anacronismo en el estadio de fútbol, y ahora lo opuesto, el profenómeno apropiadísimo que encaja perfectamente.

He dicho que fue la sensación de un instante. Tenemos sentimientos momentáneos que no pasan a la acción, ¿o no?

Así es.

¿No pensará que sería tan estúpido como para renunciar al amor de mi vida por una sospecha momentánea que en realidad era una autodenigración ritual?

Supongo que no.

Ella había salido de allí, ¿no?, y de pronto, cuando nos íbamos en el coche, despidiéndose de sus padres con la mano desde la puerta de su casa, lloró. Era como si les hubiera dicho adiós por última vez. Supongo que yo era el responsable.

¿Por qué?

Conmigo allí, ella ya no podía seguir fingiendo que no se había hecho mayor y no

los había dejado atrás. Podía quererlos, sentir gratitud hacia ellos, pero no negar que pertenecían a un mundo que ya no era el suyo.

¿Y usted qué había hecho?

Los había conocido.



Briony era una deportista magnífica pero sin el aspecto fibroso, sin la musculatura femenina. Era una menudencia toda ella. Tenía las extremidades firmes y bien moldeadas pero no nervudas, como lo son incluso las de una bailarina. Así que toda esa vida física a mí no me parecía natural, dada su complexión, sino más bien resultado de una firme determinación, una disciplina autoimpuesta. ¿De dónde salió eso, pues? ¿Por qué había sentido ella la necesidad de coronar una pirámide de animadoras, girar en torno a la barra fija, correr, saltar, entrenarse con una finalidad distinta del goce intensamente físico de existir? Dudo que siquiera lo supiese. Cuando tuvo el bebé, salía a correr empujando el cochecito. [*pensando*]

¿Sí?

Solo una vez le falló esa determinación atlética. Allá a la sombra de las montañas. Para demostrarle que los deportes no me eran totalmente ajenos, compré un par de raquetas de tenis y fuimos a pegarle a la pelota en las pistas de la universidad. Yo había jugado un poco en Yale; no para Yale, en Yale. Nunca había tomado clases pero de algún modo sabía en qué consistía y, a mi manera parsimoniosa y desmadejada, podía corretear y alcanzar la pelota, tenía un golpe de derecha más que aceptable y un revés no tan fiable, sabía hacer un globo con efecto y tenía una buena dejada cuando era necesario. Ese deporte era nuevo para Briony, pero cuando me ofrecí a instruirla —cómo empuñar la raqueta, cómo colocar el cuerpo para el golpe de derecha, el revés, y demás—, no le interesó. Pensó que podía cogerle el tranquillo ella sola. Al ver que no lo conseguía, pegándole con excesiva fuerza, mandando la pelota por encima de la valla, o a la red, o sin darle siquiera, corriendo desesperadamente de aquí para allá —pese a que yo siempre intentaba lanzársela donde ella podía devolvérmela—, al final perdió la paciencia, tiró la raqueta y se marchó, enfurruñada, de la pista. Fue la primera vez en nuestra vida juntos que la vi perder la compostura.

¿Hubo otras?

En el embarazo. No recuerdo qué mes. Tenía pérdidas, y eso la asustó. Se mordía los nudillos cuando telefoneé al médico. Al final no fue nada. Pero aquella vez en la pista de tenis... desde entonces me pregunto si, por alardear, le lancé alguna que otra pelota a la que sabía que no podía llegar.

[*Pensando*]

Nunca le he hablado de mi etapa en el ejército. Cuando estaba en el ejército, al final de la instrucción básica, se realizaban maniobras nocturnas. Me quedé dormido en mi trinchera cuando se suponía que estaba vigilando el perímetro. Me despertó un

oficial. El castigo consistió en cien fondos de pecho con un M-1 a la espalda, pero el sargento de mi sección, que era el responsable de mí, era del ER, Ejército Regular, y perdió los galones. Le faltaban dos meses para la licencia definitiva. [*pensando*] Una vez, en un cóctel de la universidad, en medio de una sala abarrotada, yo me expresaba efusivamente, haciendo aspavientos, para exponer tal o cual argumentación, y con el dorso de la mano golpeé en la mandíbula a una profesora que tenía a mi derecha. Lanzó un alarido y se desplomó en el suelo. Cesaron todas las conversaciones. Corrí a la cocina del anfitrión, y mientras buscaba un poco de hielo en el congelador, saqué un par de botellas de vodka y las sostuve en la mano. El marido de la mujer había venido detrás de mí, vociferando, y cuando me volví, me sobresalté de tal modo que se me cayeron las botellas de vodka y le rompí el pie. En cuestión de un minuto había eliminado a una familia entera. [*pensando*] Yo estudiaba biología en Yale. Un día en el laboratorio hacíamos un experimento con anémonas marinas...

Andrew, pare.

¿Cómo? Que pare ¿qué?

III

Puedo decírselo: el fin de semana pasado Andrew decidió ver a su hija.

¡No me diga!

Como sabe, he estado conteniéndome, conteniéndome, y el hecho de que usted nunca haya sacado el tema, que no me haya instado ni una sola vez a ir a verla o no me haya preguntado siquiera, como de pasada, si se me ha ocurrido alguna vez...

Eso es algo a lo que debía llegar usted por su propia cuenta, una idea suya, un sentimiento suyo.

Bueno.

Al fin y al cabo, ni siquiera me ha dicho cómo se llama.

Willa. Se llama Willa. Le dejé la partida de nacimiento a Martha para que no cupiera ninguna duda al respecto. Briony eligió el nombre en atención a su padre. Es precioso, ¿verdad? Willa.

Mucho.

Pero piense en las dificultades. ¿Qué iba a decir? ¿Para qué iba a ir, con qué fin? No lo sabía. ¿Quería recuperarla? Y en tal caso, ¿sería eso lo mejor para ella? Y si estaba conmigo, ¿no intervendría tal vez Andrew el Simulador y la pondría en peligro de algún modo? ¿A su hija? Y si solo iba de visita, ¿qué pensaría ella? ¿Se sentiría vinculada a él? ¿Lo consideraría el padre que no la veía desde que era un bebé en la sillita del coche? ¿Un hombre que diría hola y volvería a marcharse? Por no hablar de Martha, que con toda probabilidad le cerraría la puerta en las narices.

Existen ciertas cuestiones legales con las que, en mi opinión, uno siempre puede contar. No soy abogado, pero la relación consanguínea prevalece. La paternidad se antepone a menos que se demuestre que uno no es apto. Un borracho, un mendigo, un delincuente, esas cosas.

¿Esas cosas?

En este país uno no va dando niños por ahí como si estuviéramos otra vez en el mundo medieval. Cuando dejó usted a Willa, ¿quedó algo por escrito? ¿Consultó a un abogado, firmaron algo usted y Martha?

Yo estaba desesperado. Necesitaba ayuda. Me había planteado el suicidio.

¿Ah, sí? Eso es nuevo.

Llegué al punto de hablar con Briony como si estuviera viva. Seguía sus indicaciones: cómo calentar la leche del biberón... leía las instrucciones para esas cosas pero le preguntaba si las había entendido bien. Ella me lo explicaba. Pon a la cosita en tu hombro para que eructe después de la toma. Necesitará algo de más abrigo cuando llegue el invierno. Y cuando toquen las vacunas, hay que llevarla al pediatra. Se reía, mi Briony, viéndome en mi domesticidad. Yo tenía alucinaciones en

las que ella aparecía a mi lado, como en la vida, y al cabo de un momento era una figura minúscula haciendo ruedas y verticales y volteretas en la mesa de la cocina. Dios mío. ¿Y quiere usted que consulte con un abogado?

¿No contrató a nadie para ayudarlo?

Nadie me ayudó, no se me ocurrió contratar a nadie, tenía a Briony. Pedí la excedencia en el trabajo, una baja por paternidad no remunerada. Y un día la locura se disipó, y sí busqué ayuda. Estaba desesperado por encontrar ayuda. Acudí a Martha.

De hecho, fue una decisión impulsiva por parte de Andrew, que surgió como si se le hubieran fundido los plomos a fuerza de pensar interminablemente si debía o no ver a su hija. Estaba en su despacho leyendo un artículo más donde se teorizaba sobre cómo el cerebro se convierte en la mente. En este se planteaba la proposición de que tal vez un día sea posible construir un emulador del cerebro cuya actividad neural produzca conciencia. Esta afirmación, que no procedía de un relato de ciencia ficción barata como los que leía de adolescente, sino de un destacado neurocientífico en una publicación profesional, sorprendió a Andrew de tal modo que se echó atrás en la silla como por efecto de una descarga eléctrica y cayó en la cuenta de que tenía sintonizada en la radio la emisión del sábado por la tarde de la Ópera Metropolitana. En ese momento se detuvo a escuchar y comprendió que Boris, de *Boris Godunov*, moría. El zar clamaba, entonaba su lamento, su plegaria, y finalmente moría susurrando en ruso una palabra que sonaba a *raschichev*, *ras-chi-chev*, y luego un golpe sordo indicaba que había caído en el escenario de la Ópera Metropolitana. A continuación el lastimero leitmotiv para indicar que sí, que Boris el zar en efecto la había diñado.

Más tarde Andrew no recordó si oyó las campanas de Moscú en celebración de la muerte del tirano, porque ya había salido, enfundándose la chaqueta mientras corría y cogiendo un taxi camino de Union Station y subiéndose a un Metroliner.

En Nueva York, cruzó la ciudad a pie hasta Grand Central y allí, en una tienda, compró un animal de juguete para su Willa, un gracioso cachorro mecánico de ojos rotatorios al que podía darse cuerda para que se paseara tambaleándose sobre sus patitas. Pensó que un animal era el regalo más seguro para su hija, que por entonces tendría tres años. A cualquier niño de uno a diez años le encantaría un animal de juguete.

Verá, doctor, se me echó todo encima de repente: la casa de Martha, el marido corpulento de Martha, y no es que pensara que él era el Boris que había muerto esa tarde —tenía la impresión de que no era ya una figura en el mundo de la ópera—, pero sí la casa, la escena, Martha subiendo por la escalera con mi bebé en brazos. Fue como si no hubiera pasado ni un solo momento y yo estuviera aún ante la puerta de su casa quitándome la nieve de las gafas. Y mientras el tren interurbano avanzaba con su

balanceo hacia New Rochelle, yo no temía ya el desenlace de la visita, no estaba ya sumido en la indecisión, creando amenazadores panoramas en la imaginación. ¡Iba a ver a mi hija! Sentía amor por Martha y por el marido de Martha, rebosaba gratitud por esas personas que habían acogido al bebé que yo había tenido con Briony. Y descubrí que incluso el viaje en aquel destartalado tren me hacía feliz.

Va a decirme que aquello no acabó bien.

Claro.

Cuando Andrew llegó a la casa de Martha, supo de inmediato que algo andaba mal. Habían retirado la nieve en todos los caminos de acceso a las casas de su calle, pero no en el de Martha. Andrew pagó al taxista y se quedó allí, con los pies hundidos en quince centímetros de nieve. Una cualidad de Martha, una de sus cualidades más características, era su impecable administración de la casa. Si algo no funcionaba, por secundario que fuese, ella tenía que mandarlo a arreglar en el acto. Llamaba a jardineros, fontaneros, electricistas, carpinteros, pintores, techadores, albañiles, personal de limpieza, cristaleros y operarios con especialidades esotéricas. Se ocupaba con solemnidad de detalles como las placas exteriores de las cerraduras de latón. En ese momento eran las ocho de la tarde de un lúgubre día de noviembre. Las luces estaban encendidas en el vecindario, pero la casa que tenía ante sí se hallaba tenuemente iluminada, como si se desarrollase allí dentro una sesión de espiritismo. No sé de dónde sacó Andrew esa idea. Como buenamente pudo, recorrió el camino hasta la puerta y la encontró entornada. [*pensando*]

Sí, siga.

Me llamó Simulador.

¿Quién?

El marido corpulento de Martha. Ese fue su saludo. Ah, dijo, aquí está el Simulador. Ese fue el nombre que concibió para mí cuando tomamos aquella copa el día que llevé el bebé a su puerta. Que yo solo simulaba ser un ser humano agradable, de disposición generosa para con el prójimo, cuando en realidad era una persona peligrosamente falsa, insincera por naturaleza y homicida: así me caracterizó. Andrew el Simulador. Y como le he dicho, no andaba lejos de la verdad. Pero esta vez, cuando me llamó Simulador, caí en la cuenta de quién era la persona del retrato colgado en el salón sobre la repisa de la chimenea. Era el marido de Martha en su papel más destacado cuando aún estaba en activo: Boris Godunov. Bueno, ya conoce la historia de Boris Godunov.

Me avergüenza decir...

Boris es una especie de Ricardo III a la rusa. Mata al legítimo heredero al trono, el zarevich Dimitri. Lo degüella y se declara zar. A partir de entonces vive atormentado por lo que ha hecho. Trastorno de estrés postraumático.

Vale.

Así que pasan los años y un monje oportunista, Grigori, viendo que tiene más o menos la misma edad que habría tenido el zarevich muerto, va a la frontera entre Polonia y Lituania para reunir un ejército. Marchará sobre Moscú presentándose como el zarevich Dimitri, el legítimo heredero al trono. Boris Godunov tiene la certeza de que ese hombre es un simulador, de que el auténtico zarevich sigue muerto. Pero corroído por la culpa, y poseído de la superstición religiosa, Boris no logra convencerse de que es así, y muere. Esa es la historia.

Interesante, pero por qué...

Salvo por un Bufón Inocente de la corte al que se oye lamentar la suerte de Rusia cuando cae el telón. En aquellos tiempos había muchos Bufones Inocentes en Rusia. En Shakespeare también hay Bufones, pero no son especialmente inocentes. Un Bufón ruso es automáticamente inocente. Estaba borracho, por supuesto.

¿El Bufón?

El marido corpulento de Martha. Arrellanado en una butaca, con toda la parafernalia zarista, destronado como Boris Godunov, destronado como marido de Martha. Porque supe que ella no estaba allí, no con la casa en ese estado. No con él en ese estado. Ignoraba que los cantantes de ópera fueran dueños de sus trajes de escena. No es así, ¿verdad que no? Pero allí estaba él, con aquella túnica tupida de paño y aquella corona tejida que se complacían en ponerse, adornada con joyas y rematada en lo alto con una pequeña cruz. Levantó su copa: por el Simulador, dijo, mirándome, y entonces, a causa del hipo, se le sacudió el brazo y el contenido de la copa trazó un precioso arco en el aire y fue a dar en su retrato, en la pared a sus espaldas, salpicando su rostro maquillado de Boris Godunov, de modo que el cuadro parecía derramar lágrimas.

¿Eso ocurrió realmente?

¿Qué?

¿Su impulsivo viaje a New Rochelle porque había oído *Boris Godunov* en la radio y luego el encuentro con esa réplica zarista, allí borracho?

No me enfadaré con usted por preguntarme eso porque yo mismo apenas me lo creí cuando estaba allí de pie, en aquel salón a oscuras, donde, dicho sea de paso, no había calefacción, lo cual quizá fuera la razón por la que el marido corpulento de Martha se había puesto esa tupida parafernalia junto con la corona, más gorro de lana que corona. ¿Y acaso no habría podido él estar escuchando con cierta amargura la misma emisión del sábado? Permanecí ante él, que me miraba con los ojos empañados y medio desenfocados. Había perdido peso y no era ya la figura intimidatoria de otros tiempos. Antes era todo un manatí de hombre, grande y jorobado, enorme y lustroso. Ya no. La papada, la cara ancha, la cabeza grande... todo se había reducido, la fisonomía, la mandíbula semejante a un hueso de la suerte, las mejillas chupadas, mirándome con unos ojos que eran los de un hombre muy enfermo. Sin saber por qué, sentí ira, una absoluta falta de compasión, y le hablé como uno le habla a un borracho.

¿Dónde está ella, dónde está Martha, maldito seas, dónde está mi hija?

Se levantó con dificultad y empezó a cantar la escena de la agonía con su áspera voz de bajo, tendiendo los brazos hacia mí.

Corrí escalera arriba, miré en todas las habitaciones. Una cuna vacía, cajones abiertos vacíos, armario vacío. En el dormitorio principal, la cama revuelta, un armario sin nada más que las perchas allí colgadas. En el suelo, unos cuantos jirones de papel. Un horario de autobuses plegado. *Ras-chi-chev. Ras-chi-chev.* [*pensando*] Oiga, quiero corregir la impresión errónea que quizá le haya transmitido sobre mis sentimientos por Briony.

Un momento: ¿qué hizo entonces?

¿Cómo?

Al descubrir que Martha se había ido.

Cogí el último tren de vuelta a Washington. Aquel pobre borracho no tenía más idea que yo de dónde estaba ella. Ni siquiera pudo decirme cuándo se había marchado. Tuve la sensación, mirando alrededor, de que hacía ya tiempo. La niña estaría a salvo con ella, eso por supuesto. Había dejado su piano. Seguía allí en el gabinete. Interpreté eso como que ahora Willa era su vida. Pero no había prisa, aquello no era una emergencia; si yo no hubiese hecho ese viaje impulsivamente, habría quedado en la ignorancia. Así que, en términos relativos, estaba al corriente de lo que ocurría.

Y experimentó también cierto alivio, ¿no le parece?

Bueno, ¿y por qué no? No me avergüenza admitirlo. ¿Qué intimida más que verse juzgado en la mirada de un niño? Al final, inevitablemente, eso ocurriría. Solo que no sería en ese momento. Pero intentaba decirle algo.

¿Sí?

Verá, la puerta estaba abierta, y de pronto aparecí yo. Así que para un hombre, un cantante de ópera vestido de Boris, y muy borracho, cantando el papel allí en su salón, ¿qué podía ser más lógico que ver al individuo que estaba en la puerta como Grigori el Simulador, con su ejército lituano polaco, recién llegado para arrebatarse la corona? Yo había pensado que hablaba de mí, y quizás así era, pero de algún modo ahora me incluía también en la ópera. Yo era el falso aspirante al trono, ¿lo entiende?

¿Tan borracho estaba?

Borracho o no, él, inmerso en la obra, me asignó el papel de enemigo. Cierta base para eso residía en el hecho de que yo era el ex de Martha. Y sí, encontró el término exacto, lo extrajo de la historia operística rusa quizá a través de un reconocimiento más profundo. Ya de partida, Andrew es el Simulador, ¿vale? ¿Eso es lo que quiere oír? Ha interrumpido mis pensamientos. Se supone que eso ustedes no deben hacerlo.

Pero esto es importante, ¿no cree? ¿No lo enfureció?

Oiga, él sabía que yo me dedicaba a la ciencia cognitiva. No era tonto. Cuando me fui, me siguió hasta la puerta, cantándose con toda su alma. Así que no se precipite en sus conclusiones. Me dio pena, si quiere que le diga la verdad. Me besó

en la coronilla. Luego se arrodilló y, suplicante, me pidió la bendición. Eso hace Boris en la ópera, suplica la bendición al Bufón Inocente que en su imaginación representa a toda Rusia. Así que yo no era ya el Simulador, el aspirante al trono. Ahora me había asignado el papel de Bufón Inocente. O quizás había acabado reconociéndome, como un Simulador habría reconocido a otro. Al fin y al cabo, él no podía excluirse en la simulación de ser el legítimo zar. Usted no estaba allí. En el fondo éramos muy parecidos.

Así que fue un indulto, ¿es eso lo que está diciendo? ¿Fue absuelto de ser Andrew el Simulador?

Todos somos Simuladores, doctor, incluso usted. Sobre todo usted. ¿Por qué sonrío? La simulación es trabajo del cerebro. Es lo que el cerebro hace. El cerebro puede incluso simular que no es él mismo.

¿Ah, sí? ¿Y qué puede simular que es, a modo de ejemplo?

Bueno, durante muchísimo tiempo, y hasta fecha reciente, el alma.

Puede que le haya dado una impresión errónea sobre mis sentimientos por Briony. Pero a excepción de ese momento en California, cuando nos íbamos de la casa de sus padres, y quizá de alguno que otro más, mi amor era tan puro y poco complicado como nunca antes en cualquiera de mis vinculaciones a una mujer. No le he hablado de mis relaciones, algunas de ellas aparentemente sólidas. Pero nunca poco complicadas.

¿Anteriores a su matrimonio con Martha?

Y posteriores. El problema con todas ellas es que yo siempre era yo. Con Briony, era la persona con la que siempre había soñado ser. Para una persona incapaz de ser feliz por naturaleza, con Briony fui feliz. La felicidad consiste en vivir en la cotidianidad de la vida y no saber lo feliz que uno es. La verdadera felicidad se deriva de no saber uno que es feliz, es una serenidad animal, algo entre complacencia y júbilo, una estabilidad del yo arraigado en el mundo. Naturalmente hablo de la vida en el mundo occidental desarrollado. Una actividad modesta en la rutina de la vida, una satisfacción con la suerte que te ha tocado, las delicias del sexo y la comida y el buen tiempo. No solo amas a la persona a quien amas, amas al mundo que se te ha concedido. Un sentimiento inducido posiblemente por la endomorfina, el opiáceo del cerebro. Lo sé, ya estamos otra vez, la instrucción cefálica. Pero ¡y qué! Mientras atravesábamos el país, había montañas nevadas para los esquiadores, rápidos de aguas blancas para los practicantes de rafting, atracciones gratuitas allí a donde uno mirara. Un día pasamos en coche junto a un campo donde, a lo lejos, se habían reunido varios aeróstatas. Nos detuvimos para contemplar esa lánguida flotilla de naves celestes con los colores del arcoíris ascender en su despreocupada percepción del tiempo y el espacio. Comentamos la posibilidad de que los estadounidenses, más que ningún otro pueblo, entendieran lo que la tierra y el cielo podían ofrecer. En esos

momentos la vida era lo que era y nada más, era exactamente lo que parecía ser sin nada detrás. Una fe imperante en el futuro, todas las sinapsis encendidas, como para componer una música metafísica, y uno existe dichosamente en la conciencia del mundo dado habitual como única realidad. Y por supuesto la culpabilidad ha desaparecido. El miedo que era tu antiguo yo. Todo eso, digo, es lo que Briony hizo por mí. Mi goce en todo y en todas partes durante ese viaje fue en esencia el júbilo de estar con ella, el hecho de que ella estaba conmigo, todo en ella, su consideración, la manera en que se enfrentaba a mí con los ojos, la risa, la sencillez de sus atenciones hacia sí misma: no era muy dada al maquillaje, nunca se acicalaba, llevaba el pelo cepillado, a veces recogido en la nuca, a veces no. La manera en que se arreglaba el pelo, con tanta naturalidad, reflejaba por sí sola los distintos aspectos de su ser. Cuando guardábamos silencio en un tramo recto de carretera que se prolongaba kilómetros y kilómetros, se quedaba de brazos cruzados, o buscaba música en la radio. Se encargaba de la música, y decidió que yo tenía mucho que aprender, lo cual era verdad: nunca había ido más allá de los Beatles y Grateful Dead. (Ah, dijo, te refieres a los Dead.) Yo no temía por ella, nunca sería víctima del Simulador. Eso yo ya lo había dejado atrás. Me había metamorfoseado, iba camino de la Bufonería Inocente.

Pero como venía diciendo, atravesábamos el país y yo era el Andrew nuevo, ya sin ansiedad, ya sin preocuparme por ella. Todo era asombroso. Las escarpas de roca roja, los ilimitados trigales, los pueblos de una sola calle polvorienta, un restaurante a pie de carretera donde uno desfilaba ante un bufé caliente y llevaba lo que le apetecía a la caja, con un letrero en la pared que anunciaba: AUTOSERVICIO EFICIENTE Y CORTÉS. Un camping de caravanas en una tormenta de arena, los tendedores azotados por el viento; un motel con un dinosaurio morado en el tejado; una iglesia baptista tras otra, interminablemente, todas de madera y con una única sala, el capítulo y el versículo del día expuestos a la entrada; pueblos anteriores a la guerra de Secesión donde había mansiones con columnas a la sombra de robles vivos. En Atlanta paramos en una librería y compramos un puñado de Mark Twains, y en la interestatal el que no conducía —nos turnábamos— lo leía en voz alta; Briony conducía bien, sin impacientarse pero sin vacilaciones. Yo veía a Mark Twain en sus ojos cuando pasábamos bajo las repetitivas luces ambarinas de la autopista, y lo veía titilar en su imaginación...

Así que ahí tenemos a su MT. *Huckleberry Finn*, supongo.

El príncipe y el mendigo. Los dos niños intercambian sus identidades, el príncipe es el mendigo y el mendigo es el príncipe. A Briony le gustaba el sentimentalismo de eso, que Clemens afirmara que en la realeza no hay nada más que la presuposición. Pero es algo más que una parábola democrática: es un relato para científicos del cerebro. Con la debida inspiración, cualquiera puede asumir una identidad porque el

cerebro es hábil, puede reordenarse en un instante. Puede que lleve estampada una personalidad, pero deja que las neuronas empiecen a dispararse y ya verás.

No tengo claro el momento de su viaje. ¿Briony ya se había licenciado? Pensaba que estaba en tercero cuando se conocieron. ¿Le renovaron el contrato para un segundo año?

Recuerdo que accedimos a la autopista de Nueva Jersey, dejando atrás las llamaradas de la quema de gas en las refinerías de petróleo, y en medio del rugido de los tráilers en convoy resonando en nuestros oídos, y con los aviones en descenso hacia las pistas del aeropuerto de Newark a cierta distancia a la izquierda, y más allá los campos de hierba agostada irrigados por riachuelos de lodo, y lo que parecía un buitre suspendido por encima de la autopista, elevada ahora sobre pilares de hormigón que en su tonelaje sostenían las furiosas intenciones del tráfico, las luces blancas viniendo hacia nosotros, las luces rojas atrayéndonos, y cuando miré de soslayo a Briony, ella tenía la vista fija al frente, visiblemente atónita por toda esa deslumbrante información; no era exactamente miedo lo que asomaba a sus ojos, sino más bien una respuesta virginal a lo inesperado. Lo que en ese momento me pregunté fue de cuánto tiempo dispone uno para transportar a una joven de un estado a otro. ¿Qué me ha preguntado?

Cuándo sucedió eso, y si ella abandonó los estudios para irse con usted.

Briony estaba matriculada en algunas asignaturas de tercero y algunas de cuarto cuando yo aparecí. Se licenció en enero, cuando no había ceremonia de graduación. Tuvo distintos empleos mientras yo cumplía mi año de contrato. Con Briony a veces de oyente en la primera fila, me sentía impulsado a dar a los alumnos solo buenas nuevas: lo mucho que avanza la neurociencia casi a diario. Con actitud positiva, pronosticaba siempre un futuro claro de descubrimientos vitales; el optimismo cauto del aula, el presupuesto de cualquier curso de ciencias, era que al final se llegaría a la verdad. Me retrotraía a Whitman, que sabía mejor que nadie lo que somos y cantaba al «cuerpo eléctrico». Qué grato era para esos chicos aprender que todo iba junto, el cuerpo como cerebro y el cerebro como cuerpo. Naturalmente no estaba dispuesto a decirles que él era poeta. Lo echaría todo a perder.

Así que allí estábamos. Yo la había arrancado de su vida organizada, apartado de su barra horizontal, y la había llevado conmigo a Nueva York. De hecho, le encantó la ciudad. Al cabo de un tiempo encontramos un sitio donde vivir en el West Village. Un apartamento en un almacén rehabilitado, con un muelle de carga en la entrada y ventanas de hierro a la calle, un ascensor chirriante, viejos suelos de madera sin pulir. Tres habitaciones, mucha luz, árboles en la manzana, tiendas maravillosas en el barrio, y por supuesto todos los tenderos acabaron conociendo a Briony, la panadería

italiana de la esquina con las hogazas recién hechas en el escaparate, la tienda de alimentación coreana, la cafetería, el quiosco. Porque ella era adorable, extrovertida, alegre, cordial, hacía preguntas, se ganaba con su calor a todos esos neoyorquinos malhumorados, que respondían, para su propio asombro, con la misma moneda. Andrew, decía ella, todo lo que necesitas está aquí mismo, no hay que ir en coche a un centro comercial para comprar, ¡cuándo se inventó esto! E íbamos a pie a todas partes, ella quería explorar, íbamos a pie a Chinatown, nos acercábamos a pie a Washington Square, donde yo había vivido de niño, llegó a conocer muy bien la ciudad.

¿De qué vivían?

A mí me había contratado una editorial de libros de texto para elaborar una especie de manual sobre ciencia cognitiva. Y después, en la misma empresa, trabajé como editor externo para sus colecciones de ciencias. Leía libros y proponía títulos. Y Briony daba clases de matemáticas. Colgó un anuncio en Internet y enseguida tuvo más alumnos de los que necesitaba: chicos de instituto, chicos de secundaria, testimonio del nivel de la educación en este país. Así que nos las arreglábamos bien. Eso fue antes del bebé, téngalo en cuenta. Cuando llegó el bebé, el viejo panadero italiano nos envió un pastel, los coreanos mandaron una cesta de fruta, todas las ancianas del vecindario habían seguido de cerca el embarazo, ella era la joven madre encinta de todo el mundo, y cuando un día de primavera Briony sacó a Willa por primera vez, cargando con ella en una mochila al pecho, empezó a aparecer gente, fue como si estuvieran esperando, una especie de cortejo real, la Madre y el Niño, Briony no podía caminar diez pasos sin que alguien la parase para deshacerse en halagos.

¿Y usted qué?

Bueno, yo estaba allí, claro, en segundo plano. Nunca me había relacionado con los vecinos tanto como Briony. Me limitaba a mantener una sonrisa permanente en los labios, sin decir nada, más o menos como si no existiera para los demás. Pero le diré que era hermoso contemplar a Briony dar el pecho a nuestra hijita, con un rubor de felicidad en las mejillas, la mirada a ratos en el bebé, a ratos en mí, con una expresión de suma delectación, como para enunciar en ese preciso momento la magnificencia de la vida. Y estaba todo en sus ojos, en los ojos de mi querida esposa de veintidós años, que poseía la fortaleza de ser necesaria para transformarme por completo, para convertirme en algo parecido a un ciudadano normal y operativo de este mundo. [*pensando*] Ay, Dios.

Tiene Kleenex ahí, en la mesita.

Así que ahora ya sabe por qué estoy aquí.

Lo sé.

Es una especie de cárcel, la mente del cerebro. Tenemos estos misteriosos cerebros de mil trescientos gramos, y nos encarcelan.

¿Es ahí donde usted está?

Lo sé desde hace tiempo. Estoy en una celda de aislamiento, una hora en el patio

para ejercitar la memoria. Usted es un psiquiatra a sueldo del Estado, ¿no?

Bueno, tengo el título oficial, si se refiere a eso.

Y yo que pensaba que viajábamos juntos por la misma carretera. Nosotros dos, a pie por la carretera. Aunque me parece que viajar no es lo suyo. Imagino que nunca ha estado en Zagreb.

¿En Zagreb?

Estuve allí en un parque donde cada pequeño arbusto y brote con flores aparecía identificado con una tarjeta en un soporte metálico. Había que inclinarse para leer el nombre en latín. Estuve allí con la mujer que hacía la voltereta sin tocar el suelo.

Ya veo.

Era una prostituta, claro. Y no sé por qué dije a su chulo que su número era demasiado corto para entretener al público durante toda una velada. No sé. Quizá yo estaba borracho. Quizá solo parecía una voltereta sin tocar el suelo. Era una mujer menuda que hablaba en voz baja, acostumbrada a la sumisión. Sonreía a través de las lágrimas cuando me pidió que la sacara de Zagreb, allí en el parque una gélida tarde de otoño, con los pequeños arbustos cuidadosamente etiquetados, como si esa fuera una parte realmente civilizada del mundo que jamás había visto la guerra y cuya población autóctona no odiaba a los serbios o los bosnios, y que no se había convertido en un Estado títere de los nazis en la Segunda Guerra Mundial. Vi ese parque plácido y meticulosamente botanizado, mientras el viento movía las hojas de otoño en nuestro camino, como una declaración en nombre de la civilización para desmentir la historia brutal de aquel lugar.

¿Qué hacía usted allí?

Solo paseaba. Había iniciado un viaje por Europa junto con otros estudiantes de Yale, en autostop, pero poco a poco cada uno se fue por su lado, y allí acabé yo, en Zagreb. En el hotel, un viejo con esmoquin tocaba el piano. Canciones americanas de antaño como si fueran lo más moderno. *My Blue Heaven. How High the Moon. Mr. Sandman.* Y tocaba de una manera rígida, torpe, no sincopada, que ponía de manifiesto su formación clásica irreductible. Incluso Martha podía tocar una melodía con swing si estaba de humor. Yo era allí el único estadounidense, así que la interpretación, supongo, iba dirigida a mí. Una pequeña sala oscura con colgaduras rojas y canapés tapizados donde, por el desgaste, se veía marcada la forma de los traseros en los asientos. Solo había unos pocos clientes, sentados en actitud de espera con sus bebidas intactas en vasos pequeños. El camarero daba cabezadas en un rincón. Parecían todos conchabados, el chulo grande y fornido, el pianista y los clientes, todos allí para demostrar que aquel era el lugar donde había que estar, ese hotel de tercera en esa ciudad tristemente anodina que ni siquiera interesaba a las personas que vivían allí. Y ella no fue la única, la saltimbanqui...

La única que ¿qué?

Que me pidió que me la llevara.

Así que no fue un sueño.

Una mujer en San Petersburgo también me lo pidió. No recuerdo cómo la conocí. Tal vez en el Hermitage. Llevaba medias blancas, una chica angelical con las medias sostenidas por sus generosos muslos. Cuyas piernas enfundadas en medias blancas apuntaban al cielo con precisión casi militar y luego se separaban, abriéndose como un calibrador.

¿Por qué me cuenta eso?

Porque lo recuerdo. Porque no quiero hablar de lo que pasó. Allí a donde iba saltaba a la vista que no tenía dinero. Un estudiante con mochila, flaco y perpetuamente angustiado. Pero eso es lo que hace la gente cuando se ve impulsada a ello. Con mi pasaporte de Estados Unidos, yo era un valor. ¿Por qué me mira así? Intento explicarle que antes de casarme con Martha tuve no pocas aventuras con el género femenino.

Ya veo.

Con un matrimonio y varias relaciones a mis espaldas, no me hacía ilusiones. Así que no fui yo quien atribuyó a Briony su belleza moral, su virtud natural no cultivada. Esa cualidad existía realmente. En ella nada era ejercitado excepto quizá la acrobacia. Llegó a mí como una Revelación. No solo por la muerte de la niña de Martha y mía, sino porque de joven, de estudiante, yo había sido estúpido y altivamente desconsiderado, no todavía, arteramente, el resuelto homicida-simulador accidental, sino solo la clase de patán irresponsable que eran también mis compañeros de la universidad.

Ya veo.

Mantuve una relación prolongada en Yale. Me negué a casarme con ella. Así que se acabó como tenía que acabar, cuando nos graduamos y ella se marchó a España, creo, con su título de literatura comparada, una chica alta y guapa de ojos oscuros, y no mucho después aparecieron en mi buzón las fotos de su boda. El novio no solo era científico cognitivo, sino que incluso se parecía a mí. Así que cuando me escribió unos años después para decirme que lo abandonaba, supe que todo había terminado entre nosotros. Veo que sonrío.

Así es.

Pero no tuvo gracia. Fue todo muy intenso, fue algo en lo que nos habíamos metido y de lo que no podíamos salir. Ella quedó embarazada cuando estábamos en tercero. Nos lo planteamos durante unos meses furtivos y descorazonadores. Pero de pronto abortó de manera espontánea. Ocurrió una noche cuando yo estaba con ella en su habitación. Me llamó desde el cuarto de baño. El agua en la taza era de color ciruela, y allí flotando, encogida, con las rodillas replegadas, se hallaba mi minúscula réplica. Más pequeña que un ratón pero con un inconfundible aire de familia: mi misma cabeza abovedada, la frente fruncida en un ceño, todo acabado en punta en el mentón. Nada contento, mi heredero, mirando hacia su interior, naturalmente.

IV

Sé que cuando las mujeres tienen hijos, el marido pasa a segundo plano; cabe esperar que el lazo madre-hijo se imponga y el marido vea su puesto usurpado.

Sí, eso ocurre a veces.

Pues bien, eso ocurrió ciertamente con Briony y nuestro bebé, esa fijación maternal de la atención, de una manera sutil, pero bastó para preocuparme. ¿Y si era algo más que eso? Observé que siempre que dejaba mis cosas tiradas por ahí —periódicos, libros—, ella las recogía y las ponía dondequiera que decidiese que era su sitio. Tenía ese alarmante sentido del orden. Sin duda con el paso del tiempo nuestras distintas formas de ser irían a más. Empecé a pensar en el futuro, en que la disparidad de edades se volvería más acusada conforme pasaran los años. Decidí apuntarme a un gimnasio y hacer ejercicio.

No me diga.

Pues sí, entré en el mundo de los abs, los pecs y los cuads. Para esa gente solo existía la abreviatura. Detestaba ese lugar, a todos esos héroes con cinturones de halterofilia, levantando barras cargadas de discos metálicos del tamaño de tapas de alcantarilla y gruñendo, y vociferando, hinchando los músculos y luego pavoneándose para exhibir su magnificencia. No soportaba estar allí más de unos minutos —ejercitándome con tal o cual máquina durante quince reps—, no repeticiones, reps, y por qué quince era el número sagrado jamás lo descubrí. Pero Briony lo aprobaba, le parecía buena idea que yo realizara ejercicios, que dejara la mesa y me pusiera en forma con aquellas máquinas. Eso anima el cerebro, es que no lo sabes, dijo, con un tono cercano a la frivolidad, tan cercano como nunca lo había oído en ella. Como si no le hubiese enseñado yo el nexo entre cerebro y cuerpo.

¿No le parece, Andrew, que a veces se excede en sus reacciones?

En el siglo XIX el trabajo era físico. Herreros, carpinteros, peones de albañil, labradores, constructores de presas, cavadores de zanjas, colocadores de raíles de ferrocarril, matarifes. La gente no necesitaba otras formas de hacer ejercicio. ¿Sabe qué es el Maratón de Nueva York?

Claro.

Si alguna vez me decidiera a llevar a cabo investigaciones serias en neurociencia... bueno, tendría que ver con el cerebro colectivo. Como en las hormigas, como en las abejas.

¿Por qué?

El cerebro de un hormiguero es el hormiguero. El cerebro de una colmena es la colmena. Y tenemos nuestras extraordinarias ilusiones y la locura de las multitudes. El hombre que escribió eso sabía más de lo que sabía.

¿Se refiere a la tulipomanía?

¿Por qué los bancos de peces cambian de dirección en un instante, como uno solo? ¿Por qué las bandadas de aves, sin un guía, vuelan en formación cambiante con mayor precisión que una compañía de ballet? Piense en las guerras. Por qué acaban siendo inevitables y una vez empiezan se hacen cada vez mayores. O en las extrañas prácticas indígenas de cualquier grupo religioso, sea cual sea el dios en el que deposita su fe. Y en la gente que va al parque el domingo. ¿Por qué el día para el parque ha de ser el domingo?

Las familias pasan juntas el día de descanso y tal. Tenemos ciudades y ponemos parques en ellas por razones sensatas y evidentes.

No, doctor, solo es un verdadero parque el domingo, necesita una gran cantidad de gente para ceñirse a su definición de parque, porque un parque es solo un parque cuando organiza una colonia humana, y el hecho de que sea temporal no debería impedirnos ver el hecho de que es repetitivo.

Andrew...

El cerebro colectivo es algo muy poderoso. Pero no podemos compararlo con las hormigas, las abejas. Sus cerebros son nubes de feromonas, instrucciones químicas para todo: el sexo, la guerra, el forrajeo. Dentro de millones o billones de años, cuando el planeta lleve ya tiempo asado y la especie humana se haya extinguido, reinarán las hormigas, o quizá las moscas de la fruta, o quizá las dos, y tendrán inclinaciones arqueológicas, rondarán por las ruinas de nuestras ciudades, reordenarán nuestros huesos, exhibirán nuestros restos en museos de historia natural, entrarán volando por las ventanas abiertas de las estructuras desnudas de nuestros bloques de apartamentos, ascenderán por los huecos de nuestros ascensores, explorarán nuestros largos túneles subterráneos, en su esfuerzo para comprender quiénes fuimos y qué nos proponíamos con nuestras cuevas apiladas de acero y piedra, y, en las calles y pistas de aterrizaje, nuestros artefactos ortopédicos herrumbrosos para trasladarnos de un sitio a otro.

¿Sostiene que nos sobrevivirán?

El cerebro colectivo del hormiguero está fuera del cuerpo de cualquier hormiga individual. Es la identidad química gaseosa del hormiguero la que rige el comportamiento de cada hormiga. Así que al mirarlas cabría pensar que saben lo que hacen. O por qué lo hacen. O es posible que el cerebro de la colonia dote a cada hormiga de una inteligencia que de otro modo no tendría. Eso me interesa. Y las posibilidades de supervivencia se incrementan de manera exponencial.

Creo recordar que ha citado a Mark Twain en su alusión a la estupidez de las hormigas.

Eso se refería a una hormiga en particular, una que se había apartado por su cuenta. Así y todo, esta, la hormiga, era capaz de cargar con un peso tres o cuatro veces mayor que el suyo. No veo que eso sea equiparable al esfuerzo de esos machacas que levantaban tapas de alcantarilla en mi gimnasio.

¿Por qué estamos hablando de esto?

Llevamos a cabo pobres emulaciones del cerebro grupal como si lo envidiáramos. Nos entregamos temporalmente a una mente social más amplia y actuamos con arreglo a sus dictados del mismo modo que los ordenadores individuales ceden sus capacidades a las redes. Quizá anhelamos algo como la situación de que disfrutaran otras criaturas —las hormigas, las abejas—, en la que el pensamiento se externaliza. El pensamiento en nube, un *ubermensch* químico. Lo cual nos lleva a la política.

No sé bien si habla en serio.

¿Conoce a Emerson? Es lo que Emerson, pensando en criaturas como él, llama erróneamente el alma superior. Presenta una versión romántica, hace de ella una parte integrante del pensamiento ético en el que se insinúa a Dios. Cuando solo aspira a una especie de genio feromónico universal.

Oiga, Andrew, ¿de verdad planea investigar eso?

Y por otro lado está, naturalmente, la moda. Incluso Briony llevaba vaqueros. Incluso yo mismo. Y también nuestro argot, la forma en que una expresión prende y se propaga entre todos nosotros, volviéndose de inmediato indispensable, ubicua, hasta que muere tan deprisa como nació. [*pensando*] ¿Qué?

Sus planes para el futuro.

No me haga reír, doctor. Le estoy hablando del final de mi vida.



Nos preparábamos para salir. Un domingo por la mañana, una hermosa mañana de mayo, e íbamos a tomar un brunch en un pequeño restaurante francés de Sullivan Street. Briony estaba ya de ocho meses largos y se movía un poco despacio, y yo, mientras la esperaba, encendí nuestro televisor nuevo que había comprado a modo de certificado de familia. Y casualmente ponían un documental sobre el Maratón de la Ciudad de Nueva York. Y allí estaban los maratonistas, a todo color, cruzando el puente Verrazano a millares. Por un momento tuve la fantasía de que Briony corría entre ellos. Pero apareció a mi lado, surgida repentinamente como de la pantalla.

Tan absorta estaba que toda idea de salir a tomar el brunch quedó de lado.

Es, al fin y al cabo, un espectáculo notable, esa legión de corredores avanzando como un maremoto por encima del puente plateado, esos miles de personas haciendo todos lo mismo en el mismo momento, una gran cinta de humanidad sometiéndose a la prueba de correr cerca de cuarenta y dos kilómetros sin caer muertos. Debo admitir que tiene algo de limpio y ascético, con sus alusiones a la antigüedad. Esa exaltación de la gente por hacer algo sin más recompensa que haberlo hecho. Hay premios, claro, obtenidos por los corredores de fondo de talla mundial que vienen de otros países para llegar en las primeras posiciones a la línea de meta, un hombre, una mujer, de género indistinguible con sus pantalones cortos y sus camisetas de canalé numeradas y sus zapatillas y sus cuerpos fibrosos, cruzando la línea de meta horas

antes que la masa. [*pensando*] Ella no había oído hablar de eso, mi mujer. Fue, pues, como si todos esos corredores estuvieran a punto de barrernos, de arrastrarnos consigo, de engullirnos en la marea que formaban.

¿Tan prodigioso era eso, gente corriendo?

Lo supe antes de oírsele decir: Briony juró en ese mismo momento que correría en el siguiente maratón. Con un resuelto gesto de asentimiento para sí. Con los puños apretados. A fin de cuentas, era la chica que, cuando la vi por primera vez, rotaba en torno a la barra fija. Tuve que sonreír —hela ahí, madura como un melón, y planeando ya empezar a entrenar nada más dar a luz—, pero no lo dijo en broma, y se enfadó conmigo por no tomármelo en serio. Quiero hacerlo, Andrew, y lo haré. Me da igual lo que digas. Y no hay más que hablar.

No era la primera vez que Briony actuaba como la típica niña terca que se obstina en algo y no atiende a razones. Eso me llevó a pensar que Bill y Betty debieron de verse desbordados en más de una ocasión.

Briony no podía apartar los ojos de la pantalla. Y cuando la cámara dejó a los corredores de cabeza para enfocar al pelotón, la gente en las aceras tendiendo vasos de agua y vitoreando, un corredor cojeando aquí, un corredor sin aliento allá, el extremo esfuerzo reflejado en algunos rostros, la concentración en la que se adivinaba que solo veían y oían el asfalto que se extendía ante ellos, el martilleo robótico de sus propios pies... en fin, cuando miré a Briony, vi con mortificación que las lágrimas le resbalaban por sus mejillas. Se sentó en el sofá, inclinada al frente, como si presenciara un fenómeno religioso. Y por tanto ni se me pasó por la cabeza discutir. Cuando el documental terminó, la abracé y no dije una sola palabra de lo poco realista que era pensar, en junio, con el bebé a punto de llegar en cualquier momento, que podía recuperarse a tiempo en los escasos meses hasta noviembre —que era cuando se celebraba el maratón— y convertirse en una corredora de fondo capaz de atravesar los cinco distritos y recorrer los cuarenta y dos kilómetros por puentes y cuestas y avenidas. Solo le dije que el bebé y yo la estaríamos esperando en la línea de meta en Central Park.

Willa tuvo la consideración de nacer solo unos días después. ¿Cuánto tiempo pasó hasta que Briony empezó a salir a correr aquellas mañanas de verano con el cochecito volando ante ella? A veces las llevaba en taxi a Central Park y me quedaba sentado con el cochecito mientras Briony corría en torno al estanque. Me dedicaba a leer, cogiendo en brazos a la niña cuando estaba inquieta, dándole el biberón: yo no tenía miedo a nada. Y al cabo de un rato allí estaba Briony, radiante de salud, riendo, los brazos relucientes, la camiseta manchada de sudor, y mientras bebía de la botella de agua, con la cabeza hacia atrás, yo examinaba la belleza de su cuello, la peristalsis de su garganta. Y luego allí mismo en el banco, al sol, se desabrochaba el sujetador de lactancia y daba el pecho a la niña, y allí estaban madre e hija, un sacramento de la

naturaleza en el parque verde entre las familias que pasaban, los perros que ladraban, los niños en monopatín, los vendedores ambulantes de globos.

Está usted describiendo una situación idílica.

¿Cómo es que las madres primerizas adquieren al instante el conocimiento de la maternidad? Se activa algo que siempre ha estado en el cerebro. Y qué organización. A saber cómo, encontraba tiempo para todo: la niña, las clases, cuidar de la vecina anciana. Ya en julio y agosto, en los días más tórridos, se marchaba de casa al amanecer para correr en serio y hacer sus kilómetros, diez, quince, a la hora en que la gente se iba a trabajar. Se encaminaba hacia el centro, donde estaban los bloques de oficinas, y buscaba uno donde poder subir corriendo por la escalera, veinte, treinta tramos de escalera, para el entrenamiento de fuerza.

Supongo que usted aprobaba todo eso.

Por supuesto. ¿Acaso no hacía yo ejercicio en el gimnasio? Éramos un equipo, incluida Willa, dispuesta a ver a su madre correr en el maratón. Briony salía disparada por nuestra puerta y sus pies apenas tocaban el suelo. Parecía que se le alargaban las piernas, era como esa levitación que uno ve en el ballet clásico. [pensando]

¿Sí?

Yo había comprado, además, un teléfono con contestador automático. «Hola, ¿Briony? Bri, ¿estás ahí? ¿Soy Dirk! Tus padres me han dado tu número de teléfono.»

¿Su antiguo novio? ¿El futbolista?

Briony no estaba. Había ido a dar clases.

¿Y usted se lo dijo?

Claro que se lo dije. Ella le devolvió la llamada y quedó con él para comer. Me explicó que él había conseguido un trabajo en una agencia de bolsa del centro.

¿No más fútbol?

Según dijo, nunca llegaría a profesional. Había estudiado empresariales y su padre conocía a gente en Nueva York.

¿Y usted cómo se sintió?

Yo sentí que en la cama, por la noche, ella se arrimaba a mí como siempre. Sentí que nuestro bebé, el que habíamos hecho los dos, estaba en su cuna al lado de la cama. Sentí que el corazón de Briony palpitaba en mi pecho como el mío propio. ¿Por qué me pregunta esas cosas? ¿Qué piensa, que el amor de mi vida no era digno de confianza? ¿O que acaso era eso lo que yo pensaba? Se veía todo en su rostro joven, hermoso, adorable y sincero, sin malicia, sin secretos, se veía que ella había tomado una determinación, y ahora tenía a su familia. Pero eran viejos amigos, ¿y por qué no? Ni siquiera hablamos de ello.

Así que no fue un problema.

El problema fue el día. Fue el día. El problema fue la mañana del día que tenían previsto comer juntos. [pensando] Podría decirse así. Se levantó más tarde que de costumbre porque Willa había pasado una noche inquieta, así que eran casi las ocho

cuando salió a correr. Sería un día de mucho ajetreo. Cuando hubiera hecho sus kilómetros, se ducharía, se pondría algo adecuado para una comida en un restaurante, se acercaría a casa de la vecina anciana para ver si estaba bien, y por la tarde, después del almuerzo con Dirk, tenía dos horas de clase. Así que sería un día de mucho ajetreo. [*pensando*] Me dio un beso en la mejilla: a Willa le gusta la compota de manzana para el tentempié de media mañana, dijo, y emprendió la ruta que había elaborado: por la orilla del Hudson hasta el Esplanade, cruzando Liberty Street, con una parada en las Torres Gemelas, quizá, para subir unos cuantos tramos de escalera, y luego doblar al norte por Broadway.

«Briony, no podrá ser. Tengo que anular la cita.» En ese momento una risa se convirtió en sollozo. «No me importaría mucho si pudiera verte una última vez. Pero entonces tendrías que estar aquí arriba, y eso yo no lo querría. Eso yo no lo querría. O solo hablar contigo... ¿Estás ahí, Bri? ¿Hola? Dios mío. Es el contestador.»

Andrew, ¿qué está diciendo?

Repito el mensaje de Dirk en el contestador: «Vale, profesor, dejaré un mensaje. Porque esa es su voz, ¿no? Ahora estoy en el marco de la ventana. Más allá ya no puedo ir. Una gran altura. El calor es tremendo... Estoy de pie en el acero desnudo... Verdad que tiene gracia que su contestador grabe esto porque seguramente va a ser este mi final. Estoy acabado, pues, pero todo lo demás seguiré, incluido usted, sobre todo usted, profesor... No oímos tan bien como los murciélagos, ni vemos tan bien como los halcones. ¿Recuerda haber dicho eso? Nuestro conocimiento es limitado. ¿Lo recuerda? Y entonces yo deseé preguntarle, ¿cómo puede estar tan seguro de que no hay Dios, joder? Para oír con qué gilipollez salía.»

¿Tan locuaz estaba? ¿Como para pensar en eso?

Estoy reproduciendo sus palabras. Había pausas cuando se imponía el sonido de la catástrofe inimaginable. Después su voz regresaba como de lejos. «Por lo que sé de los saltos desde grandes alturas, estaré muerto antes de llegar al suelo. Desde luego eso espero. Desde luego eso espero, se lo aseguro. ¿No será como volar? Estaré volando. En vuelo libre. Será refrescante, porque aquí hace un calor de muerte. Creo que ya es el momento, el acero —¡ay!— me funde los zapatos. Solo un paso, por qué no, por qué no. Me meteré el teléfono en el bolsillo, y me oírás volar, y guárdelo para la posteridad, póngalo en clase: cómo murió el amante de Bri. Profesor, viejo cabrón, usted me la robó con su labia. Pero óigame: dele una buena vida, viva para ella, o volveré del más allá y lo perseguiré. Habitaré en su maldito cerebro.»

Dios santo...

Y entonces oí la llama detrás de él como el rugido de un aliento monstruoso, y ahora pienso, después de escucharlo tanto que ya no tengo que escucharlo para oírlo, que oigo también las voces de los demás, los que estaban allí con él en la nonagesimoquinta planta, mientras morían quemados, sus gritos las últimas huellas

orgánicas de sus huesos envueltos en llamas, un extraño y horrendo coro en último extremo indiscernible del bramido del fuego del combustible y la contracción y los crujidos y los chirridos del acero atormentado y del humo untuoso de las llamas que se reavivaron entre el humo y volvieron a estallar en forma de llamas. Y luego oigo aire, la resistencia del aire contra un cuerpo en caída, como el sonido de un motor a reacción cada vez más y más fuerte, más y más agudo, y se prolonga solo unos segundos, hasta dejar de ser sonido, hasta oírse solo la ausencia de sonido, seguida del pitido del contestador automático al terminar la llamada.

Conque fue esa mañana.

Sí.

¿Y entonces qué hizo?

Nada.

No lo entiendo.

¡Nada! Para cuando volví a casa y vi parpadear el piloto del contestador, ya había pasado todo. Por Dios, doctor, ¿en qué país estaba usted ese día? En toda la ciudad quién no se enteró al instante de lo que había ocurrido. ¿Dónde estaba Briony, dónde estaba mi mujer! Yo estaba en la calle, con el bebé en brazos, buscándola. Llamándola a gritos. Esperando que doblara la esquina y apareciera. En medio de semejante confusión, los coches de bomberos, la gente a trompicones por las calles, el vocerío, las sirenas, era como si todo aquello la hubiera engullido. ¿Dónde estaba Briony? Ella pensaría ante todo en Willa. Volvería en un segundo para asegurarse de que la niña estaba bien. ¿O no? ¿Dónde estaba, pues?

Uf, Andrew...

¡O estaba atrapada allí! Regresé al apartamento y encontré a una vecina dispuesta a quedarse con la niña. Y después corrí al centro. Lógicamente, no pude acercarme. Una de las torres se había desplomado. La gente pasaba tambaleante junto a mí para alejarse, gente cubierta de ceniza, como si hubiese sido incinerada pero su forma no se hubiese desintegrado aún. Me pareció verla. ¡Briony! La paré: aquellos ojos me miraron desde una máscara gris, unos ojos encendidos y aterrados, como la única parte viva de ella, de esa mujer. Incluso intenté retirarle la ceniza de la cara. ¿Qué hace?, preguntó ella. ¡Déjeme! Fue inútil: estaban ya dispuestos los postes y las cintas del acordonamiento... la policía, el fuego, las ambulancias, las luces estroboscópicas, los chirridos de las radios. Aguardé en una esquina, esperando verla entre los rostros que huían. Y entonces comprendí que no serviría de nada y decidí que si volvía corriendo a casa, ella estaría allí... Pero solo estaba el destello del piloto del contestador.

¿Había corrido ella instintivamente hacia el desastre, adentrándose en la tormenta de fuego, siendo por naturaleza de aquellos que primero responden a una emergencia? No lo sabía. Solo después, rondando de comisaría en comisaría,

trastornado como estaba, llegué a pensar que, al subir por la escalera hasta el piso noventa y cinco, era a Dirk a quien quería rescatar, a quien se proponía poner a salvo, catastrófica, demencial, apasionadamente. En mis peores momentos pensé que era eso. Pero es posible que ella ni siquiera supiese dónde trabajaba Dirk. Habían quedado a comer en ese mismo barrio. En cualquier caso, ¿qué más daba? Él retransmitió su propia muerte, pero el silencio de ella fue lo que estableció el vínculo entre los dos en mi mente. Era como si sus muertes simultáneas, ajeno el uno al final del otro, pudieran interpretarse como una peculiar fusión de sus destinos: su transformación en amantes malhadados. Pero eso es solo si yo me incluyo en la película.

Yo que usted no lo haría.

No se encontró nada que pudiera identificarse como Briony. [*pensando*] Con qué calma lo digo.

Los vecinos lo supieron porque la conocían. Llenaron la casa. Cogieron a la niña en brazos.

En la calle había carteles pegados por todas partes, en todas las paredes, en todas las vallas, en los buzones, en las cabinas de teléfono y en las estaciones de metro, con fotografías de rostros intensamente vivos, rostros que era imposible que estuvieran muertos. Nombre, edad, visto por última vez. Números de teléfono en rotulador negro. ¿Han visto a esta persona? Llamen a este número. Por favor, llamen. Fui de aquí para allá colgando el retrato de Briony. Nombre, edad, vista por última vez. Quería que la gente viese su cara. Sabía que era inútil, pero me parecía necesario. Había tomado la foto en el parque, ella me sonreía. Tenía una carpeta con sus caras, cien copias, impresas en una tienda Kinko's, y fui de aquí para allá colocándolas. Ella pertenecía a la comunidad de los vistos por última vez, sus nombres y direcciones, personas muy queridas. Por favor, llamen. Ella pertenecía a esa comunidad de lo que quedaba de ellos.

Y junto a los cuarteles de bomberos, o contra las alambradas de los patios de los colegios, o en tablones de anuncios bajo farolas, estaban los santuarios improvisados de sus retratos, o los dibujos de sus hijos, insertados en manojos de ramitas de abeto y encuadrados entre velas y con ramilletes de flores, y pétalos en recipientes con agua. Pasaron dos días más hasta que encontré flores ante nuestra puerta.

Lo sobrellevé hasta donde pude. No podía dormir. Me quedaba en la cama esperando oír la llave girar en la cerradura. Las mujeres del vecindario me ayudaron durante un par de semanas. Después de eso me quedé solo. Willa me miraba con los

ojos azules de su madre. Juzgándome en silencio, me daba la impresión, aunque sabía que eso no podía ser. Inquieta a veces, mirando por encima de mí, buscando a Briony. Yo mecía el cochecito. Y en noviembre celebraron su maratón a modo de voto nacional para sobreponerse. Bajaron las temperaturas. Empezó a nevar. Y allí estaba yo abrigando a Willa, metiéndole los piecitos en los leotardos, los brazos en el jersey, y luego el gorro y el buzo y la manta, y todo el bulto formado por ella en la sillita del coche. Es un proceso arduo, preparar a un niño para salir en invierno. Y una vez abrochado el cinturón y puesto el motor en marcha, me di cuenta de lo que me proponía: llevársela a Martha.

V

Hola, doctor, la razón por la que estoy aquí en la ladera de la montaña contemplando este fiordo es alejarme de usted lo máximo posible. Estoy en una cabaña sin siquiera la obra de MT para entretenerme. Ni la de Knut Hamsun. Tengo una mesa, una silla, un camastro, un fregadero, un fogón y un inodoro. Todo tan compacto como la celda de una cárcel, solo que puedo colocarme en el umbral de la puerta y ver el valle de agua helada enmarcado por los montes noruegos, de color negro verdoso, de tonalidad más oscura que los Wasatch, más reconcentrados que sus parientes del oeste moteados por el sol, más hoscos, más sosegados. Cuando llueve es cuando me ducho. Con regularidad veo deslizarse allí abajo un crucero, como de juguete, insonoro desde esta altura pero que parece reafirmar la autocomplacencia del pueblo que considera esos fiordos patrimonio nacional. Puedo gritar y oír mi voz volver al cabo de un momento, débilmente, y quizá solo en mi imaginación. Lo hago para creer que no estoy solo. También canto mucho, recuerdo las letras de las antiguas listas de éxitos. Sin yo saberlo, mi cerebro había almacenado docenas y docenas de letras en conexión neuronal con las melodías. Si pronuncio los versos, me viene a la memoria la melodía. No puedo acceder a la una sin la otra. También tengo un espejo de hojalata sobre el fregadero y me miro en él para que haya alguien junto a mí. Lo hago porque lo hacía Wittgenstein. Él, que entendió tan bien los engaños del cerebro pensante. Pero es peligroso mirarse fijamente. Uno pasa a través de infinitos espejos de autoenajenamiento. También esto es la astucia del cerebro, el hecho de que uno está condenado a no conocerse.

Escribo esto a pesar de que aquí no hay correo y lo más probable es que no lo lea hasta que yo vuelva y se lo entregue y me quede ahí sentado mirándolo mientras lo lee. Si es que llega ese momento. Entiendo por qué me hizo aquellas preguntas al revivirlo todo: cuando hablaba de ello y recitaba el mensaje de la muerte recogido en el contestador, grabado en mi cerebro, y luego el mensaje de la muerte de Briony transmitido como en una película muda, hablándome su rostro seriamente en palabras que no oigo, cerrándose el obturador en torno a su cara, contrayéndose la apertura hasta reducirse a un punto y finalmente a la negrura... porque lo único que consiguió fue preguntarme si yo había informado a los padres de Briony. Muy propio de usted, el hombre práctico, ordenándolo todo, esperando que la gente haga lo lógico y lo correcto. Viviendo conforme al manual. ¿Y Bill y Betty?, preguntó. ¿No debería haberlos telefoneado? Dando por supuesto que no lo hice. De hecho, estaban al aparato casi en el momento mismo en que ocurrió, con sus voces lejanas como

trompetas con sordina. Todavía no ha llegado a casa, dije, pero no os preocupéis, le diré que os llame... intentando cantar a través del temblor de mi voz.

Si pudiera enloquecer, sin duda sería mejor que la cordura de esta soledad meditabunda. *Yo y mi sombra... Bailando en la oscuridad*. Sí tengo un enorme cuchillo de pan que miro de vez en cuando. Él me devuelve la mirada.

Murieron poco después. Bill de una embolia, Betty se marchitó. Unos ataúdes minúsculos para ellos, un tarro de ceniza anónima inidentificable en representación de Briony. Toda la familia avergonzada por lo expeditivo de su transfiguración.

¿Quiere que se la devuelva?

No, guárdesela. La escribí para usted.

En todo caso, me alegro de que haya vuelto. No sabía que fuera aficionado a la música popular y le gustase cantar.

Bueno, en un fiordo soy otro hombre.

VI

Andrew vendió los muebles, rescindió el contrato de alquiler y abandonó Nueva York. Ahora la ciudad era de Briony. La veía correr por la calle, volverse para mirarlo, doblar una esquina. Además, no encontraba trabajo. Por la revista *The Chronicle of Higher Education* había sabido de una plaza de profesor clínico de ciencia cognitiva en la Universidad George Mason, pero la entrevista no fue bien y le constaba que de ahí no saldría nada. Así que allí estaba, en Washington, pensando que tal vez pudiera llevar a cabo un estudio sobre el cerebro colectivo de una administración a partir del modelo del hormiguero. Pero el único empleo que encontró fue de profesor de ciencias suplente en un instituto de la ciudad. Lo aceptó. Al cabo de un mes, uno de los profesores de ciencias tuvo un infarto, y Andrew se quedó con la paga de suplente y el horario de un profesor en plantilla. Encontró un estudio y se instaló allí como ciudadano de Washington. Verse degradado del mundo universitario a la escuela secundaria pública se acomodaba bien a la percepción que tenía de su propia vida como causa perdida.

¿Causa perdida? ¿Podemos hablar más de eso?

Puedo decirle que el edificio del instituto se hallaba en un estado ruinoso. La pintura descascarillándose por todas partes, muebles rotos, lavabos fuera de servicio, grietas como las fisuras de un terremoto en las pizarras, persianas que no bajaban o no subían, y el ambiente húmedo del polvo y el moho. Estableció su popularidad de inmediato al sentarse a su mesa ante la clase y ladearse lentamente hasta perderse de vista, porque la silla, cosa que advirtió ya demasiado tarde, solo tenía tres patas. De inmediato, pese a las risas, varios alumnos estaban junto a él, ayudándolo a levantarse, acercándole una silla utilizable, y supo que no había sido una broma de ellos. De hecho, quizá por el deplorable estado del centro, profesores y alumnos parecían unidos en una hermandad de lo indómito. Los chicos clavaban con tachuelas sus dibujos al pastel sobre los boquetes de las paredes, pintaban sus murales de historia, trabajaban en su musical de final de trimestre, animaban al equipo de baloncesto. Profesores y alumnos se tuteaban, y todos comían en el mismo comedor, porque a lo largo de los años lo que antes fuera territorio exclusivo de los profesores a la hora del almuerzo había ido llenándose de equipamiento roto: proyectores, magnetófonos, televisores, archivadores, mesas, sillas, un piano vertical sin medio teclado. A Andrew le asignaron el plan de estudios de biología. Era bastante fácil, y aprovechó la disección de la rana, acompañada de una reescenificación de Galvani contrayéndose la pata de la rana muerta al contacto de una sonda metálica como si estuviera viva, para dirigir gradualmente a la clase hacia ciertos aspectos elementales de la ciencia del cerebro. Y cuanto más se apartaba del plan de estudios, tanto más

disfrutaban las chicas y los chicos, incluidos los amantes inseparables. Uno de los alumnos saltó al estrado de la sala de estudio y se acercó el puño a la boca, como un micrófono: «Esto es dorsal, aquello es ventral, eso otro es rostral, y tú no eres más que mental...».

Pero ¿esa escuela no es el sitio a donde usted iba con su café y su periódico la mañana en que una voz le pidió que arreglara la puerta mosquitera?

No, por entonces tenía un despacho en un armario de la limpieza reconvertido en el sótano de la Casa Blanca.

Un armario de la limpieza en el sótano de la Casa Blanca.

Sí. Lamenté separarme de esos chicos. Me mantenían a flote. Me levantaban el ánimo. Los ratones blancos en el laberinto que construía... eso les encantó. Observar cómo aprende a conocer el mundo el cerebro de un ratón. Ah, y «el dilema de los dos ladrones». Un clásico del primer trimestre en ciencia cognitiva. Eso los entusiasmó de verdad: dos ladrones, en un caso en el que no hay pruebas suficientes para condenar a ninguno de los dos, son informados por un inspector sagaz, cada uno por separado y en privado, de que el otro lo ha traicionado y descubierto el pastel. Así que cada uno se encuentra ante una alternativa: traicionar a su vez, o callar. Si los dos traicionan, les caerán a ambos, pongamos, diez años de cárcel. Si uno traiciona al otro, le caerán cinco, y al que no traiciona le caerán veinte. Si ninguno de los dos traiciona al otro, quedarán los dos en libertad. ¿Cuál es, pues, la mejor estrategia para cada ladrón? Tiene que intentar adivinar si el otro lo traicionará o no, y pensar qué debe hacer en cualquiera de los dos casos. Representamos la situación varias veces con ladrones voluntarios que, por turnos, se quedaban fuera en el pasillo. La clase abucheó a los traidores, se mofó de ellos. Aplaudieron cuando los dos voluntarios optaban por la decisión de no traicionar.

Por lo que parece, encontró un hogar en ese instituto.

Ciertamente establecí una fuerte conexión empática con ese lugar, con la enseñanza a chicos muy jóvenes, con verme atrapado en esa exuberante etapa de su vida. Eso me sorprendió. De ocho a tres me anulaba a mí mismo. Detrás de mí no había nada, ningún recuerdo.

Pero decidió marcharse.

No llevaba ni un mes en mi puesto de profesor cuando, en medio de una clase, irrumpió en el aula sin previo aviso un hatajo de gente, encabezada por el director. Tres o cuatro hombres trajeados con cables que ascendían hasta sus orejas, fotógrafos con sus cámaras, lo que tomé por un par de reporteras. Nadie dijo nada hasta que la puerta volvió a abrirse, entró un hombre y se plantó allí junto a la puerta, y luego, detrás de él, con una amplia sonrisa, apareció el presidente de Estados Unidos, interrumpiendo mi clase sobre la lectura del pensamiento.

Cielo santo. ¿Con motivo de qué?

Sin motivo alguno, era solo para la foto, un montaje de rutina. Escribió su nombre en la pizarra agrietada. Dijo a los alumnos lo orgulloso que estaba de lo bien que

aprovechaban las cosas, de que siguieran con sus estudios y no sucumbieran a las circunstancias que los rodeaban. Añadió que estaban fortaleciéndose, templándose como el acero, y que eso estaba muy bien, dando a entender así que la pobreza era buena para ellos. Los chicos, atónitos, ni siquiera se rieron cuando se le rompió la tiza. Dijo a unos cuantos que se acercaran y se fotografiaran con él. En un aula de instituto nunca se ha oído un silencio más atronador. A mí me habían apartado de un codazo para que me quedara junto a la ventana. Allí de espaldas al sol, confié en que no me reconociera.

¿Por qué habría de reconocerlo?

Prosiguió, ajeno a la ironía, sosteniendo que los alumnos y él eran vecinos. Al cabo de cinco minutos había acabado todo, vaciándose el aula tan deprisa como se había llenado. Pero cuando se dio media vuelta para marcharse, el sol se ocultó detrás de una nube y yo quedé a la vista. Me vio. La sorpresa momentánea en su cara, enarcándose sus cejas a la vez que se detenía a media zancada mientras su cerebro procesaba. Su giro fusiforme.

Su ¿qué?

La circunvolución del lóbulo temporal que reconoce los rostros.

¿Quiere decir que el presidente sabía quién era usted?

¿Por qué no iba a saberlo? Fuimos compañeros de habitación en Yale.

¿Compañeros de habitación en la universidad?

Pues sí, doctor, Yale es una universidad. Donde casualmente yo le cubrí las espaldas un par de veces. Una semana después de salir en los periódicos su visita a mi clase en el instituto, supe por la secretaria del director que un coche estaría esperándome fuera al final de la jornada. No puedo decir que me sorprendiera. Me trasladan a la Casa Blanca, un infante de marina me saluda en la verja, y sale a recibirme a la puerta una secretaria que me lleva, pasando por delante de los retratos de presidentes muertos, a una reunión con uno de los ayudantes del jefe de gabinete.

¿Sin presidente?

Algo incluso peor. Quieren nombrarme director del Departamento de Investigación Neurológica de la Casa Blanca. Eso conllevará seguir de cerca los avances neurológicos en todo el mundo y a la larga crear una comisión de científicos cognitivos para formular la política de investigación en torno al cerebro. El empleo va acompañado de un sueldo de funcionario modesto.

Cielo santo. Y todo tan repentinamente...

Yo nunca había oído hablar de ese departamento, y con razón: acababa de fundarse, y yo sería el primero en el cargo. Entiéndalo, yo no tenía el menor prestigio en la ciencia cognitiva, así que lo primero que pensé fue que mi antiguo compañero de habitación estaba gastándose una de sus bromas pesadas. [*pensando*] Porque el Estado debía de dedicarse ya de pleno a las investigaciones neurológicas, y eso debía de estar en marcha desde hacía tiempo.

¿Usted cree?

Vamos, doctor, ya vuelve a poner esa misma cara...

¿Qué cara? Todo esto es nuevo para mí.

... como si no supiese algo que sí sabe. ¿No cree que es importante para el Estado predecir cómo reaccionará la gente, especialmente los extranjeros, a diversos estímulos? ¿U obtener imágenes por resonancia magnética de la mente alucinatoria? ¿O cómo manipular la plasticidad del cerebro? ¿U otros cientos de cuestiones relacionadas con la mente que pueden ser útiles para un Estado?

El lavado de cerebro, quiere decir.

El lavado de cerebro fue cosa de los años cincuenta. No sé ni por qué le hablo. En cualquier caso, al final fue una oferta muy real y no una broma. Solo querían tenerme a la vista. Supe después que fue idea de Melocotones.

¿Melocotones?

Así lo llamaba el presidente. El director de campaña. El cerebro del presidente, según se decía. Me pregunté cuánto podía sobrarle de eso para andar repartiéndolo.

Melocotones.

O a veces Ciruela... cualquier cosa sin pelo.

Ya veo.

Como acabaría descubriendo, nadie, y menos el presidente, tenía el menor interés en si yo llevaba a cabo o no lo que el trabajo exigía. Su única preocupación eran las siguientes elecciones. La posibilidad de que algún periodista descubriera mi existencia y yo hablara de nuestras desventuras universitarias, de las cuales había unas cuantas. Como el incidente con el mechero bunsen. Yo nunca había hablado de mi famoso compañero de habitación, pero ¿significaba eso que no fuera a hacerlo en el futuro? Allí estaba yo, surgido de su pasado en penumbra para convertirme en motivo de inquietud para su equipo. Debía firmar un compromiso de confidencialidad: como empleado de la administración, si filtraba información, tendría que rendir cuentas ante la ley. Miré el papel dudando si firmar o no. Aquello era una absoluta mordaza en mi boca.

Pero aceptó.

¿Cómo podía no atender a un llamamiento presidencial? [*pensando*] No, la verdad no es esa. Fue como si él hubiera aparecido de la nada, fue como si nuestros arcos vitales —el suyo ascendente y el mío sumiéndose en las profundidades hemisféricas de la depresión— hubieran descrito un círculo perfecto y allí estuviéramos los dos, superpuestos en el mismo lugar y en el mismo tiempo. Parecía inevitable.

Debo decir que me sorprende que no haya mencionado nada de eso hasta ahora.

¿Por qué?

Bueno, no es muy habitual, por decir poco, descubrir que tu antiguo compañero de habitación en la universidad es el presidente de Estados Unidos. Es una de esas

anécdotas que dan para conversaciones en las cenas durante toda una vida.

¿Insinúa que me lo estoy inventando?

No, claro que no. Solo me pregunto por qué ha esperado usted tanto tiempo para mencionarlo.

Yo no vivo a través de experiencias ajenas, doctor. No lo he mencionado antes porque, supongo, hablaba de cosas más importantes para mí.

Vale.

Además, ese hombre no es como para ir alardeando de él, ¿no le parece? Yo no le voté, ni habría acudido a él voluntariamente. Nunca habría hecho referencia a él en estas sesiones salvo al hablar de lo ocurrido después de... después de... [*pensando*] Andar soltando nombres de personajes conocidos es en último extremo autocongratulatorio, ¿no? Pero el hecho de que fuera mi compañero de habitación nunca ha sido para mí motivo de congratulación. Podría pensarse que lo es si lo hubiera mencionado al principio, como si no fuese lo último de lo que quería hablar.

No, no, le creo... está usted aquí, ¿no?

Soy una persona políticamente informada, doctor. Aparte de todo lo demás que le he contado sobre mí, soy un ciudadano sensible a la historia del país. Mi compañero de habitación había llegado al sitio donde estaba no precisamente por el camino electoral al uso. Yo sabía cómo habían ido las cosas desde entonces: su guerra escogida, su oposición a la ciencia. Lo sabía todo sobre él y la calidad de la gente que lo rodeaba. [*pensando*] Se habían realizado análisis. Bastaba con leer el periódico. Esos vuelos nunca tendrían que haberse producido. La información de los servicios de inteligencia estaba allí.

¿Quiere decir que lo culpa a él?

¿Quién soy yo para culpar a nadie de nada? Pero se comportó de una manera insensata, irresponsable, no estuvo a la altura... me pareció que había introducido una abulia fatídica en la mente federal. Basándome en la teoría de que el presidente que tenemos es el país que tenemos. Eso era digno de estudio, ¿no cree? Hacía tiempo que había perdido la esperanza de llevar a cabo un trabajo original en mi campo. Partir de la hipótesis de que existe algo así como un cerebro gubernamental... se me ocurrió que aquello era en cierto modo una oportunidad.

Muy razonable.

No, no lo entiende. Llevaba una foto de Briony y nuestra niña en la cartera. Están al sol, en el parque, Willa sentada en los brazos de Briony como en un trono, y están de cara a mí, madre e hija, dos rubias, riéndose, saliendo de la fotografía para llenar mis ojos...

¿Sí?

Así que firmé el compromiso de confidencialidad y pasé a ser el jefe del Departamento de Investigación Neurológica en el sótano de la Casa Blanca. Me proponía entrar en la historia, actuar. Hacer una declaración que por fin acabara conmigo.

¿Qué está diciendo, Andrew?

Y esa era la decisión que había tomado aquella mañana, de pie en la esquina con el café y el periódico, mientras esperaba a que cambiara el semáforo.

VII

Hola, ¿doctor? Le hablo desde el viejo teléfono mural de la casa, uno de esos con los que hay que darle a la manivela. ¿Me oye?

Sí, Andrew, perfectamente.

Por viejas y destartaladas que estén las cosas, parece que a ellas esta vida ya les va bien. Es asombroso. La compañía telefónica local debe de ser tan vieja como esta casa. Y esa furgoneta de plataforma, las cuatro ruedas deshinchadas, los neumáticos desgastados y la pintura descolorida del todo... una especie de objeto artístico. Así que van al pueblo a pie. Yo también. Y en el pueblo pasa lo mismo: tiendecitas ruinosas mal iluminadas que llevan ahí una eternidad, pero en las que encuentras lo que necesitas. La ferretería... el encargado, arregla tejados; yo no paraba de recoger tejas en el jardín, y le pedí que fuera a echarle un remiendo. Hay una gotera, y lo único que hace la anciana es poner un balde debajo.

¿Y qué pasa con la mosquitera?

Ah, eso ya lo arreglé. El problema no era la malla; era una de las bisagras, la superior se separaba del quicio. Pero lo desmonté todo e hice un buen trabajo, bisagras nuevas, malla nueva. Por otra parte, claro, el marco de la puerta tiene la madera blanda, esponjosa, así que el auténtico problema son las termitas. A su debido tiempo, a su debido tiempo. Tengo ya decididas todas mis tareas. Donde las ventanas se atascan, donde el suelo cruje. No sabe lo bueno que es concentrarse en esas cosas, la satisfacción que se obtiene usando las manos, resolviendo las cosas a pequeña escala.

Planea, pues, quedarse allí un tiempo. Empezaba a preguntarme dónde estaba.

Este sitio tiene algo. ¿Sabe que hay lugares que se le quedan a uno en la cabeza sin razón aparente? O sea, esto no es un *schloss* en las montañas. No es una *finca*^[1] bajo las palmeras. Me han dejado una habitación detrás de la cocina, con un colchón en el suelo, y por lo demás hacen como si yo no estuviera. No sienten la menor curiosidad por quién soy, de dónde vengo. Me consta que no me miran ni cuando estoy de espaldas. Por lo tanto, tengo sobradas razones para sentirme a salvo aquí. Ninguna razón para no... o sea, no puedo atraer ningún mal sobre personas con quienes no mantengo ninguna relación.

¿Le dan alguna vez las gracias?

Oiga, le llamo para pedirle una cosa. Ella dibuja. Creo que ya se lo he dicho.

¿Cómo?

La criatura, la niña. Se baja del autobús en la carretera de dos carriles, viene corriendo por el camino de tierra, lanza su mochila a una silla de la cocina y se sienta a la mesa con sus lápices de colores, sus ceras y su bloc de dibujo, y dibuja. No

quiere hacer nada más. La anciana le pone un vaso de leche, y ella no se la bebe de tan ocupada como está dibujando. ¿Me escucha? ¿Me oye?

Como si estuviéramos en la misma habitación.

Cuando intuye que estoy mirándola por la puerta mosquitera, tacha los dibujos en los que se ha esmerado tanto: cierra el puño en torno al lápiz y destruye lo que ha hecho.

Quizá no debería observarla, pues. Los niños se ponen tímidos con las cosas que son importantes para ellos. ¿Usted le dice algo?

Nunca le he dicho nada. Hay muy poca conversación en esta granja. La suya es una relación a base de mímica, la de la anciana y la niña. Parecen comprenderse mutuamente y saber qué debe hacerse en todo momento —cuándo irse a la escuela, cuándo acostarse— sin hablar. Me he vuelto igual que ellas. Sé cuándo ir a tomar el café de la mañana, sé cuándo trabajar en un proyecto, sé cuándo cenamos, sé dar las buenas noches con un gesto. Esta casa es como una película muda.

Ha dicho que se siente cómodo allí.

Hasta ahora. Anoche, cuando se retiraron a sus habitaciones al final del día, entré en la cocina. Dejan una luz encendida. Y miré el dibujo que había hecho esa tarde en su bloc... la niña. [*pensando*]

¿Andrew? ¿Sigue ahí?

Dibuja bien, mucho mejor de lo que uno esperaría de una niña de esa edad. Lo hace muy bien. Todo sobre el circo. Acróbatas, trapevistas, saltimbanquis, pirámides humanas. Chicas en tutú de pie a lomos de caballos recorriendo la periferia de la pista. Figuras pequeñas todas ellas, perfectamente formadas.

¿Andrew?

Ya vienen. Voy a colgar.

VIII

De acuerdo, si lo que le interesa es mi vida de estudiante: nunca pensé que compartiría la habitación con él. Al fin y al cabo, con ese apellido... Yo era el estudiante con ayuda económica. Pero la universidad prohibía el trato preferencial: todo alumno de primero era solo eso. Él se reía de mi torpeza. No parábamos de meternos en líos, un par de inadaptados. [*pensando*] Supongo que era solo cuestión de tiempo que un día volviéramos a las andadas.

¿Cuál fue el incidente del mechero bunsen que mencionó?

Nuestra habitación era un centro de vida social. Se reunía allí mucha gente. Era sobre todo por él, claro, pero también yo acabé siendo conocido en el campus, el comparsa, por así decirlo. En algún momento debí de tomar conciencia de que yo carecía de identidad sin él. Como él era quien era, yo era quien era. Aun así, conseguía mantenerme al día en mis estudios, cosa que a él lo enfurecía. Me quedaba ante mi escritorio empollando para un examen, y eso él no lo soportaba. Me llevaba a rastras a un bar. Diré esto en su favor: en su compañía me volví más atrevido con las chicas, y en tercero tuve una relación bastante seria. Pero en su presencia, bajo esa presión, me sentía obligado a hacer el payaso, a buscar la manera de hacerle reír. No solo yo, sino también otros, ese deseo de cumplir sus expectativas. Y de vez en cuando, después de unas cervezas, afloraba esa vena malévola suya, porque la tenía. [*pensando*] Estaba allí de guasa y de pronto, sin transición alguna, hacía daño a alguien. O lo humillaba. Sacaba unas notas catastróficas, no abría un libro. Y no es que no pudiera haberlo hecho mejor en caso de ponerse en ello. Le gustaba ir a contracorriente. Oponía resistencia.

¿Y cuál fue, pues, el incidente del mechero bunsen?

En el laboratorio de química inorgánica. Yo estaba justo allí donde ocurrió, con una esquirra de matraz clavada en la mejilla y sangre corriendo mentón abajo. Algo había estallado, yo no sabía qué, pero el laboratorio estaba lleno de humo, la gente tosía, gritaba, el sistema de rociadores se había activado, en un instante el laboratorio era un desastre absoluto. La verdad es que fue divertido. El profesor, que entró corriendo y agitando los brazos para disipar el humo, dio por sentado que el culpable era yo. No discutí.

En fin, eso no es como para sentirse amenazado en unas elecciones treinta años después.

En fin, no fue lo único. De vez en cuando le daba clases particulares.

¿Y?

In situ, por decirlo de algún modo. Allí donde nos examinábamos.

Ya veo.

Sí. Pero ¿por qué iba yo a revelar ahora algo con lo que quedaría igual de mal que él? Teniendo una carrera académica que salvaguardar, si es que se la puede llamar así. Entiendo.

A causa del incidente del mechero bunsen me encontré con una amenaza de expulsión y seis meses en periodo de prueba. Y con una invitación para ir a su casa en las vacaciones de primavera.

Una mirada fría de la formidable madre, un apretón de manos distraído y flácido del padre. Eso es lo que recuerdo. El hijo pareció aceptar esos saludos descorteses y displicentes como algo característico de ellos. Allí estaba yo con mi mochila, y alrededor el servicio, un tanto apremiado, corría de un lado a otro. La casa se preparaba para una cena con invitados. Puedo decirle que mi compañero de habitación y yo fumamos hierba en el piso de arriba de un enorme dúplex que ocupaba dos plantas completas y en el que no había un solo libro a la vista. Andrew miró por la ventana: una de esas ventanas con marco de bronce sin aperturas, y solo vio un edificio al otro lado de la calle ancha y vacía, idéntico a aquel desde el que estaba contemplando lo que, según creía, podía ser un reflejo en penumbra de sí mismo. Aquellos eran edificios diseñados para crear una apariencia de bloques de oficinas, declaraciones arquitectónicas en celebración de la cultura imperante. Él nunca había visto una ciudad como esa, desparramada en una superficie plana, cociéndose en el trémulo calor vespertino, con sus interminables aparcamientos, todos llenos, bajo un sol aplastante y, en el centro, aquellos rascacielos sin personalidad revestidos de cristal oscuro. Andrew consideraba que algo no podía llamarse ciudad si no tenía calles estrechas muy concurridas y con muchas tiendas, bocinazos, aceras desbordadas y una vida nocturna que se prolongaba hasta altas horas. Allí todo se detenía al ponerse el sol, y los semáforos dirigían mecánicamente el tráfico inexistente. Los dos universitarios fueron invitados a la cena esa primera noche y colocados en el extremo de una mesa enorme situada bajo tres resplandecientes arañas de luces. Incluso yo aprecié la vajilla de la mejor porcelana, la cubertería de plata maciza y las copas de vino de finísimo pie que contenían la luz como pequeños soles dorados. Y eso no era más que su segunda residencia. Nos sentamos entre los invitados de segunda, junto con las secretarias y los lacayos de la empresa familiar, ninguno de los cuales tenía el menor interés en hablar, un grupo alicaído que sufría su menor estatura en silencio mientras la recepción formal y muchos brindis se llevaban a cabo en el extremo opuesto. Fue una cena pintoresca, de hecho, todos aquellos jeques y príncipes con sus kefias y sus túnicas talares de diseño, hombres sin mujeres, bigotudos, barbudos, majestuosos, imponentes, y vestidos de algodón, como era de hecho apropiado en semejante desierto. Pero cuando llegó el final y todo el mundo se puso en pie y salió en masa del comedor, he aquí lo que quiero contarle: Andrew pisó sin querer la cola —si eso era— de uno de

los príncipes. La tela se rompió, se abrió una raja, y allí, ante mí, apareció una pierna peluda. Calzaba una zapatilla deportiva. Las cosas que recordamos. Al momento mi compañero de habitación me llevó a rastras a una puerta lateral que daba a la parte de atrás, y corrimos escalera arriba, subiendo los peldaños de dos en dos, hasta llegar a sus aposentos, donde nos tiramos a las camas, muertos de risa.

A la mañana siguiente una de las secretarias vino a decirme que debía marcharme. El heredero forzoso eximió al chófer y, compungido, me llevó al aeropuerto en coche. El aeropuerto tenía el apellido de la familia, y sobre las escaleras mecánicas colgaban enormes fotografías de su madre y su padre. Ya nos veremos allí, dijo, con una actitud pesarosa impropia de él. Y Andrew comprendió que por un momento había entrado en la dinámica familiar como elemento secundario en la permanente lucha de su compañero de habitación.

IX

Ahí tiene, pues, algunos de mis recuerdos, por si dudaba de mí.

No dudaba de usted.

Me sorprendió encontrármelo convertido ya en un hombre de mediana edad. A menos que uno vea a alguien a diario, en cuyo caso los cambios son imperceptibles, la imagen recordada tarda un momento en disolverse.

¿No había visto usted fotografías, entrevistas por televisión, discursos?

No es lo mismo que tropezarse con una vida de cerca. Más tarde, cuando yo estaba sentado en el Despacho Oval, reconocí la misma contracción en los labios antes del desenlace de un chiste tonto. Eso no había cambiado. Y el engreimiento también seguía presente. Pero los ojos, un poco asustados, los ojos... Como si fuera consciente de aquello en lo que se había convertido. El cabello gris plomo apagado, un poco ralo en la coronilla.

En cuanto a los otros, Chaingang y Rumbum, eran hombres pequeños, quiero decir físicamente pequeños, el uno rubicundo, con una mueca de desdén en la boca, el otro con un corte de pelo y un traje impecables, el instinto de un pavo real, pero los dos más pequeños en escala que sus retratos, lo cual resultaba interesante.

¿Quiénes ha dicho?

Era un juego de él —sutil, en realidad—, una señal de su afecto, un título honorífico, o tal vez una marca como la que se pone a un novillo, porque también era una manera de darte a entender que él era tu propietario, que sabía lo que eras en esencia. Igual que con Melocotones. Así que los dos hombres clave en su administración, los que dirigían el cotarro, eran Chaingang y Rumbum.

¿Y usted qué era?

Él también me puso su sello, con su sonrisa reventona. Yo era Androide.

Ya veo.

Es curioso, como si una de las dendritas que serpenteaban por su cerebro fuera más ocurrente que los otros miles de millones. Porque yo era Androide, sin duda. Deme un golpecito con el nudillo: oirá un ruido metálico.

Así que ahí estaba usted.

Él nunca preguntaba a Androide nada sobre sí mismo, cosas personales, cómo le había ido la vida, si estaba casado, esas preguntas que uno hace si siente una mínima curiosidad. Era como si siguiéramos en Yale.

Bueno, seguramente habían investigado sus antecedentes.

¿Por qué se habría molestado él en leer el informe?

Da igual, el caso es que ahí estaba usted.

Sí, para perplejidad de la gente. Porque ante todo yo tenía que ser un juego. En mi

primer día, nada más llegar, me llamó al Despacho Oval.

Tú siéntate aquí, Androide, y no digas ni una sola palabra. No levantes la vista, no prestes atención. Toma, lee esta revista. Imagina que estás en el dentista. Así que me quedé allí sentado, a un lado, mientras él atendía los asuntos de la mañana, recibiendo a sus ayudantes, manteniendo reuniones, sin explicar mi presencia. Como si él mismo no supiera que yo estaba allí, como si yo fuera una ilusión óptica de los demás. Quizá yo era del Servicio Secreto, aunque no tenía la pinta. Pero si él aparentemente no me veía, nadie podía decir nada. Qué bien se lo pasaba, allí tan serio.

¿Y a usted le hacía gracia la broma?

¿Se la habría hecho a usted en mi lugar? La broma estaba en mi anonimato. Yo era como una sombra que él había proyectado. Como si fuera aún su compañero de habitación. Después de un par de días, aquello, como todo en Washington, se convirtió en noticia. Que el presidente tenía a un desconocido rondando por el despacho apareció en el *Spectator*, un semanario de cuatro páginas por suscripción: ¡UN HOMBRE MISTERIOSO EN LA CASA BLANCA! Ya somos dos, dijo el presidente.

Chaingang redactó la respuesta de la Casa Blanca para el portavoz de la administración. Naturalmente no se permitió que se me acercara ningún periodista. Se dijo que era un buen amigo de la universidad que estaba de visita unos días. Eso tenía un componente de verdad pero no coló entre los blogueros. Yo era para el presidente lo que Clyde Tolson fue para J. Edgar Hoover. O el presidente estaba gravemente enfermo y requería la atención continua de un médico a su lado. Eso era algo que no podía permitirse: el jefe de gabinete dijo que tenía que irme. Mi presencia era perjudicial para la imagen del presidente como líder del mundo libre. Y estaba en juego la seguridad nacional. Tampoco es que yo oyera nada interesante: todos hablaban como en los periódicos. Pero fui enviado otra vez a mi despacho en el armario de la limpieza del sótano. Si al presidente le apetecía charlar de los viejos tiempos, bajaba allí furtivamente cuando nadie lo veía.

¿Y qué pasó con su Departamento de Investigación Neurológica de la Casa Blanca? ¿Por qué no se mencionó eso?

¿Del que el asesor científico del presidente no sabía nada? Y menos aún la CIA y la Agencia de Seguridad Nacional. Habrían empezado a volar comunicados. Dimisiones. Posiblemente yo habría tenido que hacer el trabajo que teóricamente hacía. No, ese era un secreto que no podía filtrarse. Recuerde que la cuestión era asegurarse de que yo mantenía la boca cerrada.

Idea de Melocotones.

Sí. Tampoco a él, como a los demás, le gustaba verme arriba. Una mañana lo oí levantar la voz. Justo cuando entraba en el Despacho Oval, salió él hecho un basilisco, ocupando casi toda la puerta. Pero mi viejo compinche quería tomar un café conmigo solo para hablar un rato de cualquier cosa menos de ser presidente. Su

guerra no iba bien. Había invadido el país equivocado. No puede usted imaginarse la angustia que eso produce.

Increíble.

¿Qué es increíble? ¿Cree que me lo estoy inventando?

No, es solo que...

Fui noticia durante uno o dos días antes de que todo desapareciera de pronto misteriosamente. ¿Dónde estaba usted entonces? Usted precisamente. Y si no consta en el expediente, tendría que constar.

¿Qué expediente?

Vamos, doctor, al menos muestre un poco de respeto. ¿Sabe qué es la Lectura del Pensamiento en la jerga de la ciencia cognitiva? No tiene nada que ver con un mago en el escenario embaucando a su público.

¿No?

No. La lectura del pensamiento es lo que, en la unión temporoparietal derecha del cerebro, nos permite en nuestra vida social saber por deducción, por intuición, qué piensa otra gente. De qué humor está: contenta, aburrída, lo que sea. La lectura del pensamiento es nuestra manera de caracterizar la sensibilidad humana, para saber, por ejemplo, cuándo alguien finge no saber algo.

Lamento que tenga esa impresión.

El *Post* y el *Times* incluso habían accedido a mi vida pasada: dos matrimonios, una muerte, un divorcio, una hija cedida al cuidado de otros, otra muerta en la tierna infancia. Llegué a valorar el periodismo de investigación. Es como la redacción de necrológicas: lo consiguen todo menos el sentimiento. Tenían la media de notas de mi carrera: 3,25, para mí una especie de exoneración. Y una vieja fotografía del periódico universitario, los dos compañeros de habitación con amplias sonrisas en el rostro y echándose el brazo al hombro en la primera plana del *Post*. Me di cuenta por primera vez de que, salvo por mi pelo rizado, nos dábamos un aire. Casi existía un parecido familiar, al menos por aquel entonces. A mí después los años no me trataron tan bien como a él. Seguramente usted sabe algo de todo eso. Si no, ¿por qué estoy aquí?

Buenos días, alumnos. Buenos días, el del rostro rubicundo y la mueca de desdén en la boca. Buenos días, el de la camisa almidonada y el pelo ondulado. Esta mañana hablaremos de la conciencia. ¿De dónde viene? ¿Qué hace consigo misma? ¿Actúa en connivencia? ¿Pretende sacar provecho? ¿Cómo aprende a comportarse, cómo, constituyéndose de miles de millones de neuronas autoconcebidas en circuitos neurales, revisa, ajusta, reorganiza, multiplica en respuesta conductual a la experiencia de la criatura en el mundo exterior, todo ello en un proceso de selección

natural o darwinismo neural, según Edelman? ¿Te incluye eso a ti, niño bonito fabricante de guerras? ¿Eres la culminación de esa labor cerebral evolutiva? Crick, en cambio, opta por la función del claustrum o tal vez el tálamo. Abjurad de la claustrumfobia. ¡Recordad el tálamo! En cualquier caso, no tenéis alma. Pero tampoco la tienen Edelman ni Crick. Ni el desdeñoso aquí presente, aunque sería capaz de matar por demostrar que sí la tiene. Pero eso lo simula el cerebro. Debemos recelar de nuestros cerebros. Toman nuestras decisiones antes de que las tomemos nosotros. Nos llevan a aguas estancadas. Renuncian al libre albedrío. Y la cosa se pone aún más rara: si se secciona un cerebro por la mitad, el hemisferio izquierdo y el hemisferio derecho actúan de forma autosuficiente y no saben qué hace la otra mitad. Pero no penséis en esas cosas, porque en cualquier caso no seréis vosotros quienes estéis pensando. Limitaos a seguir vuestra estrella. Vivid en las presunciones de la vida construida socialmente. Aborreced la ciencia. Creed más o menos en Dios. Dejad atrás vuestras carencias. Presentad vuestras autojustificaciones al espejo del baño.

Esos hombres le despertaban verdadera antipatía, ¿no es así?

Chaingang y Rumbum se erigieron en estrategias mundiales. Tenían detrás legiones de ideólogos y de guerreros de laboratorio de ideas. El presidente no era más que eso, presidente. Las relaciones entre ellos tres eran complejas, y en algunos momentos él tenía que sentirse en inferioridad numérica y en inferioridad de condiciones. Cada vez que se sometía a la voluntad de los otros dos, por convincentes que fueran y por más que el asunto estuviera en consonancia con sus propios instintos, por fuerza tenía que quedar cierto resquemor, ¿no le parece? Comprendí que me utilizaba como aguijón para incordiarlos, para que yo los pusiera a prueba, sabiendo que era una afrenta obligarlos a oírme sentar cátedra sobre los avances neurológicos en el mundo. Eso decía él una y otra vez: Androide (con una sonrisa ladina), háganos de los avances neurológicos en el mundo.

Verá, señor presidente, en Suiza están construyendo un megaordenador para emular el cerebro humano. Lentos pero seguros, construyen circuitos a imagen de sus facultades neuronales y sinápticas. Por complejos que sean nuestros cerebros, la cantidad de elementos a los que deben su funcionamiento es finita. Eso significa que es solo cuestión de tiempo que exista un cerebro operativo fuera del cuerpo.

¿Eso es verdad?

Eso mismo preguntó Chaingang con una sonrisa irónica. ¿Eso que nos está contando no es una película de ciencia ficción antigua? Al presidente lo tenían desbordado aquellos dos, Chaingang y Rumbum, hombres a quienes había nombrado él mismo y que poco más o menos asumían el control a la hora de tomar decisiones importantes. Así que su siguiente broma fue anunciar que yo era un investigador del cerebro y llevaba a cabo un estudio sobre el cerebro ejecutivo, como el de ellos. Eran

hombres ocupados, tenían cosas que hacer, una guerra que supervisar, y allí estaba él, divirtiéndose a su costa.

Vuestros cerebros pintan bien, les dijo. Como un campo prometedor para la prospección petrolífera.

No se privaron a la hora de mostrar su irritación. A ojos de ellos, el presidente era una especie de delfín a quien consideraban falto de solemnidad, y no habíamos ya de una mínima capacidad de concentración. Su convencimiento en su propia superioridad intelectual entraba en contradicción con el hecho de que él formaba parte de los históricamente electos, y ellos no. Podía adoptar un pavoneo presidencial cuando se dirigía a su helicóptero, pero no era la personalidad regia que ellos imaginaban al verse a sí mismos en ese papel. [*pensando*] En otros países, eran hombres como esos los que organizaban golpes de Estado.

¿Usted vio todo eso?

Cuando uno está en un despacho con el presidente de Estados Unidos se vuelve muy observador. Mi presencia encolerizaba a esos dos hombres. Tanto que pensé en seguir el juego al presidente y llevar a cabo un experimento mental. Ellos creían que los tenía bajo el microscopio, así que, ¿por qué no? ¿Cuándo en la historia de Estados Unidos había tenido un ciudadano particular una ocasión como esa? Pero debía hacerse deprisa. Solo sería viable hasta que el presidente perdiera el interés. Eso no me daba mucho tiempo.

Chaingang y Rumbum habían forjado su carrera en la labor gubernamental. Sus mentes estaban integradas a circuitos neuronales bien establecidos que encontraban su expresión en los vocabularios de la guerra, la detención, la tortura física, el poder político, el cotilleo social, el sexo y el dinero. Así que me aclaré la garganta y le di a cada uno un bloc y un lápiz, y les expliqué el juego del dilema de los reos utilizado en la ciencia cognitiva. Naturalmente no los obligué a salir del despacho, como hacía con mis alumnos de instituto; me limité a decirles, a cada uno en privado, sin que el otro lo oyera, que el presidente estaba enterado de su conspiración para derrocar al Gobierno porque su cómplice en la conspiración lo había delatado. Podían callar o podían a su vez delatar a su colega. Sus decisiones tendrían consecuencias punitivas mayores o menores a manos del fiscal general. Debían escribir la decisión de delatar o no delatar a su cómplice en la conspiración.

¿Accedieron a pasar por eso?

Como niños a quienes se asigna una tarea. Se sentaron en extremos opuestos de uno de los sofás del Despacho Oval, dándose la espalda, inclinados sobre sus blocs —con expresión ceñuda, ahora cerrando los ojos, ahora frotándose la frente—, en una interpretación de lo que sería una reflexión profunda. Les había advertido de que no debían mirarse, pero estuvo de más. Al fin y al cabo, aquello era teoría de juegos. Delata a tu cómplice en la conspiración y te has metido en un aprieto, porque has admitido tu culpabilidad, pero si no lo delatas y él te delata a ti, él queda en libertad y tú vas a chirona años y años. Solo si ninguno de los dos delata al otro se retiran los

cargos contra ti.

¿Y qué pasó?

Esos hombres habían cumplido diversas funciones a lo largo de varias administraciones. Ahora estaban en lo más alto. ¿Cómo habían llegado hasta ahí? ¿Quién sabía mejor que ellos cómo funcionaba la política? Así que, naturalmente, no tuvieron más opción que delatarse, deduciendo cada uno cuál era el mejor resultado posible para sí mismo.

Cómo se rio el presidente cuando le entregué los blocs en los que habían escrito sus decisiones. Estaba cantado, dijo.

Ahí sí que se hizo usted notar, ¿eh?

Pero no me hacía ilusiones. Él necesitaba un adlátere, un familiar, pero ¿durante cuánto tiempo? Me regaló una de esas pequeñas insignias con la bandera que les gustaba llevar en la solapa para que todo el mundo supiera que eran patriotas.

¿Sí?

Me la prendió como si fuera una medalla. Ahora yo era uno de los buenos. Aunque, como se vio, mi empleo al frente del fantasmal Departamento de Investigación Neurológica de la Casa Blanca no duró ni tres semanas.

Pero fue toda una vida, por así decirlo.

Sí. Una tarde, antes de dar por concluida la jornada, el presidente me enseñó el dormitorio de Lincoln en la primera planta. Lincoln nunca durmió allí, claro está. Aquello ni siquiera era un dormitorio cuando él vivía allí. ¿Qué era, un gabinete? Pero de todos modos, con aquellos macizos muebles victorianos y largos cortinajes, daba la impresión de que Lincoln bien podía haber dormido allí. Saludé a los ocupantes...

¿Los ocupantes?

Bueno, ya sabe, allí es donde el presidente alojaba a los donantes de altos vuelos para una noche de emoción. Una pareja bastante tranquila era aquella, nada impresionada por estar en compañía del presidente, el hombre varias décadas más canoso que la mujer. Estaban deshaciendo la maleta. Cuando uno mira el dinero, parece muy humano. Nos apiñamos todos en torno al escritorio donde había una copia del Discurso de Gettysburg bajo un cristal.

Estaba usted, pues, familiarizándose con la Casa Blanca.

Me fijé en que la joven esposa era alta y tenía buen tipo, pero su rostro parecía de cerámica, por así decirlo, y me miraba como si no se diera cuenta de que yo estaba allí. Una melena dorada tan reluciente y rígida como si la llevara barnizada. Si Briony hubiese estado conmigo, se hubiese sentido amedrentada, la pobre inocente, pero solo por un momento. Ese era todo un aspecto de la vida estadounidense del que ella no sabía nada. Por otro lado, viendo la belleza sencilla del rostro lavado de Briony y el ser puro que resplandecía en sus ojos azules, esa mujer se habría sumido en el mayor desconsuelo por haberse pasado toda la vida afectando una sofisticación que no sentía.

¿Supo usted todo eso solo con mirarla?

Pensar en Briony me proporcionaba toda clase de ventajas perceptivas. Era como si algo de su mente viviera aún en mí.

¿Eso es ciencia cognitiva?

En realidad no. Es más bien sufrimiento.

X

Sí mantenía el escritorio bien ordenado, el presidente, eso sí: unos pocos papeles perfectamente apilados bajo una pequeña esfera de nieve que hacía las veces de pisapapeles. Agitabas la esfera, y la nieve caía sobre un niño que descendía en trineo por una ladera. Yo había empezado a sentir lástima por mi viejo compañero de habitación. El pobre vivía con su ineptitud. Desde la ventana de mi sótano yo veía llegar por el camino de acceso una procesión de limusinas más o menos ininterrumpida: generales y almirantes, diplomáticos, miembros del Gabinete, dignatarios extranjeros de visita, y él tenía que verlos a todos porque era el líder del mundo libre. Se lo notaba más relajado en las galas de entregas de premios a las artes en las que cantaban artistas y se entregaban medallas a directores de cine, dramaturgos y actores. Me invitaron a una de esas veladas y me senté al fondo, donde nadie se fijó en mí.



Había empezado a saborear mi papel en la Casa Blanca, una vez aceptado el puesto de lugarteniente en la pequeña guerra entre el presidente y sus asesores más cercanos. Era como si allí mismo, en el Despacho Oval, hubiera que honrar la imperante conflictividad del mundo exterior. Era como si las guerras que dirigían tuvieran que simbolizar sus propias relaciones. Pensé en cómo el conflicto nos hacía humanos. En cómo todas sus formas se practican religiosamente, desde el debate caballeroso hasta la violación y el saqueo, desde los ataques políticos sucios hasta los asesinatos. Nuestras peleas callejeras nocturnas delante de los bares, nuestras discusiones a bofetadas en lujosos dormitorios, nuestras virulentas declaraciones entre dientes en los juicios por divorcio. Teníamos padres que pegaban a sus hijos, matones de patio de colegio, homicidas con traje y corbata que medraban en la vida, conductores que se cortaban el paso, gente que se empujaba en las puertas del metro, naciones en guerra, bombardeos, hacinamiento en las playas, golpes militares diarios, innumerables desapariciones, la muerte de los desposeídos en sus campamentos, las cruzadas de limpieza étnica, las guerras de la droga, los asesinatos terroristas y la violencia en todas sus formas tolerada en algún lugar por una religión u otra... y para su entretenimiento la humanidad politicida, genocida, suicida, asiste a sus apreciados combates de kick-boxing y sus peleas de gallos o pierde la paga en el tapete del blackjack y luego vuelve al trabajo socavando a la competencia, estafando, recurriendo al esquema ponzi, envenenando... y los amantes apasionados de sus tiempos enfrentándose en su propio pequeño universo de sexo, uno deseándolo

turgentemente, el otro rechazándolo con un mohín.

¿No se deja nada?

Así que me habían llevado allí, pensé, para dar a mi antiguo compañero de habitación cierto grado de satisfacción en su peculiar pugna con Chaingang y Rumbum. Pero había un país que gobernar y ellos eran los dos asesores más cercanos al presidente, y al fin y al cabo él los necesitaba tal como ellos lo necesitaban a él. Así las cosas, después de unos cuantos informes más de Androide sobre los avances neurológicos en el mundo, detecté un cambio en la dinámica: yo llevaba allí un par de semanas. Un día, en un momento dado, todos tenían la misma expresión en el rostro, un esfuerzo por no reírse, y comprendí que se había forjado una nueva alianza en la gran tradición diplomática. Estaba solo frente al triunvirato y la broma era a mi costa, los tres conchabados para ponerme un gorro de cascabeles —y todo eso mientras el mundo esperaba la siguiente guerra civil, el siguiente desplome de la Bolsa, el siguiente atentado suicida, el siguiente tsunami, el siguiente terremoto, la siguiente fuga radioactiva en la siguiente central nuclear defectuosa—, en ese juego de ver hasta cuándo les seguiría la corriente Androide antes de darse cuenta de que él era su cruel deporte, de que estaban tomándose un descanso, los tres, allí mismo en la Casa Blanca, y yo, el bufón, aportaba un poco de humor a su jornada al frente del mundo, cargada de poder, oscura, conflictiva.

Llegó, pues, el momento de la toma de conciencia, y ya era hora de darles a conocer con quién trataban. Les ofrecí la última lección de Androide sobre los avances neurológicos en el mundo. Les dije que el gran problema al que se enfrentaba la neurociencia era cómo se convertía el cerebro en la mente. Cómo esa madeja de mil trescientos gramos lo llevaba a uno a sentirse como un ser humano. Dije que estábamos trabajando en ello, y si valoraban sus vidas, o la vida tal como la conocían, harían bien en desviar todos los fondos estatales destinados a la neurociencia y asignarlos al presupuesto de defensa. Más misiles, minas terrestres, cazas, todas esas cosas que a ustedes tanto les gustan, dije. Porque si descubrimos cómo el cerebro nos proporciona la conciencia, sabremos cómo replicar la conciencia. ¿Eso lo entiende, no, doctor?

Sí.

¿Y qué? ¿Se refiere a ordenadores que dialogan?, preguntó Chaingang. Eso lo he visto en el cine. Ordenadores, por supuesto, dije, y animales desarrollados genéticamente para tener algo más que la conciencia primaria de los animales. Para tener sentimientos, estados de ánimo, memoria, anhelos. Como en Disney, quiere decir, comentó Rumbum, y se rieron. Yo me reí también. Sí, dije, y con todo eso llegará el fin del mundo mítico que hemos tenido desde la Edad del Bronce. El fin de nuestro dominio. El fin de la Biblia y todas las historias que nos hemos contado hasta ahora.

Andrew, ¿de verdad piensa eso?

Qué aislados estaban esos hombres. Eran imperiales en su egocentrismo, esos

defensores de la cultura corporativa al frente de un gobierno. Vivían despreocupados, infalibles. Comprendían el conflicto y no esperaban otra cosa. Les dije que me deprimía estar en la misma habitación que ellos. El presidente me miró... ¿me refería también a él? Ustedes viven sin cuestionarse nada dentro de la realidad social —la guerra, Dios, el dinero— que otras personas inventaron hace mucho, dije, y consideran que esas cosas son la existencia en bruto. Fue todo un discurso el que les di.

Eso parece.

Les traía sin cuidado la vida, dije, eran magníficos ejemplos de la insuficiencia humana, dije, y añadí que hablaba como autoridad en la materia. A continuación respiré hondo e hice la vertical.

Hizo ¿qué?

Me salió espontáneamente, casi antes de darme cuenta estaba ya erguido sobre las manos. Quizá fue la imagen de Briony en la barra fija —la primera vez que la vi— lo que me impulsó, siendo decisión de mi cerebro que era eso lo que había que hacer, un acto mimético para que la imagen de ella adquiriera resolución allí en la Casa Blanca. Al menos así lo interpreto ahora. En aquel momento posiblemente fue solo un acto de locura inspirada. Quizá fue solo que mi cerebro decidió que si era un bufón lo que querían, un bufón tendrían. O quizá yo solo quería marcharme de allí.

¿De verdad hizo eso, pues?

Lo que quiero decir es que nunca había hecho una vertical como es debido. En el Despacho Oval era otro hombre.



Puedo decirle que mientras Andrew se tambaleaba allí, con los brazos doloridos, moviéndose sus pies de un lado a otro como las lanzaderas de un telar, sin darse cuenta empezó a llorar, ya fuera por el esfuerzo, o por la imagen concebida en su mente, Briony risueña, evaluándolo con sus ojos de color azul claro en toda su inquebrantable inocencia. ¿Qué decía ella? Oí su voz, su voz insonora: Me voy a correr, Andrew. A Willa le gusta la compota de manzana para el tentempié de media mañana.

Y la puerta se cierra, y luego el arco de su salto de ballet hacia el fuego.

Creo que gemí, con la sangre palpitándome en la cabeza, pero consideré que era una cuestión de honor quedarme haciendo el pino el mayor tiempo posible. Ellos, el presidente y Chaingang y Rumbum, se habían levantado de sus sillas, y Chaingang, detrás de la mesa del presidente, hablaba a gritos por teléfono. En ese momento me desplomé, aterrizando no como debía, sino dolorosamente, con un ruido sordo, y creo que casi simultáneamente un par de infantes de marina uniformados me ponían en pie a tirones y me retorcían los brazos detrás de la espalda. Así que, por un lado o por otro, aquel fue un día muy físico para mí.

Eso parece.

¿Cómo ha dicho?

Coincidía con usted.

Pero fue más que eso. Dudo que alguien hubiera hecho antes la vertical en el Despacho Oval. En realidad fue un triunfo. Por un momento me había despojado de mi humildad característica, mi ciudadanía de a pie, y por medio de aquel gesto, allí patas arriba, alcancé la igualdad con esos gobernantes de mi país. Yo conocía el futuro y ellos no. Por todo lo que he contado de mi vida, es posible que no sepa usted que yo no carecía de una marcada conciencia política. Mientras estaba allí de pie, incapacitado funcionalmente por los dos infantes de marina, Chaingang y Rumbum decidían cuál sería mi destino. Ordenaron mi detención. Diciendo Rumbum que había amenazado la vida del presidente. Saquen a este bufón de aquí, dijo.

Que sea un Bufón Inocente, dije.

¿Eso sintió usted que era?

¿Qué otra cosa podía yo ser si mi antiguo compañero de habitación era el Simulador? Porque eso era él inequívocamente. Y yo ya nunca volvería a ser otro hombre según la situación. Sentía que mi cerebro se convertía en yo: nos resolvíamos en una sola cosa. Mientras me llevaban hacia la puerta, me volví y dije lo que diría un Bufón Inocente: ustedes son solo lo peor hasta el momento, aún vendrán otros mucho peores. Quizá no mañana. Quizá no el año que viene, pero ustedes nos han indicado el camino hacia el Bosque Oscuro. En ese momento, supongo, interpreté a Dante. A mi compañero de habitación no le gustó oírlo. Vamos, Androide, dijo, levantando la voz, no te lo tomes tan en serio. ¿Me pedía que me retractara? ¿Esperaba mi bendición? Pero ¿cómo podía yo hacer eso? Un bufón es inocente precisamente porque llora por su país.

Permanecí firme, dirigí un gesto de asentimiento a mis guardias y se me llevaron de allí.

XI

Y bien, doctor, ¿cuánto hace que estoy aquí?

Un tiempo ya.

¿Y no va a decirme dónde estamos?

No puedo.

No en mi país.

¿Y eso cómo lo sabe?

El aire. Se percibe cierta suavidad. Transmite ese arraigado sabor dulce a tierra propio del aire primaveral. Nunca he experimentado eso en el Nuevo Mundo. Creo que esto es una campiña de montes bajos y flores silvestres y cenadores emparrados. No veo por encima de las tapias, pero en el patio de ejercicio oigo pájaros, y no son los pájaros de mi país. Además, oscurece más tarde. Creo que esto es la Europa mediterránea, aquí donde ustedes me han dejado, y no está mal —la tortura no es exquisita salvo en mi reflejo de lo que me ha ocurrido—; a excepción de mis conversaciones con usted, no tengo a nadie y no me han asignado a ningún abogado y me están reteniendo sin juicio y ya ha sido indefinidamente. Eso es tiempo celestial, ¿sabe? He sido condenado a rotar con el planeta, a contar los soles, las lunas, las estaciones... ¿Cree usted que amenacé la vida del presidente?

La verdad es que no.

Así y todo, no lo acusaré de obedecer órdenes ni de ser una nulidad. ¿Sabe por qué?

¿Por qué?

Si no lo tuviera a usted para hablar, estaría peor de lo que estoy.

No debe preocuparse.

Aun teniendo las obras completas de MT en la estantería, ¿cómo voy a impedir que se me vaya la mente? Y si a mí se me va la mente, ¿tardará mucho en irse el país?

¿Dice, pues, que hay una conexión?

Desfilan por mi mente visiones, sueños, y los actos y palabras de personas que no conozco. Oigo voces insonoras, surgen fantasmas de mi sueño y se proyectan en la pared, quedándose ahí, encogiéndose de angustia, aovillándose en visibles contorsiones de dolor y pidiéndome ayuda a gritos mudamente. ¡Qué están haciéndome!, vocifero, y vuelvo a caer en la cama. Ahí me quedo mirando el techo negro y mi habitación es una sala de cine a oscuras donde está a punto de empezar otra película muda de terror. Hablo de una integridad sacada a la luz. Solo soy capaz de sobrellevar esto con la esperanza de que haya detrás una ciencia. Quizá tengo en mi materia gris el registro neuronal de épocas anteriores. Sé que usted no ha pasado por nada como esto, acepta demasiado bien sus propias experiencias. Estas medran en

usted, agotando la capacidad de su cerebro. Pero cuando uno es tan insensible como yo...

Vaya, ¿ya estamos otra vez con eso?

... puede presentarse una oportunidad para que las microtrazas genéticas de épocas anteriores se expresen en sueños.

¿Esto es ciencia cognitiva, pues?

Aún no del todo. Sigue siendo solo sufrimiento.

Dígame, doctor, ¿soy un ordenador?

¿Cómo?

¿Soy el primer ordenador dotado de conciencia? ¿Con sueños espantosos, con sentimientos, con dolor, con anhelos?

No, Andrew, es usted un ser humano.

Ya, y usted qué va a decir.

Veo que se ha dejado crecer la barba, el pelo. Ciertamente podría ser el Bufón Inocente. Pero necesita algo más.

¿Qué?

Una gorra de los Yankees. Necesita renovar el vestuario.

¿Qué edad tiene ahora Willa?

Doce años.

¿Y dónde viven todos ellos?

Ya hemos pasado por esto...

¿Dónde?

Están en New Rochelle.

¿En su antigua casa?

Sí.

Martha y el marido corpulento de Martha.

Sí.

¿Y necesitan mi consentimiento? ¿Por qué? Un juez dictaminará en favor de ellos: Martha la ha criado desde que era un bebé. Y yo soy un combatiente enemigo.

Usted no es un combatiente enemigo.

Sea lo que sea, no tengo una posición jurídica muy sólida, ¿no le parece?

Es por el bien de la niña. Aquí tiene los papeles.

Para que el padre legal de mi hija sea Boris Godunov, ese borracho, ese Simulador.

Está en Alcohólicos Anónimos. Ya no bebe.

¿Cuándo se reconciliaron, los tortolitos?

Hace unos años, creo. Tres o cuatro.

¿Y adónde se llevó ella a mi hija cuando desapareció?

Por lo que me han dicho, Martha se instaló en un pueblo del oeste de Pennsylvania. Una granja heredada de unos tíos suyos.

¿Disfrutan de la situación económica para mantener a mi hija como merece?

No les faltan recursos. Ella vuelve a dar clases de piano y él tiene una clase magistral de voz. Los dos están en la escuela Juilliard.

Aquí dice que no se hablará de mí a Willa. Dice que nunca podré acercarme a ella, presentarme ante ella como su padre...

Willa no tiene ninguna razón para pensar que Martha no es su madre. No estoy muy seguro de qué papel se atribuirá al marido ante ella.

... ni revelarle que su verdadera madre murió intentando salvar a otras personas.

¿Es eso lo que cree ahora?

Sí.

Dudo mucho que digan eso a la niña.

¡Pues al diablo con ellos!

Vamos, por Dios, ¿por qué no puede ser razonable para variar? Piense en los demás, no solo en usted.

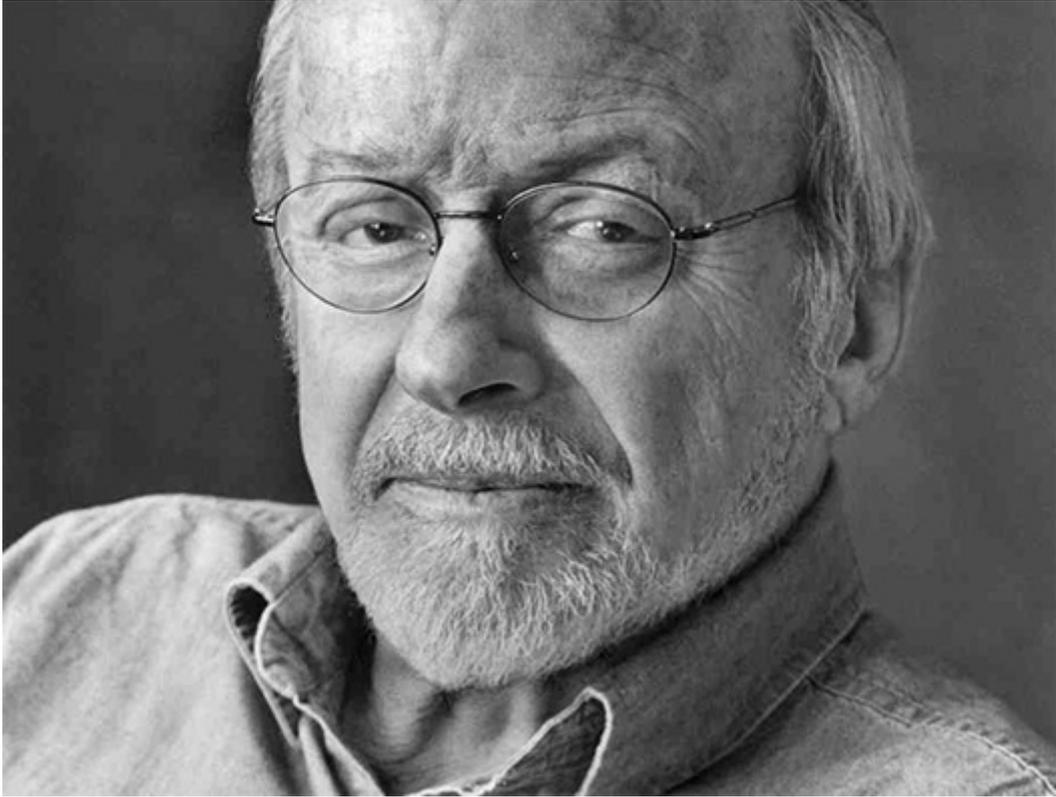
Vamos, doctor. Ya lo hago. Pienso a todas horas en mis dos hijas. Quiero leerles como MT leía a sus niñas, inventando cuentos para ayudarlas a dormirse. Dice: «Ellas consideran que mis cuentos son mejores que el elixir paregórico, y que actúan más rápidamente».

Andrew, por favor...

Escribió ese cuento para que lo usaran otros padres. Todos los nombres, y a ser posible todas las palabras, han de incluir un gato: Gatosauqua, Gatalina, gataláctico. Y las niñas no paran de interrumpir. ¿Qué es un gatódromo, papá? Voy a mirarlo, fingiendo consultar el diccionario. Ah, es una pista de carreras. Yo pensaba que era la calle de una bolera, pero los gatos, cuando se sienten a gusto, no juegan a los bolos, sino que hacen carreras. Gracias, papá, dice la niña. Sí, dice él, y el cuento continúa.

Andrew...

MT inventa tonterías junto a la cama de sus hijas cuando ellas se van a dormir. Que él es su protector, y que el mundo es un lugar seguro y acogedor cuando ellas se van a dormir. Que cuando sean mayores recordarán ese cuento y se reirán sintiendo afecto por su padre. Que así encuentra él la redención.



E. L. DOCTOROW (Nueva York, 1931) es una de las voces fundamentales de la literatura norteamericana contemporánea. Su obra traducida a treinta lenguas ha sido merecedora de los premios más importantes de su país, como el Pen/Faulkner y es, año tras año, candidato al Nobel. El mundo narrativo de Doctorow es infinito porque en él se combinan presente, realidad y ficción, lo vivido, lo narrado y la memoria: hay pocos mundos en la ficción en lengua inglesa tan amplios, tan ricos y diversos como el suyo. Autor de novelas tan importantes como *Ragtime*, *Homer y Langley*, *La feria del mundo*, *La gran marcha*, *El arca de agua*, *El libro de Daniel* o *Ciudad de Dios*, Doctorow es, asimismo, autor de relatos, ensayos y teatro.

Notas

[1] En español en el original. (*N. de los T.*) <<